JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

OB[illegible]MPLETAS

UNIVERSITY OF ARIZONA
UNIV. OF ARIZONA
868.69 Z89 H8 mn
Zorrilla de San Martin, J/Huerto cerrado
3 9001 03979 3628

H[illegible]ERRADO

CAPITULOS

La edición de las obras completas del Dr. Juan Zorrilla de San Martín.

Banco de la República Oriental del Uruguay.

Mayo 24 de 1929.

Señor Dr. Don Juan Zorrilla de San Martín.

Me complazco en hacer saber a Vd. que el Directorio que presido, en sesión de fecha 20 del corriente, adoptó la siguiente resolución, con la adhesión unánime de todos sus miembros al pensamiento que la inspira, expresado individual y colectivamente en forma altamente elogiosa para su persona:

"El Directorio del Banco de la República, inspirado en el patriótico propósito de que se conmemore en forma perdurable el cincuentenario de **La Leyenda Patria**, que acaba de celebrarse; considerando que el altísimo cantor de las glorias nacionales ejerce la funciones de Delegado del Gobierno en el Banco desde hace 24 años; creyendo, además, que difundir ampliamente entre el pueblo las obras del esclarecido ciudadano es contribuir a robustecer el concepto de Patria y a avivar la conciencia nacional, y que con ello se realiza, a la vez, obra de eficaz cultura; teniendo en cuenta el conocido precedente de que el Banco de España editó las obras completas de Ricardo León como homenaje a este eminente hombre de letras, antiguo funcionario de aquella institución de crédito, resuelve: Publicar, en edición especial y popular, las obras completas del Dr. Zorrilla de San Martín, encomendando este trabajo al propio autor, a quien se hará entrega de la edición, separando de ella quinientos ejemplares, los cuales serán directamente distribuídos por el Banco entre las instituciones de enseñanza y cultura del país".

Al trasmitirle esta resolución con que el Directorio del Banco de la República adhiere a los homenajes de que ha sido Vd. objeto con motivo del cincuentenario recientemente celebrado, me es grato solicitarle se sirva formular el plan de la publicación y disponer la forma de la misma.

Solamente me resta agregar a los ya expresados, mis sentimientos de adhesión personal, y ofrecerle las seguridades de mi más alta consideración.

Alejandro Gallinal
Presidente.

Julio Carlos Netto
Pro-Secretario.

HUERTO CERRADO

Huerto Cerrado

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

HUERTO CERRADO

IMPRENTA NACIONAL COLORADA
JUAN CARLOS GUMEZ, 1223
MONTEVIDEO
MCMXXX

LIBRERIA
MAXIMINO GARCIA

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

Z89
H8

PROPÓSITO

Monseñor Soler, mi venerable prelado, al emprender su último viaje a Roma, con el fin de asistir al Concilio Latino-Americano, me insinuó el deseo de que escribiera un artículo de periódico, para estimular los trabajos de recolección de fondos destinados al Santuario HORTUS CONCLUSUS, *que construye en Palestina, y que dejaba confiados al celo y al entusiasmo populares. Él sabía que su empresa me era muy simpática, por ser hermosa y por ser suya.*

Recogidos que tuve algunos materiales para el artículo, y puesta mano a la obra, ésta me resultó más extensa de lo que había sido mi propósito, y en poco estuve que no desistiera de ella, según la vi diferente de mi primer intento.

Seducido por el tema, encontré, sin embargo, mal de mi grado, en mi espíritu, este pequeño libro, con el que desearía cooperar a la empresa de mi insigne prelado, cuya grandeza me seduce y encanta.

165996

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Lo doy con ese objeto a la prensa, y me aventuro a dedicárselo.

Mas yo desearía que estas páginas sirvieran, más aun que para cooperar a la obra del Santuario Uruguayo-Argentino en Tierra Santa, para publicar mi buen deseo de complacer al que es para mí el representante de Jesucristo en la tierra, y darle ostensible y no indigno testimonio de mi obediencia, de mi admiración y de mi amor.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Montevideo, 19 de Abril de 1900.

I

EN TIERRA SANTA

TIERRA DE PALESTINA

— I —

¡Misteriosa tierra de Palestina!

Miremos un momento con intensidad ese pedazo de nuestro globo.

Sobre el flanco occidental del Hermón, en el extremo meridional del Antilíbano, comienza un valle que no tiene parecido con valle alguno en la tierra: tiene algo de panorama sideral, del paisaje de una vieja estrella que se ha apagado. Es un desgarrón del suelo, producido por las acciones volcánicas, y en cuyo fondo corre, de un extremo a otro, el río sagrado: el Jordán. Un pequeño lago el de Merom, se forma cerca de las fuentes del río; otro más abajo, el de Genezaret, refleja en sus aguas un cielo gris; cae por fin el río en otro lago mayor: el Mar Muerto, el de las tristes y desoladas riberas. Aquí el valle se cierra, y el terreno, que comienza a levantarse, va a terminar en las áridas orillas del Mar Rojo.

La naturaleza, en ambas márgenes del río, es varia; pero siempre severa, y muy fría de color. Al Este, el terreno se eleva como una muralla cortada a pico sobre el Jordán, y coronada por una meseta de ligeras ondulaciones; al Oeste se extiende una serie de colinas cubiertas de pobre vegetación; alguna que otra montaña, como enorme pedestal vacío, se eleva solitaria en la llanura; las dunas, alternadas con los pantanos, determinan las costas del mar; algunos llanos poblados de manchones de bosque, y regados por ríos que corren entre pálidos cañaverales, se extieden entre el mar y la montaña; ésta es verde en ciertos sitios, plomiza y calva en general; los valles son secos y abrasados, y van a confundirse con el desierto que, por todas partes, limita la misteriosa región.

Tal es el carácter de la tierra de Palestina. Los cedros y los cipreses que, como negros obeliscos, crecen en las montañas; las palmeras que, de vez en cuando, se elevan entre las redondas copas obscuras de los olivos dispersos; los nogales, los sicomoros y los limoneros que, aquí y allá, manchan de verdor la tierra bermeja, son notas aisladas que apenas si consiguen borrar el sello de solemne melancolía con que sonríen hasta las rosas del campo y los lirios convalecientes del valle.

II

Dejemos las costas de Palestina, y atravesemos el mar entre las islas. Miremos esa otra región que se nos presenta: es la Grecia, madre del arte. Taine, para explicar el arte griego, de acuerdo con su doctrina de la influencia del medio sobre el hombre, mira ese pedazo de tierra, y reconoce en él la patria predestinada al culto de los sentidos, al de las formas inmortales. Es una pequeña comarca de perfiles y costas onduladas, y llena de transparentes sugestiones: tiene un mar que la circunda, lustroso y azul como una túnica de seda; montañas de líneas esculturales que se reclinan en sus horizontes celestes; islas de mármol que parecen constelaciones del Egeo; valles pequeños, y fuentes ruidosas, y bosquecillos propicios a ser habitados por los dioses que no existieron, pero que tañían flautas invisibles en el silencio nemoroso. "Dulce y clemente, decía Eurípides, es nuestra atmósfera; para nosotros no tiene rigor el frío del invierno, ni nos hieren los rayos de Febo. ¡Oh nosotros, descendientes de Erectro, felices desde la antigüedad, hijos queridos de los dioses!".

En el éter resplandeciente de aquel cielo, las nueve musas, que no fueron jamás, como dice

Racine, nutrían la blanda Harmonía, y fueron las divinidades, coronadas de mirtos, las que dieron ondulaciones a los montes, y eran ellas las que suspiraban para formar los céfiros frescos.

En la Grecia está el monte Olimpo que poblaron los dioses: Júpiter el adúltero, Mercurio el ladrón, Hércules el animal fuerte, Baco el borracho, Vulcano el cojo. Allí el mar, color de vino o de violetas, según la frase de Homero, hace brotar de su espuma a la impúdica Venus Afrodita que llevan los tritones en su cerúleo carro de nácar; allí los faunos ebrios, con racimos de uvas en las manos, danzan en los bosques sagrados, mezclados a las bacantes coronadas de pámpanos.

Pero esos frutos del desposorio de los sentidos con la tierra no cruzaban jamás el mar Egeo; el ambiente de Palestina, aun en las pasadas épocas de fertilidad, no era propicio a semejantes habitadores; la fábula no vivía en los bosques de olivos seculares o de terebintos; los cedros del Líbano y los palmares de Sión no podían dar sombra grata a las bacantes ebrias: era fría la sangre transparente de los lirios del valle, y sagrado el aliento perfumado de las rosas de Jericó. Las ninfas y las ondinas no hubieran

podido bañarse en el mar de Tiberíades, sin morir de frío en los huesos; los faunos de largas orejas no hubieran sido osados a enturbiar con sus patas de cabra las aguas del Jordán; Júpiter no hubiera ido ciertamente a encender sus rayos en el Sinaí, ni a congregar su séquito en el Tabor... y ¡ay del dios que hubiera dirigido una sola mirada a la solitaria colina del Calvario!

La Grecia fué la casa solariega, la comarca del arte, es decir, de la forma voluptuosa hecha inmortal, de la carne hecha Dios.

La Palestina fué la región predestinada a lo sobrenatural, a lo que no alcanzan los sentidos: la comarca del Verbo, la de Dios hecho carne.

Por eso el pueblo escogido, llevado por Moisés a poblar aquella comarca, no fué un pueblo artista, aunque era oriental; no modeló las estatuas desnudas que inmortalizaron los nombres de Phidias y Praxíteles, y las escuelas de Pérgamo o de Rhodas; no creó una línea arquitectónica como los dorios, los jonios o los artistas de Corinto; la historia del arte no nos habla de una arquitectura judía. Asiria, Persia, Egipto, Grecia, dieron a los hebreos sus líneas y sus artífices; Tiro, Fenicia, Ofir, les proporcionaron obreros y materiales de construcción. Con ellos edificó Salomón el templo de columnas torsas y cha-

piteles en forma de azucena consagrado a Jehová, el templo-símbolo destruído para siempre y convertido en recuerdo; y todos los esplendores del reinado de aquel príncipe suntuoso fueron de estilo y de importación orientales.

III

Un arte, sin embargo, el arte soberano, floreció, por manera peregrina, en aquella tierra y entre aquella raza: la poesía sobrehumana que forma el monumento de los libros sagrados. Jamás la humanidad había escuchado nada que asemejarse pudiera a la voz de Moisés; jamás el corazón del hombre, al desgarrarse, había dejado escapar, del fondo de la grieta abierta en él por el dolor, nada que se pareciera al quejido subterráneo de Job, ni al treno elegíaco de Jeremías, largos y lúgubres como aullidos entre las ruinas a la luz de la luna.

El hombre no sabe narrar como narra el Génesis, cuyas palabras, como ráfagas de viento, producen escalofrío, y cuyos verbos afilados cortan o desgarran los velos del misterio inaudito; jamás la boca humana clamó a Dios misericordia como David en el salmo tembloroso, ni la inspiración genial produjo un acorde que compararse pueda al libro profético de Isaías, el más

excelso, al decir de Blair, de todos los poetas líricos. La poesía profana, que alcanzó en Homero su más sublime ingenuidad, palidece ante los versos idílicos del libro de Ruth, la dulce moabita; la humanidad verá eternamente, en el libro de Tobías, la suprema belleza del poema del amor sagrado y de las purezas nupciales; y, como piedra de toque para conocer el grado de delicadeza de una alma, existirán siempre las estrofas aromatizadas del Cantar de los Cantares.

¿Cómo explicar esa grandeza de la poesía hebrea, al lado de la carencia absoluta de las artes del dibujo, en aquella tierra y entre aquella raza?

Es que aquella poesía no era tampoco un arte; no era la hija de la tierra, de la raza, ni del momento histórico; no era, como lo es el arte en general, la hija de la sensibilidad excitada que transmite, por imitación o simpatía, la pasión, con la vibración orgánica que la produce; era la voz directa del cielo, que tomaba forma en la suprema belleza de la tierra. El porvenir misterioso se reflejaba en el alma del profeta, como la nube sobre el mar, y proyectaba en ella cielos de tempestad o cielos azules, visiones pavorosas que animaban la lamentación, o apariciones ce-

lestiales que palpitaban en el poema idílico, o en el dulce canto nupcial.

Y el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas, dice el Génesis.

Era el espíritu de Dios el que andaba por aquella hondonada de Palestina; el que se hundía en las almas de los hombres elegidos; el que quemaba con el ascua ardiente los labios del profeta para purificarlos, o el que sacudía, con soplos de huracán, las cuerdas trémulas del arpa real.

Todas las palabras son alientos de vida en la poesía hebraica, todas son sagradas y proféticas. La historia de aquel pueblo era un constante vaticinio: el hombre y la naturaleza eran, en aquella tierra atónita, voces que anunciaban, símbolos que predecían. Todo anunciaba y prefiguraba al Mesías que debía de venir, al esperado de las naciones, que había de brotar de la rama de Jesé y de la real estirpe de David.

LA VIRGEN MADRE

I

Vino, por fin, el anunciado y prefigurado por los profetas. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Pero el Dios hecho carne no fué ni podía ser el hijo de la carne, la materia divinizada, como los dioses falsos del paganismo sensual. Fué y tenía que ser precisamentte todo lo contrario. No es el hombre quien lo engendra: es el Espíritu el que lo evoca, y lo hace brotar del misterio, en la obscuridad de un materno claustro virgen.

Existió, pues, sobre la tierra, en toda su realidad, una belleza, que no pudo ser imaginada: una Virgen Madre de Dios. Es un abismo de transparencia azul, un nuevo cielo, formado de la nada para encender en él el astro nuevo.

¡El Espíritu! ¡La Virginidad! ¡El Verbo! Esas palabras suenan en el oído humano de una manera casi pavorosa. Apenas si pueden escucharse, por temor a pretender penetrarlas, hun-

dirse en el abismo, y caer en la mirada del vértigo. Se siente una verdad y una belleza; pero tan enormes, que dilatan los ojos del alma humana hasta el pánico, y acaban por hacerlos cerrar hasta el sueño extático.

Puede existir, dice Santo Tomás, una criatura tan pura, que sea imposible concebir cosa alguna más pura entre las obras del Creador. Eso fué y tuvo que ser la mujer de cuya carne y sangre, unidas al Espíritu Divino, había de formarse el cuerpo de Dios.

Sólo en una virgen hubiera podido realizarse esa compenetración de lo infinito y lo limitado, de Dios y la criatura. Bossuet explica ingeniosamente esa atracción recíproca. Los espíritus y los cuerpos: he ahí los dos extremos opuestos. La virginidad: he ahí el medio que participa del uno y del otro. La virginidad está en la carne, dice San Agustín, y, por ese lado, pertenece a los hombres; pero ella tiene, en la carne, algo que no es de la carne, y, por ahí, toca a los ángeles. Es, pues, un intermedio entre los espíritus y los cuerpos; es una perfección de los hombres; pero es una derivación de los ángeles. Y sentado este hermoso supuesto, no me sorprende el que haya sido la santa virginidad la que intervino para unir, en el misterio de la Encarnación, la divinidad a la carne. Había demasiada despro-

porción entre la corrupción de nuestros cuerpos y la belleza inmortal del espíritu puro. Para unir, pues, dos naturalezas tan alejadas la una de la otra, era necesario hallar un medio en que se aproximaran.

Nada es más opuesto que la luz y los cuerpos opacos. La luz, al dar sobre éstos, no puede penetrar en ellos, porque es rechazada por la obscuridad; parece, por el contrario, que los rayos luminosos, al refractarse, huyen de tales cuerpos. Pero si la luz encuentra una substancia diáfana, penetra en ella, se une a ella, se identifica con ella, porque allí encuentra el brillo y la transparencia que se aproximan a su naturaleza, y tienen algo de su claridad.

La Virgen de Nazaret vino y tenía que venir al mundo sin la mancha de Adán, sin la mordedura de la serpiente, para que en sus entrañas brotase inmaculado, como no podía menos de ser, Jesucristo, el nuevo Adán infinitamente más perfecto que el primero. Era la Virgen Madre el *Paraíso Cerrado,* morada sólo accesible a la Majestad divina, y a cuyas puertas de oro vigilaba en silencio el querubín armado y resplandeciente.

Dios, al crear el mundo, había sembrado y hecho brotar en la tierra otro paraíso: el paraíso

perdido; aquel Edén terrenal que el arcángel cerró para siempre con fuego a espaldas del hombre culpado que lo abandonó llorando y desnudo. Lo había creado en la tierra para morada de su criatura predilecta, que fué el pensamiento y la corona del mundo recién nacido. Aquel Edén material debió ser lo más hermoso de la tierra: la nostalgia que de él queda en el hombre es el tipo de la belleza ideal que el hombre entrevé sin poder definir ni realizar.

Los seis días de la Creación, días largos, días de siglos, que no eran medidos por el sol aun apagado al principio, pues las horas no habían nacido aún, fueron formando, perfeccionando, depurando la tierra, sólo para preparar en ella un sitio que sería la quinta esencia de las bellezas terrenales, y capaz, por su hermosura, de recibir al ser inteligente y libre, y formar el teatro del primer idilio de amor.

Y si así preparó el Eterno el paraíso perdido de la tierra, en que había de brotar, no engendrado, sino evocado por su aliento, el primitivo Adán, ¿cómo no habrá depurado y perfeccionado el Paraíso humano en cuyas entrañas debía brotar y tomar carne y vivir, evocado también por el Espíritu omnipotente, el divino Adán redentor de la humanidad caída?

No puede haber forma sensible capaz de unir-

se a esa idea; la luz que ella irradia, celeste y sutilísima, no puede encerrarse en la forma de las lámparas humanas. Dios, que preparó durante largos siglos el huerto terrestre del primer Adán, preparó desde los siglos de los siglos el huerto cerrado del Adán divino; desde la eternidad se complacía en su prístina belleza; desde la eternidad era la Virgen de Nazaret, en la mente de Dios, la estrella de la mañana de los mundos, en cuyos reflejos brotaron, como polvo de oro, los arcángeles que nacieron en la infinita transparencia, y flotan entre los astros y Dios.

II

La belleza de la Virgen Madre tenía que estar prefigurada en las páginas de los libros santos y en la tierra de Palestina. Hay en aquéllos una arca que, llevando en su seno la vida de la humanidad, sobrenada en las aguas del diluvio, y se posa solitaria sobre los montes de Armenia; hay una escala, vista en sueños por Jacob, que, desde la montaña de Moria, se apoya en el cielo, y da paso por sus peldaños de luz rosada a la muchedumbre angélica que, en blanca procesión de alas sutiles, sube y baja, recorriendo dos veces lo infinito; hay una zarza que arde sin quemarse; hay heroínas misteriosas, Débora, Ju-

dith, Esther, que pasan soberanas por los poemas sagrados, como formas transparentes, iluminadas por una luz extraña y profética; y hay en la naturaleza predestinada de Palestina una *Fuente Sellada,* una fuente oculta que riega un pequeño valle; y en el fondo de éste existe un *Huerto* que, fecundado por las aguas de aquella fuente, se llena de flores y frutos, en medio a una extensa región estéril por lo muerta de sed.

Es el *Huerto Cerrado,* el *Paraíso de Salomón.*

Ese huerto existió y existe aún a dos leguas de Jerusalén, la ciudad fundada por David en la colina pedregosa de Sión; la ciudad blanca de tristes alrededores. Toda esa comarca está formada de rocas basálticas, de macizos plutónicos, y de arcillas infecundas, hijas de la formación caliza cretácea que se extiende hasta las riberas desoladas del Mar Muerto.

El sol, cuando recorre aquella región, reverberando en las piedras y en las dunas, y recortando sus largas sombras carminosas sobre fondos de ocre, no consigue hacer brotar, en aquella tierra insensible, una palpitación de vida vegetal, una flor que sonría, un arbusto que se levante a su llamado de luz y de calor; pero penetra en el fondo del vallecito fecundo, regado por la fuente escondida, y allí brota a su contacto un paraíso: se abren allí los azahares de

los limoneros silvestres, maduran las naranjas entre las verdes hojas carnosas, se cubre con su chal rojo el granado en flor, se visten los lirios su túnica casi inmaterial de cera transparente, y, sobre los sicomoros o higueras salvajes, sobre los nogales y los olivos y los cipreses y los cinamomos olorosos, levantan el talle esbelto las musicales palmeras, que suenan remecidas por el viento del desierto.

Es el paraíso cerrado, el paraíso simbólico de la tierra predestinada. Voz del desierto sagrado que profetiza.

Es el reflejo y la figura de la Virgen Madre, en cuyo seno penetraron un día la luz y el calor de la divinidad, hallando allí, y sólo allí, la fecundidad divina, en medio a la humanidad infecunda por degeneración.

Ella es el arca que, con la nueva vida de la humanidad en el seno, atraviesa el diluvio moral que ahoga las almas, y queda por fin de pie, incólume y solitaria, en la cima de un monte de Palestina; ella, la zarza que, en medio al fuego de las concupiscencias, hijas de la culpa original, permanece intacta; ¿y quién, sino ella, quién, sino ella puede ser el paraíso cerrado por los muros basálticos de la tierra estéril, que da frutos de vida, fecundado sólo por la mirada del cielo azul?

Un espíritu melodioso flotaba sobre aquel huerto que era una predicción; y llegó un día, de eso hace tres mil años, en que aquel espíritu, animando la palabra de un hombre, dió ser a un canto profético, en el fondo de cuyas estrofas, hondas y transparentes, brilla una luz virginal inconfundible, luz de aurora paradisíaca.

Es uno de los más hermosos monumentos del arte único de la tierra y de la raza predestinadas.

El poeta y el canto son igualmente misteriosos; el poeta fué Salomón el rey, figura extraña, esplendorosa, que pasa por las páginas sagradas envuelta en su manto blanco, como un fantasma indefinible que mira con ojos de luz, o de fuego, o de otra vibración que no tiene nombre.

El canto es un idilio purísimo, pero raro también; una égloga que no tiene semejante en las obras de los hombres: se llama el *Cantar de los Cantares.*

SALOMON EL REY

I

Si leéis en la Biblia el Libro tercero de los *Reyes* o el segundo de los *Paralipómenos,* os daréis una idea de quién fué Salomón, el rey de Israel; pero el esplendor que envuelve al hijo de David es de tal intensidad, y tal el desenlace de su vida, que la mente se siente deslumbrada: uno cree haber visto un meteoro que, después de atravesar el firmamento absorto, se ha hundido o ha estallado, tragado por el aire negro infinito. Dos veces habla con Dios cara a cara; se eleva como un astro recién creado, blanco de luz; supera en grandeza material y en sabiduría a todo lo conocido, y, por fin, arrastrado por las hijas de los hombres, se derrumba desde los labios de Jehová hasta los pies de Astarté, la diosa de los Sidonios, y hasta los de Moloch, el ídolo grotesco de los Ammonitas.

"Pídeme lo que quieras", le dijo al principio el Dios del Sinaí.

Y respondióle Salomón: "Da a tu siervo, oh Señor, un corazón dócil, para que pueda hacer justicia a tu pueblo, y discernir entre lo bueno y lo malo".

Y dijo el Señor a Salomón: "Por cuanto no has pedido para ti ni muchos días de vida, ni riquezas, ni las almas de tus enemigos, he aquí que lo he hecho conforme a tus palabras, y te he dado un corazón sabio, y de tanta inteligencia, que ninguno antes de ti te ha sido semejante, y ninguno tan grande se levantará después de tí."

"Y aun esto que no has pedido te ha sido dado: riquezas y gloria; riquezas y gloria por manera tal, que no habrá ninguno parecido a ti entre todos los reyes de los tiempos pasados."

"Y la sabiduría de Salomón, dice el libro santo, excedía a la sabiduría de todos los orientales y egipcios; era más sabio que todos los hombres; disputó de los árboles, desde el cedro que está sobre el Líbano, hasta el hisopo que sale de la pared."

El templo fabuloso que erige Salomón, cumpliendo la voluntad de David su padre, en honor de Jehová, está descrito en la Biblia: nada puede concebirse de igual magnificencia, según es soberbia esa descripción: el oro, el marfil, las

piedras preciosas traídas por Hiram, el rey de Ophir; los cedros del Líbano, cortados a millares y por milares de obreros fenicios unidos a los hebreos para la obra colosal; los metales fundidos o repujados que ocupan las fraguas, y resuenan como timbales al golpe de los martillos; la fábrica que se va levantando de la tierra como a la voz de un conjuro omnipotente, con sus columnas torsas de chapiteles en forma de azucena, y sus atrios, y sus pórticos, y sus artesonados de cedro, y sus planchas de oro que la revisten, y sus humillados querubines de alas desplegadas; la consagración, por fin, de aquel templo, al verdadero Dios, todo es como el pedestal y el teatro sobre que se levanta la figura del rey, cubierta de su manto blanco como un fantasma luminoso.

Una nube baja de su región aérea y envuelve el templo, cuando Salomón lo consagra; la gloria del Señor había llenado aquella casa, dice la Biblia.

Y el rey, ante el innúmero pueblo prosternado, se dirige a Dios, con las rodillas en la tierra, y los brazos, de que cuelgan los pliegues del manto blanco, extendidos como alas hacia el cielo: "Si no pueden abarcarte, oh Señor, ni los cielos de los cielos, ¿cómo podrá contenerte esta casa que te he edificado?

"Mas vuelve los ojos, oh Señor Dios mío, vuelve los ojos a la oración de tu siervo...

"Que esos tus ojos estén abiertos sobre esta casa de noche, y también de día; sobre la casa de la que dijiste: ahí estará mi nombre..."

Salomón edifica, no sólo el templo del Señor, pero también su palacio en el Líbano, que habita con su esposa, la hija del rey de Egipto; y los muros de muchas plazas fuertes, Maggedo, Hazor, Guezer; y fabrica tronos espléndidos para su gloria, y acueductos y ciudades; y reedifica a Bethorón, Balaath y Palmira; y llena a Jerusalén de Pórticos y de piscinas y de jardines; y construye flotas de barcos que le traen las riquezas de Ophir, conducidas por Hiram el rey: oro, pa os de púrpura, piedras preciosas, perfumes, animales raros.

El pueblo hebreo cree vivir envuelto en la cauda luminosa de un astro aparecido en su cielo; los otros pueblos miran asombrados hacia aquella parte del horizonte, encendida por tan peregrino resplandor.

Cuando en Jerusalén las puertas del gran palacio se abren, para dar paso al rey que, con su séquito, va a la fiesta de los Tabernáculos, no parece sino que una nube del poniente se ha des-

garrado, y derrama en la ciudad santa sus internos arreboles.

Arde la luz en los palacios laminados de cobre bru ido; cuelgan de los balaústres las lamas doradas, los largos cendales de púrpura, las telas egipcias y orientales de colores vivos. Las terrazas cuadradas y los rebordes de las pequeñas cúpulas blancas que se alzan sobre su base cúbica, están cuajados de gentes que agitan ramos de almendro en flor; los hombres y los ni os se aferran, como nudos, al tronco de las palmeras y de los plátanos; llenan otros las ramas tortuosas de los sicomoros, y sus hosannas y los clamores de la multitud se mezclan a las notas de la charanga real que se acerca lentamente. El séquito viene envuelto en una nube perfumada; chispean entre el humo las tiaras de los sacerdotes, los rubíes y las esmeraldas pectorales, los brocados de las vestiduras sagradas, las luces de los turíbulos oscilantes, los instrumentos musicales en forma de serpientes aladas o de monstruos fantásticos, los metales de las picas y de los arcos, las corazas escamadas de metal brillante, las rodelas de oro, los cascos alados de pedrería; ondean, movidas por el viento del desierto, las flámulas y gallardetes de los heraldos que, por centenares, hacen sonar sus largas trompetas de plata; cuando éstas callan,

lo hacen para dar espacio en el aire a las notas metálicas que saltan de los laúdes y las liras, o al restallar de los címbalos que se chocan, sostenidos en alto por centenares de brazos cubiertos de ajorcas de oro.

Y sobre la nube que se acerca, aparece por fin un momento, y desaparece oculta por los perfumes, para entreverse de nuevo como un vago reflejo, la hierática figura del rey, sentado, como un mito, en su trono portátil de marfil; se ve acercarse su manto de lino de singular blancura, su mitra real de corte asirio, su cara color de cera virgen, sus grandes ojos llenos de luz negra, su nariz recta, su barba rizada, que se recorta sobre el manto blanco; y de éste emerge, cual si no estuviera unida a un cuerpo, la morena cabeza pensativa del hijo de David, que pasea por el aire una mirada lívida y febrisciente como una llama.

De los pebeteros de oro que rodean el trono, salen largas cintas nacaradas de humo perfumado, que ondean y se envuelven en el aire y se desflocan en él; triples teorías de doncellas vestidas de la listada túnica egipcia danzan en torno del trono, sembrando en el viento las notas de las arpas y de los sistros argentinos de doradas cuerdas de metal; rueda el sonido sobre los parches de los timbales, acompañados del

acordado restallar de los címbalos que se chocan; y, sobre aquel acorde brotado de la nube que envuelve al rey, hierve en el aire el son de los sones, el sonoro aliento humano saturado de alma y de pasión, la aclamación del pueblo, que casi se hace tangible en el aire, como las ondas sobre un mar cercano que no se ve.

Los viejos hebreos, arrodillados en el polvo blanquizco de la calle orlada de plátanos, alzan con esfuerzo los brazos trémulos, o los dejan caer en tierra ocultando entre ellos las cabezas de largas barbas; las mujeres levantan a sus hijos casi desnudos en sus brazos morenos cubiertos de brazaletes de oro; una lluvia de flores, de polvo de plata y de perfumes sutiles desciende, como una nieve de colores, de lo alto de las terrazas, de las copas de las palmeras.

Pasa por fin la nube esplendente; el pueblo la sigue con la actitud y con los ojos; la ve subir lentamente la triple serie de gradas del templo, y cae de bruces en el polvo cuando ve la blanca forma del rey cruzar sola el umbral sagrado, y hundirse en las obscuras profundidades en que llamean, ante el Santo de los Santos, las luces misteriosas del candelabro de los siete brazos de oro.

El mundo entero miraba aquello, y se queda-

ba absorto y sobrecogido, como si presenciara una puesta de sol con meteoros extraordinarios.

Nitocris, la reina de Sabbá, viene, desde la Arabia, la tierra de los aromas, en el país de los sabeos, a admirar a Salomón, y a derramar a sus pies los presentes innumerables y opulentos. Ella ha creído que Salomón no es otro que el Mesías anunciado en Arabia por la profecía de Balaam, y ha atravesado el desierto, sentada en su elefante blanco, acompañada de su corte, y seguida de cincuenta dromedarios cargados con los regalos, símbolo de su adoración.

"Y todos los reyes de la tierra, dice el Libro hebreo, deseaban ver el rostro de Salomón, para oir la sabiduría que Dios había puesto en su alma.

"Y le llevaban presentes todos los años: vasos de plata y oro, y vestidos, y armas, y aromas, y caballos, y mulos.

"Y Salomón sobrepujó a todos los reyes de la tierra en riqueza, y también sobrepujolos en gloria."

Así hablan del hijo de David las sagradas páginas.

La fábula extranjera, a su vez, envuelve en sus tules recamados esa extraña figura; la leyenda transforma de mil maneras su sombra esplendorosa. Los escritores persas, turcos y

árabes, le atribuyen un poder maravilloso, gracias a un anillo que poseía, en el cual estaba escrito el nombre del Dios verdadero. Los ejércitos de Salomón, dice el Corán, estaban formados de demonios, de hombres, de pájaros; el viento obedecía su voz; comprendía el lenguaje de las aves, y el de las potencias infernales; y éstas le sirvieron en la construcción del templo de Jehová, y en la fabricación de un trono de rubíes coronado por dos buitres de oro, que plegaban las alas y cubrían al rey con su sombra cuando se sentaba en él.

II

Pero mientras tamañas obras materiales eran llevadas a término, el genio de Salomón creaba otros monumentos más perdurables: escribía. "Pronunció, dice la Biblia, mil parábolas, y sus cantos fueron cinco mil."

Sin duda, para hallar silencio e inspiración, buscó Salomón un sitio propicio y alejado del estrépito de la gloria humana. Allí, a dos leguas de Jerusalén, estaba el *Huerto Cerrado*. En él construyó una residencia, y realizó grandes obras, en consonancia con las del Líbano y Jerusalén: rodeó el huerto de un muro de piedra que seguía las basálticas sinuosidades de la

roca que lo circunda; construyó allí palacios; encauzó las aguas de la fuente sellada que lo riega; formó tres estanques colosales escalonados en las laderas, para depositar las aguas, y, por acueductos, cuyos fragmentos, lo mismo que los estanques, existen aún, llevó esas aguas al monte Moria de Jerusalén. Hizo de aquel huerto un paraíso que aun hoy conserva el nombre de *Paraíso de Salomón,* y, en su silencio perfumado, recogió los pensamientos que caían lentamente de las altas lejanías. "Dado a todas las magnificencias, dice el mismo príncipe, levanté palacios para mí, planté jardines y verjeles en que brotaba toda clase de árboles, y, para el riego de éstos, fabriqué albercas de agua."

El *Huerto Cerrado* fué, sin duda alguna, el retiro del príncipe.

El historiador Josefo nos presenta a éste, lleno de color, en ese sitio, cuyos perfumes y frescura va a buscar en las horas de la mañana. Cuando Salomón, dice el historiador, después de conocer cuanto acontece debajo del sol, conoció ser todo aflicción y vanidad de espíritu, acostumbraba dejar Jerusalén y sus tristes alrededores, y, montado en su carro, con el manto blanco de los reyes sobre las espaldas, iba silencioso al *Huerto Cerrado,* seguido sólo de su guardia de arqueros.

Allí, bajo los naranjos y limoneros de Oriente, que, unidos a los terebintos y a toda la vegetación arbórea de la zona subtropical, perfumaban el aire de azahares, pasaba Salomón las horas de la mañana. El aire hablaba entonces al príncipe, el aire lleno de espíritu, y de palabras, y de mensajes lejanos.

¡Cuántas de esas mañanas de soledad habrán quedado infundidas en los cinco mil cantos que escribió el suntuoso poeta hebreo!

Pero la antigua Palestina de los ríos de leche y de los de miel ha sido borrada del mundo, a medida que ha ido llenando su misteriosa misión profética: la tierra se ha agrietado, y ha perdido su expresión, como la cara de un viejo enfermo; los árboles se han caído como sus cabellos; la luz se ha entristecido en la neblina como su mirada; se han hundido las murallas, han desaparecido los palacios del Líbano y los de Jerusalén, y el templo mismo de Jehová. También se han perdido para siempre los millares de cantos del poeta; brillaron sus inspiraciones y fueron tragadas por el olvido, como si la espada de un gigante invisible hubiera flameado un momento al ser desenvainada en la obscuridad.

Sólo uno de esos cantos nos ha quedado: el canto precisamente que conserva el espíritu del

Huerto Cerrado, que también vive aún en plena eflorescencia en medio a las rocas basálticas de Jerusalén; el canto que pronuncia y simboliza la fecundidad virginal del *Paraíso* en que brotó el Verbo, a la evocación del amor divino.

Sólo él nos queda de la obra del más sabio de los humanos: ese canto, de soberana hermosura, se llama *El Cantar de los Cantares.*

EL CANTAR DE LOS CANTARES

I

Es un poema cristalino y sutil, un idilio de amor conyugal en el que dos esposos, apacentadores de rebaños en los huertos de Jerusalén, se manifiestan su ternura y se elogian mutuamente. El rey poeta lo escribió en verso hebraico, acaso en el rústico dialecto de Palestina, muy análogo al caldeo, para imprimirle mayor sencillez y mayor ingenuidad campesina.

San Gregorio Nacianceno le llama *Drama Nupcial;* Bossuet lo califica de *Epitalamio,* y halla en él siete églogas, correspondientes a los siete días que las fiestas de bodas duraban entre los hebreos, tales cuales nos las ofrecen los libros incomparables de Ruth y de Tobías.

No nos es posible apreciar toda la belleza de este canto de los cantos, al través de versiones a lenguas radicalmente distintas de la hebrea; pero la luz de sus estrofas llega a nosotros, como la luz de las estrellas cuya forma no cono-

cemos, y que arden hundidas en su aire lejano, muy distinto del que nosotros respiramos.

El *Cantar de los Cantares* es un canto sagrado que tiene que oirse de rodillas: creo firmemente que su lenguaje es el del paraíso antes de la culpa, antes de que el hombre se hubiera dado cuenta de que su propio cuerpo, la obra más perfecta del Creador, estaba desnudo. El aliento de sus estrofas es como el humo del incienso, que necesita lugar sagrado para difundirse, y que, fuera de él, parece profanado, e irrita los ojos, y produce vértigos.

¿Quién se atrevería a pronunciar, en medio de un corrillo que habla de vidas disolutas, el nombre de su madre muerta al darlo a luz? El rayo de sol, dice Shakespeare, con ser un dios de purísima luz, engendra gusanos al penetrar en un perro muerto.

No hagáis penetrar el *Cantar de los Cantares* en orejas de carne, de carne muerta a la vida espiritual. Está en lengua del paraíso, y esa lengua no aprendida sólo es hablada y comprendida antes de la culpa, o después de la penitencia.

Jamás sus estrofas se desvían del sentido ordinario de las palabras; no hay en sus versos frases solapadas ni sonrisa que no sea ingenua como la risa de un niño; en él los cuerpos sólo sirven para hacer sensible la belleza eterna que se

transparenta en ellos tomando su forma, como la luz toma la forma del vaso que la contiene, y, que impide que se confunda con la luz infinita.

II

Oigamos algunas notas entresacadas sin orden del poema del rey, siquiera sea para hacer pasar por estas páginas un poco del hálito de nardos y lirios del campo que mana de sus estrofas sin espinas.

La voz que se oye es la voz de mi amado: vedlo cómo viene atravesando los montes y saltando los collados (1).

Morena soy pero hermosa, hijas de Jerusalén, hermosa como las tiendas de Cedar, y como las cortinas de pieles de Salomón.

Oh tú que estás en el huerto; los compañeros escuchan; haz que oiga tu voz.

---

(1) Tomo indistintamente la magistral traducción de la Vulgata de Scío, y la encantadora versión, directa del hebreo, de Fray Luis de León, procurando refundir ampliamente, para dar color homogéneo a estos fragmentos, que trascribo sin ajustarme al orden de las estrofas.

Yo soy la flor del campo; yo soy la azucena de los valles...

No te fijes en que soy morena: es que me ha mirado intensamente el sol.

Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las mujeres.

Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos de los hombres.

Ha hablado el amado de mi corazón, y me ha dicho: levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.
Ya lo ves: ha pasado la lluvia, y el invierno ya se ha ido.
Los capullos de las flores se abren en nuestra tierra; ha llegado el tiempo de la poda; se está oyendo la voz de la tórtola en nuestros campos.

La higuera brota sus higos, y las uvas pequeñas dan su olor; levántate, pues, amiga mía, y ven.

El amado mío para mí, y yo para él, que se apacienta entre los lirios.

Hasta que sople el día y las sombras huyan,

tórnate, amado mío, semejante a la cabra o al corzo, sobre los montes de Better.

¿Quién es esa que sube del desierto como columna de humo perfumado de incienso y mirra, y de todas las plantas olorosas?

Eres toda hermosa, amiga mía, y ni una mancha existe en tí.

Salid y ved, hijas de Sión, salid y ved al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de su desposorio, y en el de la alegría de su corazón.

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la cima de Sanir y Hermón, y de las cuevas de los leones, y de los montes de los leopardos.

Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía, huerto cerrado, fuente sellada.
Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que corren impetuosas desde el Líbano.

Hermosa eres, amiga mía, como Thersa, bella como Jerusalén, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas.

¿Quién es esa que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

Soy la rosa del campo, y el lirio soy de los valles...

Eres toda hermosa, oh amiga mía, y no hay en ti mancha alguna.

Eres huerto cerrado, y tus perfumes como aromas de paraíso; eres fuente sellada, oh hermana, oh esposa mía, fuente sellada que corre impetuosa desde las cumbres del Líbano; eres lirio entre las espinas, y eres hermosa, la hermosa entre las mujeres, oh esposa, oh hermana mía!

.....

III

Parece, cuando se oyen esas palabras de amor, que la tierra pasa por una ráfaga de cielo cerca de un astro invisible; un aliento de aurora sideral y de flores no brotadas se desprende de esas estrofas frescas como el agua que corre.

El amor conyugal terreno no puede ofrecerse, al manifestarse apasionado, exento hasta ese punto de todo calor de sangre humana: todo recato tiene, en el fondo, la conciencia del mal, y el

recato no se ve ni remotamente al través del *Cantar de los Cantares.*

Léase la aparición luminosa de Beatriz en el Paraíso del Dante, y compárese con la ingenua esposa del *Cantar.* Son dos purezas muy distintas. Los ojos de Beatriz tienen el brillo de ojos humanos transfigurados, y purificados por la muerte; los de la esposa morena del *Cantar* profético no son transfigurados: son puros originariamente, miran muy abiertos, todo niñas, sin reserva alguna, y llenos de luz blanca. La estrofa dantesca se ha sumergido en el cielo desde la tierra; pero es el cielo el que ha descendido a la profética estrofa del *Cantar de los Cantares.*

Ese canto no lo escribió Salomón sólo para celebrar sus bodas con la hija del rey de Egipto, si es que con ese motivo lo escribió; no es ciertamente la pastora sulamita la que así expresa un amor que, siendo conyugal y fecundo, es también angélico: fecundidad virginal.

Los lectores del espíritu que anima la letra de los libros divinos han leído en el *Cantar* la visión del consorcio eterno de Cristo con su Iglesia, y de su mutuo amor que puebla los cielos de almas redimidas.

¡Pero cuán claro se ve brotar de entre tanta belleza el símbolo, que la Iglesia ve también en

ella, de la que es por excelencia la azucena entre las espinas, la flor del campo y el blanco lirio de los valles!

Ella es la única toda hermosa y sin mancha; ella es la sola mujer fuerte, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas; ella el huerto cerrado, custodiado por el arcángel, y regado por la fuente sellada, por las aguas vivas que bajan impetuosas entre las rocas, desde los manantiales del Líbano.

Y Dios vendrá del Líbano, dijo el profeta Oseas, y el Santo vendrá del bosque espeso y lleno de sombra.

Así lo ha interpretado la Iglesia universal, que recoge la estrofa perfumada de azahares del rey poeta, y la hace resonar todos los días en el universo en honor de la Virgen Madre.

Eres toda hermosa, oh María, y no hay en ti mancha alguna.

Tú eres, y sólo tú, la flor del campo y la azucena de los valles.

Y eres tú, oh la más hermosa entre las mujeres, el huerto cerrado, el huerto regado por la fuente oculta, cuyo aroma, aroma de paraísos, perfuma las estrofas del profético cantar.

Tota pulchra es Maria, et macula non est in te. Hortus conclusus, oh Maria, hortus conclusus, fons signatus; emisiones tuæ paradisus.

II

EL PRIMER ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

CARÁCTER

I

Recorriendo como romero la tierra de Palestina el que es hoy primer arzobispo de Montevideo, Doctor Don Mariano Soler, llegó un día al *Huerto Cerrado* de las mañanas del príncipe hebreo, en el que por primera vez se oyó el *Cantar de los Cantares.*

Ya no vió en él los palacios del rey; los arqueólogos buscan en vano, y apenas si han encontrado algunos de sus vestigios excavando la tierra: todo ha desaparecido.

El huerto está allí, sin embargo; pero está mudo; ya no se oyen en él, desde hace tres mil años, las estrofas del cantar que fué su voz.

"En mis cuatro viajes a Tierra Santa, escribe el prelado uruguayo, he ido a visitar ese lugar; la impresión que allí experimenté no se borrará jamás en mi espíritu. ¡Un jardín en medio del desierto! ¡Un verjel florido cercado de áridas montañas! Es, sin duda alguna, la figura de

María, la sola hermosa, la sola inmaculada y fecunda, en el árido desierto de esta tierra.

"Apenas contemplé aquel huerto, se me ofreció la imagen de María del Huerto; quizá fuí el primero que allí la veneró. Yo le prometí entonces que había de hacer de mi parte todo lo posible por que en aquel lugar tuviera un culto perpetuo."

Es notorio que los pueblos cristianos, ya que, por designio providencial, la Tierra de Cristo está en poder de sus enemigos los hijos del Islam, anhelan tener y tienen monumentos propios en esa tierra santa; pero esa idea sólo es concebida y realizada por las grandes naciones: Francia, Alemania, Rusia, los Estados Unidos. En cuanto a las hispano-americanas, parecía que la idea era inaccesible a su estado actual de progreso.

El prelado uruguayo ha cumplido, sin embargo, su promesa.

Volvió a su patria con una blanca visión en el alma; habló del *Huerto Cerrado,* de un *Hortus Conclusus* que nadie conocía, de Cantares de Salomón, de santuarios remotos; y pidió recursos, por amor de Dios, para tallar piedras en Palestina. La gente no lo entendía, no sabía de qué hablaba el animoso romero de Tierra Santa.— Estamos pobres, le dijeron sus compatriotas; hay

mucho que hacer, muchos desvalidos que socorrer en nuestra tierra; esas piedras de que habláis están muy lejos, y son muy duras. ¿Cómo tallarlas desde aquí?

—No importa, dijo el prelado: la dádiva del pobre es la más propicia, la más productiva en el cielo; todo pueblo que ha realizado empresas generosas fuera de sus fronteras, ha dejado grandes necesidades que satisfacer dentro de aquéllas; tendréis siempre pobres entre vosotros, como dijo el Maestro; los había cuando se construyó el templo de Salomón por orden de Dios, y cuando se edificó San Pedro de Roma, y Nuestra Señora de París, y la Catedral de Sevilla; los hay hoy alrededor de todo monumento que se levanta, y sin embargo se levanta. Los templos no son los enemigos de los pobres; son su casa, porque son la casa del Padre; son su única gloria, porque sólo en los templos de Jesucristo la pobreza y el dolor tienen altares.

Ahorraremos sobre el hambre y la sed; pero es preciso: es preciso que el Uruguay escriba su nombre en piedra basáltica de Palestina, precisamente porque es la más dura de las piedras, la más digna de recibir ese nombre querido; es preciso que sea él el primero, entre todos los pueblos, en venerar a la Virgen Madre en el huerto clásico que la simboliza desde hace tres

mil años, el primero en volver a entonar allí el Cantar de los Cantares. Y la Virgen bendecirá al Uruguay, y el mundo pronunciará su nombre, y verá los colores de su bandera entre los cedros del Líbano y las rosas de Jericó.

Y atravesó el Río de la Plata, y fué a golpear las puertas de la República Argentina pidiéndole limosna para su ensueño, y ofreciéndole en cambio la mitad de la gloria, no la mitad, la gloria entera, o más bien duplicada, por el simple hecho de ser compartida por las dos repúblicas hermanas.

Y el hecho es que, yo no sé cuándo ni cómo, las piedras de Palestina se han tallado y se están tallando; los obreros árabes acuden por centenares al huerto de Salomón, y allí trabajan día y noche por orden de argentinos y uruguayos. Después de luchar con serios inconvenientes, se ha obtenido la venia o firmán del sultán de Turquía para adquirir un área de veinte mil metros de terreno, que se ha cerrado con un muro de sillería; se ha cortado horizontal y perpendicularmente la falda de la montaña para dar espacio al santuario; un gran muro de contención corta a pico el terreno sobre el huerto; un espléndido puente o viaducto de diez y seis arcos pone en comunicación una vertiente con otra de

la montaña al través del valle fecundo. En la una, levanta el santuario sus arcos rebajados de estilo bizantino; en la del lado opuesto, el pueblecito de Orthas confunde su caserío de construcciones cúbicas y de chatos cupulines árabes con el color ceniciento de la montaña de cuyas piedras está edificado. Los sillares de granito del santuario, como los de la leyenda fantástica, van cayendo unos sobre otros, arrojados desde el Río de la Plata; el monumento se va alzando en el declive de la montaña sobre las copas de los árboles del valle melodioso, y muy pronto ese *huerto cerrado,* callado desde hace tres mil años, recobrará su voz, y brotará de su seno, a la sombra de las banderas argentina y uruguaya, el espíritu profético de la estrofa eternamente nueva:

Eres toda hermosa, oh María.

Eres la prefigurada en todos los paraísos.

Eres la flor del campo y el lirio de los valles; la azucena entre las espinas, el huerto cerrado, regado por la fuente oculta, con aguas surgentes del Líbano inmortal.

II

Esa obra inverosímil que está realizando, casi inconscientemente y como por sorpresa, la fe de

uruguayos y argentinos, concentrada en una enérgica voluntad, nos ofrece la ocasión de estudiar una figura y un carácter: la figura clásica y llena de relieve del prelado metropolitano del Uruguay, y su carácter original que, por sus rasgos enérgicos y fijos, se destaca bruscamente sobre el fondo movible e indeciso de su patria.

Dice Taine que "el grupo de sentimientos, de necesidades y de aptitudes de un pueblo o nación, desde el momento en que se manifiesta por completo y con brillo en una alma, constituye *el personaje reinante,* es decir, el tipo que los contemporáneos circundan de su admiración y de su simpatía: en Grecia, el joven desnudo y de hermosa raza, perfecto en todos los ejercicios del cuerpo; en la Edad Media, el monje extático y el caballero enamorado; en el siglo décimosexto, el cumplido hombre de corte; en nuestros días, el Fausto o el Werther insaciable y triste."

El Uruguay, lo mismo que la República Argentina y las demás naciones americanas, no tiene aún la consistencia suficiente para producir un *personaje reinante,* intérprete de un estado general y permanente del espíritu. Núcleos poderosos de astros nuevos, los estados americanos no han terminado aún su período cósmico, ni se han enfriado y solidificado por completo.

Sus moléculas se renuevan, suben y bajan, buscan su cohesión y su reposo definitivos: la raza y las costumbres son varias y constantemente modificadas por la inmigración cosmopolita; el prestigio de lo extraño provoca la imitación y ahoga la originalidad; son pocos los espíritus maduros, y muchas las precocidades brillantes pero frágiles; el ideal nacional se renueva o se ofusca a cada paso; la historia no da títulos; el pasado se funde poco con el presente para formar el porvenir constituyendo algo permanente al través del tiempo; las autoridades y los prestigios, ya sean sociales, intelectuales o políticos, duran sólo una mañana; la aptitud de selección, compatible con la igualdad democrática, no ha nacido aún; los monumentos no brotan espontáneos del alma nacional, poco intensa para labrar la piedra o fundir el bronce. Materia cósmica de atmósfera tempestuosa, la sociedad es iluminada por la luz intermitente de los relámpagos de la inteligencia, de la voluntad, aun del genio, si se quiere; pero la claridad permanente no se ha definido aún: aparece y desaparece en el horizonte, y no es posible distinguirla de los meteoros, ni separarla de las tinieblas.

El conjunto de sentimientos, de necesidades y de aptitudes del Uruguay no puede, pues, encarnarse en un *personaje reinante,* capaz de ani-

mar la estatua de mármol o el monumento arquitectural que lo personifique; pero si ello fuera hoy posible, ese cúmulo de sentimientos y aptitudes no daría ciertamente como resultado un constructor de santuarios en Palestina; el arzobispo de Montevideo no sería el *personaje reinante* de una nación americana del tiempo presente.

Y sin embargo, él es, sin duda alguna, el tipo más genuino y característico de su tierra, el Uruguay; nadie le atribuiría otra patria; sus rasgos fisonómicos, que más adelante estudiaremos, son esencialmente *criollos,* y han permanecido en él inmutables, al través de largas y repetidas ausencias del suelo natal, al que ama con hondo amor.

Es que sobre el *personaje* de Taine, que simboliza los sentimientos, las necesidades y las aptitudes actuales de un espíritu colectivo, yo concibo otro que, sin ser rodeado como aquél de la admiración de la multitud heterogénea, es sin embargo la expresión de su pensamiento íntimo, de su aptitud potencial, de lo que en ella permanecerá al través de las evoluciones del organismo social en formación.

Creen algunos que esos grandes caracteres que, con pertenecer a una nación, se desprenden del medio en que viven, sólo existen en éste "a títu-

lo de rebelión individual, y son como ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por una catástrofe geológica". Yo creo lo contrario, cuando se trata de sociedades en formación como la nuestra: yo me los imagino como los fragmentos solidificados de un cuerpo en fusión que comienza a enfriarse lentamente. Esos fragmentos son de la misma naturaleza que el conjunto, y nos ofrecen la muestra de lo que éste llegará a ser, cuando adquiera su estado normal y definitivo.

El Uruguay y la República Argentina que, con mayor o menor espontaneidad, pero con eficacia, secundan al arzobispo de Montevideo, que concibe y realiza la idea, cuya grandeza es inaccesible a la multitud, de un santuario nacional en el desierto de Judea, obedecen a un instinto de la raza que, en definitiva, predominará en la América española. El metropolitano del Uruguay no es, pues, el *personaje reinante* de Taine, en cuanto no encarna las necesidades y las aptitudes nacionales presentes en acción; pero es el símbolo de lo que caracteriza nuestra raza: la coexistencia del idealismo puro y de la acción enérgica y fecunda.

III

"Una guerra grande y universal, dice Carlyle, resume toda la historia del mundo: la guerra de la fe contra la incredulidad; *lucha del hombre cuyo pensamiento se fija en la esencia real de las cosas, contra los hombres que lo tienen fijo en las vanas apariencias de las mismas.*"

Ese pensamiento fijo en la esencia real de las cosas, hijo de la fe serena y tenaz que engendra grandes propósitos y asegura su ejecución, resume el carácter del metropolitano del Uruguay; por eso su figura inmóvil se proyecta con dureza, sin fundirse ni esfumarse en sus rígidos contornos, sobre el fondo indeciso de su patria.

La silueta física y moral del doctor don Mariano Soler se ofrece al observador con una nitidez marmórea.

Los accidentes que excitan sólo la sensibilidad no ejercen acción alguna sobre su espíritu; y, recíprocamente, las operaciones de éste, por más enérgicas que sean, el amor, el entusiasmo, la resolución firme, la devoción fervorosa, la alegría o la amargura, no se revelan en formas accidentales en su envoltura corpórea: es exteriormente frío, imperturbable, casi inanimado. El hombre superficial que lo juzgara sólo por

su exterior escultórico, lo acreditaría de altivo, quizá de soberbio o desdeñoso. Y sin embargo, si fuéramos a elegir entre sus grandes virtudes la que más lo caracteriza, nuestra elección debiera recaer en su humildad, en la negación absoluta de sí mismo. La sencillez y la ingenuidad, que son el alma de su alma, toman en su cuerpo aspecto de dureza; la sinceridad más humilde se viste en él de altivez. Su carne es fría y opaca.

Es, por ejemplo, un hombre de oración y de una piedad profunda; el tabernáculo es su único refugio íntimo; pero esa virtud sólo se traduce en él por una impasible solemnidad escultural. No se le verán jamás las actitudes extáticas que la oración imprime en otros varones justos rodeándolos de un nimbo; jamás se le verá con la cabeza entre las manos, en actitud de honda meditación o de comunicación con la visión blanca que aparece al alma en comunicación con el cielo azul; no se le verá tampoco con el breviario en la mano, recorriendo lentamente el claustro del mundo con los ojos bajos, moviendo los labios, y santiguándose al compás de la fórmula secreta. La contemplación de Dios no se refleja en sus ojos claros, incoloros y apagados, casi sin mirada; la adoración no ablanda las líneas de su cuerpo inflexible; nada modifica los

rasgos de su fisonomía clásica, de camafeo romano, que nos recuerda el ascético perfil del Dante joven, que conocemos por el retrato atribuído al Giotto.

Su cara aquilina y la posición de su cabeza sobre los hombros son las mismas bajo la mitra preciosa y bajo el solideo ordinario; el báculo de oro no modifica su andar corto, mecánico, y que no imprime al cuerpo rígido la más mínima ondulación: camina sólo para adelantar. La marcha, el movimiento, no son en él expresión y vida como en los demás; sobre la noble impasibilidad de sus líneas parecen modelados los prelados de piedra que, de pie en sus repisas, y con la cabeza hundida en la sombra del doselete ojival, decoran las columnas de las viejas catedrales góticas, o velan los sarcófagos de sus capillas absidiales.

Parece que su alma no tiende hacia afuera al ser movida por la emoción: antes por el contrario, se hunde, se aleja más de su cuerpo, dejándolo más impasible, imprimiéndole la solemnidad de lo inanimado, la de los ojos sin pupilas de la Minerva griega.

Hay sacerdotes cuyo carácter sagrado y cuyas virtudes compenetran, no sólo sus espíritus, sino también sus cuerpos; son hombres que no tienen

dónde esconder el alma; varones luminosos que no logran apagarse a sí mismos, y cuya luz, como la de las luciérnagas perseguidas, se aviva y enrojece con el esfuerzo que hacen por disimularla. El pueblo ve en todos sus actos, aun en los más sencillos, una oculta santidad, y se siente subyugado por la muda elocuencia de sus personas, que parecen desprendidas de un tríptico de Fra Angélico.

El arzobispo de Montevideo es todo lo contrario: es una alma de oro, pero de oro muerto, de superficie opaca; si, por imposible, quisiera hacer ostensible el brillo de sus virtudes y merecimientos, no sabría salir del paso. Los que lo tratamos de cerca, necesitamos de mucho tiempo para caer en la cuenta de que ha realizado, en nuestra presencia, un acto de extraordinaria virtud, a costa de un heroico esfuerzo, o sofocando una grande amargura. Entonces nos sorprendemos de no haberlo advertido antes; quisiéramos volver atrás para admirarlo; pero ya es tarde. El doctor Soler es como ciertas aves mudas, en las que el dolor más intenso, y aun la muerte, no modifican la superficie del plumaje tornasol, ni la expresión de sus ojos inmóviles como dos gotas de tinta. Sus actos heroicos de paciencia, de humildad, de amargura hondamente soportada, de perdón de las mayores injurias, pasan sin dejar

recuerdo, sin aumentarle prestigio ante los hombres que sólo miran las superficies. Ante éstos, ante sus juicios y reproches, el virtuoso y fuerte prelado será siempre un ser indefenso, un reo condenado de antemano por su tribunal. Ante Dios es otra cosa.

Alguien ha dicho que un librepensador que pretende escribir la vida de un santo, es una jaula de gallinas que tiene la pretensión de alojar una águila. Por algo acude ese recuerdo a mi memoria. Es que es preciso agrandar mucho el espíritu propio, para que quepa en sus juicios el alma solitaria de Monseñor Soler, el hombre inexpresivo y profundo como la tumba sin flores de un genio olvidado.

Por eso, con ser, como lo es, un notable y fecundo escritor, el arzobispo uruguayo no es un grande orador como pudiera serlo; su palabra en público no es dócil a su pensamiento, no se identifica con él sinceramente; se rebela, se va. Su cuerpo no habla; el calor del alma lo enfría como una evaporación. La palabra no tiene en él, por otra parte, más destino que el de expresar ideas, nunca el de agradar o conmover; él pide a la palabra humana sólo *un sentido,* siendo así que tiene también *una alma;* él le exige que transmita sólo el pensamiento, siendo así que también

puede transmitir la pasión, es decir, la conmoción orgánica que acompaña el nacer de los pensamientos nobles, y que se propaga, por simpatía, en los organismos predispuestos a reproducir el estremecimiento inicial.

Eso es arte, y el gran prelado uruguayo no es artista: es un pensador y un obrero, un claro entendimiento y una gran voluntad; no es un organismo vibrante. Absorbido en la belleza de la verdad, y lleno de fe en ella, no la tiene tanto en la verdad de la belleza en sí misma, ni en su eficacia moral. Si la busca, la busca sólo como medio; y ese es el modo de no encontrarla jamás.

No se busque, pues, en él, la unción o la afabilidad exterior que afecta sólo los organismos: la sonrisa afectuosa con el niño, la bendición llena de calor paternal, la palabra melodiosa y persuasiva que ordena acariciando, la frase que pide la aprobación ajena al emitir una opinión. Monseñor Soler da la suya sin dureza, pero sin vacilación, sin presuponer ni tener en cuenta el sentir favorable o adverso de los demás. Absorbido en la esencia de las cosas, no adopta sus resoluciones, cuando le incumbe adoptarlas, considerando accidentes o juntando pareceres: piensa hondamente, resuelve, y obra. En cuarenta y ocho horas decide un viaje a Palestina, si lo tiene resuelto; sus maletas se aprontan en dos

horas; va a Roma y vuelve de Roma en algunas semanas; atraviesa el desierto de Arabia, la Mesopotamia, la región de los relatos bíblicos hasta las fronteras de Persia, o toda la América, de Méjico a Patagonia, en algunos meses, y lo hace con glacial impasibilidad, como si no saliera del orden normal de su vida. Hace conocer generalmente sus proyectos cuando ya están en vías de ejecución, y no es posible volver atrás; se sabe que ha escrito un nuevo libro cuando está impreso; busca muy pocos colaboradores a la concepción de sus planes; los reclama sólo para su ejecución, cuando los sabe eficaces a su intento.

Es que él penetra en la esencia de las cosas, y sale del fondo de su propio pensamiento con una lumbre interior que le marca la ruta; cuando los accidentes se la borran o confuden, vuelve a entrar en sí mismo un momento, como si fuera a dar cuerda de nuevo a su voluntad, y sigue, sigue tranquilo su camino con isocronismo casi automático. Si un obstáculo sale al encuentro de su empresa, lo examina; y, si lo juzga insuperable, desiste sencillamente de aquélla, sacrifica o guarda para mejor coyuntura su idea y su trabajo, y, sin manifestar contrariedad, pasa fríamente a otra cosa.

No pierde un cuarto de hora de su vida; duerme muy pocas horas; come, con una frugalidad

de asceta, en quince o veinte minutos; no se detiene jamás en el deleite, por más honesto que sea, ni se le conoce una afición que pueda proporcionarle un solaz intenso: no tiene más placer que el estudio, la visión de la verdad. Concurre a los actos sociales que exigen su presencia, y hace sus visitas con toda corrección; pero en todo eso está siempre de paso; sólo está definitivamente en su oratorio o en su mesa de trabajo y de meditación; allí donde ora, donde piensa hondamente, donde escribe llenando carillas de una letra que refleja su carácter: nítida, clara, sin una sola enmienda, letra de copista del propio pensamiento, no turbado por la sensibilidad interna, ni por la externa, ni por la afectiva.

Por eso se le ve muy poco: es que él no tiene que hacer, allí donde no hace algo serio y permanente. Nadie como él sabe esconder su vida y difundir su espíritu.

Cache ta vie et répands ton esprit.

Ha escrito veinte volúmenes; escribirá muchos más. Sus obras históricas, apologéticas, científicas, son importantísimas; son lo más serio que se ha producido en su país, y honran al episcopado americano. Pero su juicio no cabe en este libro. Yo no estudio aquí un autor, ni escribo una biografía; apenas si procuro modelar en un bloque una figura interesantísima; apenas si es-

bozo, a martillazos en la palabra dura, un gran carácter de mi tierra, que reclama el bronce, y algún día lo animará.

El escultor Puget solía decir: "el mármol tiembla ante mí"; yo siento que son mis manos las que tiemblan al contacto de mi mármol insensible: de esta mi rebelde palabra, que no reproduce, tal cual yo las veo y siento, las líneas vigorosas de su escultural modelo.

SEMBLANZA

I

Los rasgos de carácter que hemos esbozado explican la actividad de la vida más fecunda acaso en obras sólidas y perdurables que nos sea dado examinar en el Uruguay.

Yo conocí al arzobispo de Montevideo allá por los años 65 y 66, en el Colegio de los PP. Jesuítas de Santa Fe, en que ambos nos formamos. Era yo niño en aquel entonces: nueve o diez años; él, joven: diez y ocho o veinte. Yo estaba en la bulliciosa sección de los más pequeños; él, en la de los seminaristas, que nosotros veíamos sólo de lejos. Hoy lo veo con toda precisión en mi memoria. Su figura se destaca entre las de los jóvenes levitas sus compañeros; me parece verla recortada en el aire, como la silueta de un bajorrelieve asirio. Es la misma que la del prelado actual; pasa rígido, aquilino, muy limpio, muy correcto en el vestir modesto. Al rendir sus exámenes públicos, está inmóvil como un modelo de taller; las palabras salen de su

boca frías y sólidas; expone sus conocimientos tales cuales son, ni más ni menos; va a recibir los primeros premios, como el que ejecuta una orden urgente, sin que el goce del triunfo encienda una luz en sus ojos, ni modifique el dibujo correctísimo, pero muy duro, de sus labios.

Nos separamos entonces para volvernos a encontrar, andando el tiempo, en Montevideo: él, de regreso del Colegio Pío Latino-Americano de Roma, en que terminó brillantemente su carrera y recibió las sagradas órdenes; yo, de vuelta de Chile, en que terminé la mía; él, sacerdote, caudillo de Cristo; yo, modesto soldado de su ejército, y ferviente admirador de mi esclarecido capitán.

No bien regresó a su patria, su persona se tornó en eje de hierro de un movimiento desconocido; se dijera que había venido en él un núcleo de atracción y de rotación vertiginosa, que arrastraba en su órbita todos los elementos de fe inertes y dispersos por la nación: asociaciones católicas, centros literarios y científicos, la juventud escogida que se agrupaba y se apercibía a la lucha, la prensa católica que nació de su aliento, las conferencias de propaganda, la controversia pública sostenida por él solo contra una legión en una atmósfera candente, todo gira-

ba en torno de su figura marmórea e impasible como una esfinge. En solos cuatro o cinco años, fué director de universidad libre, presidente de la Sociedad de Ciencias y Artes, Diputado, Cura Párroco, propagandista de la palabra y de la pluma, organizador de todos los centros católicos, juez eclesiástico, asesor y consultor del prelado, Vicario general de la diócesis. En esos cuatro o cinco años lo hizo todo, todo lo que existe en materia de organización laica católica; aun todo lo que se hará en mucho tiempo, estaba ya en sus apuntes o en su cabeza poblada de proyectos. Con encontrársele en todas partes en que se trabajaba por la organización católica, no cesaba, sin embargo, de estudiar y de escribir en su rincón de trabajo: publicaba libros, trazaba planes, formaba estatutos de sociedades científicas, proyectos de leyes que llevaba al Congreso, organizaba museos y gabinetes. Ya estaba entonces en su mente la actual organización de la iglesia nacional: la arquidiócesis, los obispados sufragáneos, los cabildos; ya entonces dió un principio de ejecución a la universidad libre que realizará el porvenir; ya proyectaba la construcción de una nueva gran catedral en la capital de la República, la erección de un santuario nacional como el de Montmartre.

El país lo seguía con esfuerzo; a las veces,

se le quedaba muy atrás, y lo abandonaba; él volvía entonces la cabeza, se encontraba solo, y regresaba tranquilo al presente desde el porvenir.

Tal conjunto de raras cualidades, con ser suficiente para trazar un carácter, no lo sería para definir el del que había de ser arzobispo de Montevideo, si no agregáramos uno fundamental: su disciplina, su acatamiento y veneración hacia la autoridad divina de su obispo.

Fueron sus prelados Monseñor Vera, el patriarca del Uruguay, y Monseñor Yéregui, el obispo mártir de su deber pastoral. La adhesión del doctor Soler a esos sus obispos; el afecto y el respeto filiales que les profesaba eran de una espontaneidad tal, que excluía todo juicio de su parte con relación a las órdenes u opiniones de aquéllos. Todos sus actos, por más personales que fuesen, no eran sino la voluntad de su prelado vestida de su inteligencia, de su preparación científica, de su actividad. La santidad, la inteligencia, la superioridad de criterio y el acierto de sus obispos eran para él indiscutibles. Se unían y conciliaban en él, por manera realmente peregrina, la independencia y el espíritu innovador, con la sumisión y la obediencia más perfectas. La idea enérgicamente concebida

en la soledad se desvanecía, como por ensalmo, en su mente, sin dejar huella alguna, al faltarle la aprobación de su prelado. Su cabeza, en plena eflorescencia, producía pensamientos para su obispo, y sólo para él, como la flor produce frutos para su árbol. Jamás pasó por su mente la idea de que, andando el tiempo, podía llegar él a ocupar el puesto de su superior; se consideraba como nacido sólo para obedecer, para trabajar secundando un pensamiento mayor que el suyo. Por eso la obediencia, no sólo no menoscababa su carácter, pero lo fijaba y diferenciaba, por la gran libertad y la espontaneidad suma que a sus acciones comunicaba. Eran éstas personalísimas, y, al mismo tiempo, dóciles ejecutoras del ajeno pensar; eran la libertad en la obediencia, y el vigor en esa razonable libertad. Fué el ejecutor dócil de la voluntad de sus obispos cuando vivos; el apologista de su memoria cuando muertos.

Si bien se analiza, se convendrá en que ese rasgo del carácter que examinamos, más, acaso, que ningún otro, denuncia al hombre de acción y de pensamiento fijo, no distraído por los accidentes.

Sólo los hombres superiores se dan cuenta exacta de la diferencia de criterio que tiene que

existir necesariamente entre el que tiene la responsabilidad de un acto, y el que sólo concurre a su ejecución. La disciplina es la piedra de toque de los grandes entendimientos, o de las grandes virtudes.

Obsérvese bien, y se verá que la indisciplina, la falta de acatamiento a la autoridad, que fueron en el principio hijas de la soberbia, no lo son, muy a menudo, sino de la poca elevación de espíritu. La libertad e independencia que existen en el acto de obedecer, sometiéndose a lo que es superior a cualquier título, no son fácilmente percibidas por los espíritus pequeños; éstos gozan naturalmente con la depresión de lo que les es superior. De ahí que el espíritu de desacato sea, muy a menudo, simpático, no tanto a la ignorancia, cuanto a la mediocridad ignorante que forma legión; y lo sea tanto más, cuanto más elevada sea la autoridad que se desacata: el sacerdote, el pontífice romano, el mismo Jesucristo, el mismo Dios.

Un crítico italiano, Víctor Imbriani, publicó, en 1877, un estudio severísimo sobre el Fausto de Goethe, colocando a éste en el número de las glorias usurpadas. Marc Mounier, sin examinar el fondo de la cuestión, decía con ese motivo: "Lo que más me disgusta en estos críticos denigrantes, es el inmenso placer que proporcionan

a los tontos. Nada es más agradable, para los que no tienen mérito alguno ni talento, que el saber, una buena mañana, que tal o cual hombre ilustre es tan bruto como ellos. Se frotan entonces las manos y se creen águilas".

Y lo que se dice de la inteligencia, dícese, con mayor razón, de la virtud que reclama respeto; es grato al hombre malo saber que tal o cual persona, que goza del prestigio que da la virtud, es tan malo como él. El malvado se cree entonces un santo, y toma el aire de apóstol.

El hombre recto cree fácilmente en la ajena rectitud, y no se adhiere, sin maduro examen, a las afirmaciones que la menoscaban; el que sabe amar y acatar la autoridad es el que, llegado el día, sabrá con más cordura y mayor acierto ejercerla.

II

Tal ha sido y es el carácter del metropolitano del Uruguay: sumergido siempre en la realidad de las cosas, parece inaccesible al ensueño. Y sin embargo, llegó el momento en que un ensueño tenaz logró penetrar, sabe Dios cómo, en su alma inexpugnable y solitaria. El fantasma era poderoso y noble, y no dejaba de ser temible, según venía armado de todas armas.

Es necesario que nos detengamos a examinarlo; que acaso fué él, y no otro, quien arrojó la semilla del santuario de Palestina.

En los largos viajes con que el doctor Soler interrumpió su labor en su tierra, fué una vez, como hemos dicho, a Tierra Santa. Aquella región árida y fría, que ya hemos descrito; aquellos sitios; aquellos nombres: Nazareth, Belén, el Jordán, el Mar de Tiberíades, el Thabor, el Calvario, ¡el Calvario sobre todo! sacudieron su rebelde sensibildad. Yo me lo imagino de pie, inmóvil, solemne, y al parecer impasible como siempre, en presencia de aquella majestad: ¡el Calvario, el Santo Sepulcro!

¿Qué ocurrió entonces allá en el fondo desconocido de su alma piadosa, con esa piedad honda que antes he descrito?

Cuando salió de Jerusalén, un propósito se había agarrado como una raíz a su voluntad: dejar el mundo en que tanto había luchado; acogerse a la soledad del Calvario.

¿Se sintió acaso desfallecido por el rudo esfuerzo de siete años, y dió cabida en su alma a algún desencanto producido por la inconsecuencia de los hombres, o por alguna herida demasiado dolorosa? ¿Olvidó que el mundo todo es Calvario para almas como la suya, que no saben de goces humanos?

Nadie lo puede afirmar; él no lo dirá jamás. Pero es lo cierto que, en aquel momento, renunció a su patria, a su familia, al mundo entero, y resolvió vestir para siempre el sayal franciscano en Tierra Santa, al lado del Santo Sepulcro; allí asistiría perpetuamente a los funerales de Dios, y satisfaría su insaciable anhelo de meditación y de estudio.

Su resolución era firme, fría, como todas las suyas, y no fueron bastantes a quebrantarla los esfuerzos unánimes de su patria que lo reclamaba.

Pero Dios la desvaneció.

¿Quieres mi cruz? le dijo Cristo. Sea en buena hora: tómala. Y le colgó a los hombros, de una cadena, la cruz pectoral de piedras preciosas, ¡piedras no más!

¿Quieres ser romero y peregrino? Sea. Toma tu báculo y anda, oh alma esencialmente peregrina; pero tu báculo será más pesado que el del romero que cruza el torrente sagrado. Y le puso en las manos un báculo de oro.

Dios intervino claramente. Cuando Monseñor Soler, entonces Vicario General de Monseñor Yéregui, había vencido todas las dificultades que se oponían a lo que él creía su vocasión del Cielo; cuando ya había gestionado con ahinco, y obtenido su admisión en la orden francisca-

na de Tierra Santa; cuando ya había dicho el adiós postrero a los lugares de su infancia, que fué a visitar antes de dejar para siempre su patria; cuando, tras largo esfuerzo contra vigorosa oposición, había obtenido la venia de Roma, y arrancado la aquiescencia de su prelado, y fué a despedirse de éste la víspera de su partida, para recibir su última bendición, tocóle recibir su último aliento. Su ilustre predecesor, Monseñor Yéregui, murió repentinamente en sus brazos.

Digitus Dei est hic.

Esa orden de Dios que le cerraba el camino con el cadáver de un santo fué luego al punto seguida de una orden telegráfica de Roma, que encargó a Monseñor Soler de la administración interina de la diócesis. Tuvo que quedarse.

¿Con pena? ¿Con descontento?

Con impasible resignación. Se le vió reanudar su labor, y ponerse a la obra, como si nada hubiera acontecido. Pero no por eso abandonó su propósito, que guardó en el fondo de su espíritu.

El país manifestó entonces su voluntad unánime: superiores de comunidades religiosas, clero, fieles, todos reconocieron y proclamaron en el doctor Soler el sucesor providencial de Monseñor Yéregui. Ese voto llegó, en forma pre-

miosa, a Roma, al representante de Dios que marca a los elegidos. Por otra parte, una comisión formada de lo más genuino del catolicismo uruguayo, encabezada por el gran ciudadano don Juan D. Jackson, cuyo nombre debe quedar en estas páginas, acudió al Presidente de la República a suplicarle que, en la terna que es costumbre presentar a la Santa Sede, se escribiera, en primer término, el nombre del doctor don Mariano Soler.— En ustedes, dijo el Presidente, habla la voz de los católicos orientales; y son éstos, más aun que yo, quienes deben resolver en este asunto. Yo, pues, obedeceré la indicación de ustedes, la voluntad del pueblo católico, y me uniré a ella personalmente con la mayor satisfacción. El Presidente cumplió fielmente su promesa.

Monseñor Soler permanecía impasible; pero se fué a Roma a tentar un último esfuerzo; se fué con el propósito y con la esperanza de no volver. Expuso al Papa su causa: su vocación de Dios que lo llamaba al claustro, su carácter que lo alejaba de los hombres, la índole y la situación de su país. León XIII lo escuchó largo rato en silencio, clavados en él sus ojos negros llenos de luz. Por fin, interrumpiéndole bruscamente, le dijo:

Y bien: yo quiero que usted se consagre.

Monseñor Soler acató la orden. Fué consagrado en Roma Obispo de Montevideo.

El pueblo uruguayo lo aclamó al volver. Llegó sereno como siempre, pero más que nunca humillado ante Dios, porque estaba penetrado de su terrible dignidad, y de su nuevo eterno carácter. El ascua de fuego había tocado su alma, y él había sentido el contacto ígneo como él sabe sentir: Nadie como él conocía el peso de la cruz pectoral y el del báculo de oro; nadie más que él, el significado del juramento que había prestado, al aceptar el anillo que significa su místico desposorio con la Iglesia de Cristo; él sabía bien la transformación que la suprema de las órdenes sagradas había operado en su alma ungida; sabía que él era, desde entonces, el continuador de la misión dada por Jesucristo a sus apóstoles; conocía bien la resolución del Concilio de Trento, según la cual el episcopado es el primer grado de la jerarquía de orden, y no ignoraba que la superioridad del obispo sobre todos los presbíteros es dogmática, de derecho divino, y no de simple institución eclesiástica; sabía, por fin, que, según la expresión de Andrés, el obispo es la columna del templo, y, según la hermosa expresión de la Edad Media, es el trono de Dios. Debía, pues, ser él, y sólo él

quien imprimiera su rumbo a la iglesia del Uruguay, pues suya, y sólo suya, era la responsabilidad ante Dios.

Se sintió entonces más que nunca solo en medio a la multitud, solo con aquella pavorosa responsabilidad, que siempre quiso esquivar; y se envolvió en su nube, como el Moisés de Alfredo de Vigny:

M'enveloppant alors de la colonne noire,
J'ai marché devant tous triste et seul dans ma [gloire.

Su gloria debía ser su humildad, el sacrificio de todo éxito accidental al éxito esencial y permanente de sus esfuerzos por la gloria de Dios, el solo grande, el solo altísimo.

Adoptó entonces como divisa, y escribió en su escudo episcopal, con signos de gules, este lema soberano, que parece trazado con la sangre del gran prelado en el esmalte heráldico de azur: *Absit gloriari nisi in cruce.*

MI SOLA GLORIA LA CRUZ

EL PRELADO

I

La honda veneración hacia sí mismo que la dignidad episcopal impuso al tercer obispo de Montevideo, no hizo sino acentuar los tonos ya vigorosos de su interesantísimo carácter. El hombre de las empresas prácticas y fecundas ha persistido en el obispo, como ha persistido el propagandista, el escritor erudito, el hondo y frío pensador que, fijo en una idea madre, pone al servicio de ésta todo cuanto es transitorio y accidental.

Su palabra pastoral tiene el sello de su persona, tal cual la penetró León XIII al mirarlo fijamente y decirle: "quiero que se consagre". No se busque, pues, en ella, sólo la voz del misionero que excita los fieles a la piedad, o la del párroco lleno de celo y unción, director de conciencias individuales; esa es misión que incumbe a sus virtuosos y dóciles agentes, mientras él se

reserva la más ardua y delicada, y se consagra a ella en absoluto. Búsquese y se hallará en él el maestro que expone y defiende la doctrina; el apologista que la impone a todo espíritu honrado, por la sola fuerza de su verdad y su hermosura; el estadista, el estadista sobre todo, que la acomoda al momento histórico, desdeñando las rutinas de forma que, al cambiar de sentido, como cambia todo lo que es accidental, pudieran comprometer la recta comprensión de la verdad inmutable, y dificultar su predominio en el pueblo, en todo el pueblo, y no sólo en el grupo de elegidos o iniciados en recta interpretación de las formas.

Es claro que, para eso, mucho más que para enseñar en la escuela, o seguir con piadosa tranquilidad de conciencia las fórmulas consagradas, se necesita un esfuerzo de entendimiento y de estudio, con que corresponder debidamente a la gracia de Dios que ilumina a sus elegidos; es menester un carácter no común, para vencer las resistencias de los que creen en la eternidad de las formas, porque no alcanzan más que a ellas, y creen que todo se pierde con ellas; es fuerza tener un profundo conocimiento de la integridad intangible de la doctrina, para no menoscabarla en un punto. Pero el prelado uruguayo, al renunciar a su ensueño de soledad monástica aca-

tando la orden del Papa, aceptó la cruz pectoral a sabiendas de su pesadumbre, y de la dura soledad que ella impone, en muchos casos, al que es obispo en los tiempos modernos.

El estadista debe seguir, desde lo alto, los acontecimientos del mundo; tiene que estudiar mucho el momento histórico de su país con relación al momento universal, a fin de arrebatar a aquél todo lo que puede dar de sí, y nada más; que todo momento, como todo árbol, tiene su fruto, y es fuerza conocer la época de la madurez, para no desprenderlo en agraz, ni dejarlo pudrir en la rama. El niño tira piedras al árbol. El pensador responsable prepara lentamente las causas, y se guarda bien de pedirles otra cosa que sus efectos lógicos y naturales. Esa es la labor del estadista en la organización civil, del obispo en la dirección de su iglesia, de su clero, de sus fieles; y de ello tiene que responder él solo ante Dios. La cooperación de terceros a las grandes resoluciones llega sólo hasta cierto punto, después del cual, el hombre responsable tiene que encontrarse solo. Los genios y los astros de luz propia son los solitarios de la tierra o de los espacios.

Al contrario de lo que establecen los filósofos modernos, que hacen desaparecer los individuos para sustituirlos por las colectividades, es in-

dudable que la historia de los pueblos o de las grandes causas no es otra cosa que la biografía de sus grandes hombres.

El arzobispo de Montevideo es, ante todo, un pensador, y eso es lo que lo diferencia y le da superioridad; eso fué, sin duda, lo que vió en él el Pontífice estadista, al arrebatarle el sayal franciscano, e imponerle la mitra del Uruguay.

León XIII, para realizar su grande obra social, ha tenido que ser también un pensador solitario; en más de un momento, del que han dependido los destinos del mundo, ha tenido él también que librar la lucha de que habla Carlyle, la del que tiene la mirada fija en la esencia de las cosas, contra los que la fijan sólo en las vanas apariencias de las mismas.

Guardadas las proporciones, yo veo una gran analogía entre el carácter y los procedimientos del metropolitano uruguayo con relación a su iglesia, y los de León XIII con respecto a la universal. El arzobispo de Montevideo tiene los ojos fijos en la lámpara que, en la alta alcoba del Vaticano, alumbra las meditaciones del gran pontífice; sigue a éste con la misma enérgica docilidad con que antes seguía a sus obispos diocesanos, y, en viendo aquella luz, siente, y no sin causa, que hay día en su alma de prelado.

Monseñor Soler, el glacial pensador, el obre-

ro impertérrito, en pos de Monseñor Yéregui, el santo obispo que cumple con su deber, pero muere, me recuerda, sin duda alguna, a León XIII, el papa de las grandes encíclicas, el estratégico de las fecundas adaptaciones al momento histórico, el de los ojos llenos de luz negra, en pos de Pío IX, el amado pontífice del Syllabus, de la Inmaculada, y de los éxtasis azules de caridad.

"Ya que en el tiempo presente, dice Brunetière, el pensamiento libre no ha inventado, como resumen de sus progresos, otra cosa que hacer laicas las ideas cristianas, opongamos a esa pretensión una nueva fórmula: hacer católicos todos los progresos del pensamiento y de la civilización". Eso es precisamente lo que hace León XIII en el mundo; eso lo que, siguiendo al Papa, persigue Monseñor Soler en su patria.

II

La empresa de la construcción de un santuario nacional en Palestina, de que hemos tomado ocasión para estudiar el carácter de Monseñor Soler, coincide providencialmente en su vida con otra, que fija y determina con singular energía aquel carácter: la erección del arzobispado de Montevideo.

Con examinar en ese hecho al gran prelado,

habremos dado el último golpe de cincel a la interesante figura moral que esbozamos, y que, por su vigorosa estructura, se forja más que se modela.

Monseñor Soler, que huía de la mitra cuando era simple sacerdote, deseó, cuando era irrevocablemente obispo de Montevideo, ver transformada su sede episcopal en metropolitana: era uno de sus proyectos de largos años atrás, que persistía en su espíritu: el proyecto aceptado por Monseñor Vera, y que hubiera entonces tenido ejecución, a no haberse desistido de llevarlo a término por causas supervinientes.

La erección del arzobispado de Montevideo no aumentaba ciertamente la autoridad del obispo único de la República; antes al contrario, se la hacía compartir con aquellos de sus hermanos que fuesen consagrados obispos sufragáneos; tampoco aumentaba en nada sus recursos materiales, pues, lejos de ello, los recursos con que contaba tenían que distribuirse entre las nuevas diócesis, menoscabando el reducido peculio episcopal.

Eso no se ve generalmente, sin embargo. Los que sólo observan las apariencias de las cosas; los que no conocían, por consiguiente, la virtud del fuerte prelado, ni sus antecedentes; aun los que, conociéndolos, eran hombres de poca fe,

como los pescadores de Galilea, podían tomar de ello ocasión para creer que el antiguo romero de Tierra Santa daba al fin cabida en su espíritu de hierro a un pobre sentimiento de vanagloria.

El obispo de Montevideo no era hombre de sacrificar un gran propósito de veinte años al temor de que tal pensasen los espíritus débiles. Él había entrado en la esencia de las cosas: nuevos y fecundos núcleos de difusión del Evangelio y de la civilización cristiana se formarían en la República, con la creación de dos obispados sufragáneos; la nación daría un paso más, el único acaso que le faltaba, para aparecer como nación definitiva, en el sentido de su organización; las nuevas sedes episcopales difundirían la cultura y el espíritu nacional, que ellas entrañan, por los confines casi abandonados de la patria, y defenderían sus fronteras invadidas por la influencia moral del extranjero. Eso fué lo que él, fijo en la esencia de las cosas, que no en sus accidentes, vió realizable en un momento que él supo propicio, y arrebató con energía a ese momento fugaz todo cuanto pudo serle arrebatado en beneficio de la patria y de la fe. Si él no la hubiera estimulado, largos años hubieran pasado sin que esa magna obra se realizara, como muy largos años pasarían sin que el *Huerto Cerrado* de Salomón recobrara su voz profética, si

el genial arzobispo uruguayo no hubiera seguido la inspiración de decirle: "levántate y profetiza". Deseó, pues, el palio de lana tejido con el vellón blanco de los corderos de Santa Inés, y tachonado de cruces negras: era el símbolo de la primera jerarquía eclesiástica conquistada al fin para su patria, el Uruguay, estado soberano y cristiano como los demás, y digno, por ende, de figurar con los primeros en la organización de la Iglesia universal.

Corrió a Roma a recoger para su patria el vellocino sagrado, que él había descubierto; y, cuando lo vió sobre sus hombros, envió a su arquidiócesis desde Roma su primera bendición.

Era un lunes de Pascua, en un hermosísimo día de Roma; en uno de esos días en que la cúpula de San Pedro se sumerge en un cielo azul resplandeciente, como una cabeza gloriosa, ceñida de un casco, en su nimbo espléndido de luz.

Era también un 19 de Abril.

Los que no conozcan esa fecha, no se explicarán mi propósito al escribirla en estas páginas. Los hijos del Uruguay la conocen y la bendicen.

Bendíganla, de hoy más, con un nuevo título; que no en balde eligió Dios, para colocar sobre los hombros del primer arzobispo de Montevideo el blanco palio de cruces negras, la más her-

mosa acaso entre las efemérides de gloria de la joven república del Sur.

Cúpome la honra de gestionar en Roma, como Enviado Extraordinario ante la Sante Sede, la erección de la arquidiócesis de Montevideo; tocóme en suerte la satisfacción de recibir, en representación de la patria, la primera bendición del nuevo metropolitano, y de ofrecerle la mitra blanca exigida por el solemne rito del juramento. Tuve entonces también el gran placer estético, que hoy quisiera transmitir, de observar la figura física y moral del insigne prelado, proyectada sobre aquel fondo romano, que, como los fondos de oro de los mosaicos bizantinos o de las tablas de van Eyck, exige tono y dibujo muy enérgicos a las figuras, para que no se pierdan en las vivas tonalidades de aquel ambiente.

Nunca he visto destacarse, sin embargo, con mayor vigor y más enérgico carácter la marmórea figura del arzobispo de Montevideo, que he procurado modelar en estas páginas.

En Roma está en su ambiente propio, sin dejar de llevar consigo el espíritu de su joven república americana, que se incorpora en él con honor al mundo cristiano congregado en la ciudad eterna. Él cruza allí, rápido y sereno, la puerta de bronce situada en el fondo de la co-

lumnata del Bernini, que abraza la gloriosa plaza de San Pedro; él pisa seguro los amplios peldaños de mármol de la gran escalera presidida por la estatua ecuestre de Constantino, y que conduce a las logias de Rafael y a las grandes galerías vaticanas; con fría inclinación de cabeza, corresponde al saludo militar de los suizos de uniforme abigarrado y casco de bronce cubierto de crin blanca, y cruza, entre las manifestaciones de veneración de la guardia noble, las silenciosas y semiobscuras antesalas del Cardenal Secretario de Estado. Allí, en aquel ambiente en que está el mundo entero... y León XIII con sus pequeños ojos negros, no se pierde ni desentona, ciertamente, la figura del sereno obispo uruguayo; *il cittadino romano* le he oído llamar allí; no sé si porque Roma lo mira con cariño y respeto especiales, o porque su tipo señorial, y su fría y clásica fisonomía, recuerdan efectivamente aquellos prelados romanos que Rafael inmortalizó en sus telas, para encarnar todo el espíritu de la nobleza medioeval.

Pero, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que, en la mancha de color meridional que forma en mi memoria mi recuerdo de Roma, suena con valentía la nota que representa al prelado del Uruguay; ella se ajusta, como la más castiza, a la vigorosa entonación del cuadro; se funde, co-

mo la más noble, en el nobilísimo ambiente de sus vivas tonalidades.

Y como es allí el intérprete genuino de la patria lejana; como ésta se incorpora en su obispo con gran decoro a aquel acorde del color cristiano, y de la línea monumental, yo miro el cuadro en mi memoria con un sentimiento semejante al que debe experimentar el vástago de noble sangre que, entre sus cuadros de familia, puede mirar el que representa una escena memorable, en la que figura, en primer término, uno de sus antepasados ilustres, haciendo flotar, junto al pendón real, las heráldicas empresas y los colores de la estirpe.

El Vaticano, la casa del Papa, es una gran casa solariega: en torno del hogar, se agrupa allí la más antigua y la mejor blasonada de las noblezas: la nobleza sagrada. El sayal gris del franciscano o el hábito de lana blanca del misionero de Oriente cruzan, entre la media luz de las antesalas pontificales, junto a la púrpura de los príncipes de la Iglesia, o las sendas moradas de los prelados que, cargados de merecimientos, llegan de las cuatro partes del mundo.

El viejo mobiliario de aquellos seculares salones; las alfombras desteñidas; los antiguos cortinajes de color marchito; la sala del trono en que, bajo el dosel escarlata, se ve el sillón dora-

do vuelto hacia la pared, en ausencia de su augusto dueño; el crucifijo de plata y ébano que adorna alguna mesa de sesiones o alguna vieja consola dorada; los escudos de numerosos pontífices esculpidos sobre las puertas o en las claves de los arcos, todo imprime a aquel monumental palacio del Vaticano el sello de un antiguo caserón de gran familia señorial. Su oratorio es la basílica de San Pedro, cuya cúpula se ve de todas partes: de las ventanas a que uno se asoma, de los patios que atraviesa, de los balcones, de las galerías; parece que aquella enorme mole de línea perfecta tiene la ubicuidad de una obsesión; que el cielo de Roma es su irradiación azul. En ese oratorio de la casa solar del mundo están sepultados los viejos antepasados, desde Pedro el pescador, desde Saulo el ciudadano romano, desde los santos abuelos que fueron trasladados de los agujeros de las catacumbas al sepulcro de familia. Los recuerdos, herencia de los antepasados, que adornan aquella casa paterna, son los tesoros de arte más espléndidos que conoce el mundo: los frescos de Rafael y de Miguel Angel; la pinacoteca vaticana; los museos de escultura egipcia, griega, romana; la biblioteca. Cuando uno se asoma a una de las galerías del tercer piso, y mira hacia afuera, se cree realmente situado en el centro del

mundo: a su derecha ve la cúpula, siempre la enorme cúpula, con su cielo en torno; allá abajo, en primer término, las espaldas de las estatuas de piedra, ennegrecida por el tiempo, del frente de la basílica y de los interminables pórticos circulares; allá en el fondo, circundada por éstos, y como la arena de un anfiteatro, la plaza redonda de San Pedro. Y en torno de ésta, las colinas del Lacio que a ella convergen, el cielo azul, la luz del sol que envuelve las cosas, la Roma moderna vestida de blanco, la Roma pagana desenterrada, cuyo esqueleto asoma aquí y allá: en el Coliseo, en la mole Adriana, en el Foro romano, en las Termas.

En aquella gran casa paterna se encuentran y se reconocen los hijos, troncos a su vez de innumerables familias, dispersos por el mundo: los mayores y los más jóvenes, los ricos herederos de tradiciones y glorias, y los recién incorporados a la familia.

Veo en mi memoria al Cardenal Richard, el octogenario arzobispo de París, que camina agobiado y tembloroso, con la pequeña cabeza blanca casi perdida entre los pliegues rojos de su esclavina; al Cardenal Vaughan, el prelado inglés, de rubia y fría fisonomía de lord de ojos azules y serenos; veo a los superiores ilustres de las comunidades religiosas vestidos de negro o

de blanco o de gris, que van a calentar sus almas en el hogar. Veo al anciano arzobispo de Nápoles, que recibe el palio conjuntamente con el joven arzobispo de Montevideo; los veo, después de la solemne ceremonia del juramento, cambiar el abrazo fraternal. Aquellas dos cabezas, blanca y temblorosa la una, rígida y vigorosa la otra, parecen representar dos generaciones separadas por largos siglos.

—Oh, dice el príncipe de la que fué magna Grecia; bien sé quién es el arzobispo de Montevideo, bien lo conozco. ¡Pero estamos tan lejos el uno del otro!

—No, Excelencia, no estamos tan lejos, dice el joven metropolitano. ¡De Nápoles a Montevideo! Es un paso: de puerto a puerto.

Monseñor Soler era, en aquella casa y entre aquellos hombres, el hijo menor que alcanza la mayoría de edad, la iglesia uruguaya recién nacida; pero era como el joven vástago de gran linaje, que denuncia en sus actos su noble sangre. Su escudo blanco no ostentaba todavía los resonantes blasones de los primogénitos, los viejos escudos coronados de cascos alados y llenos de seculares empresas; pero bien se veía que la joven república americana comenzaba por donde otros terminan: su prelado tenía todos los rasgos de la familia de los ilustres: la nobleza de la

virtud, el sello del espíritu romano. Él era allí el obispo esclarecido, el viajero de Palestina y del Oriente, el escritor erudito, y, más que todo eso, era el prelado escuchado en los consejos del Pontífice, a los que lleva respetuosamente, desde la América española, la observación directa, la idea propia, el pensamiento original, pero inspirado en la intangible unidad, y sometido a la autoridad infalible del Vicario de Cristo.

León XIII lo reconoce entre mil; lo tiene *in pectore;* habla de él en el Vaticano como de persona de la casa, y sonríe a su recuerdo, con sonrisa de padre contento y hasta envanecido de los merecimientos y de la obediencia del hijo ausente; sabe que puede descansar en él, pues es su espíritu práctico y genial, difundido en la América española, que ya no es tierra de infieles con vicariatos apostólicos. El Cardenal Rampolla, el alto y moreno príncipe de tipo y alma meridionales, franco, cultísimo, penetrante, rápido en percibir el fondo de una indicación embozada, fuerte para desmoronar una dificultad con el golpe de una palabra granítica, virtuoso como un santo y sagaz como un diplomático florentino, el Cardenal Rampolla ha visto hasta el fondo el espíritu de Monseñor Soler, y ha reconocido en él el prelado providencial del Uruguay.

En el Vaticano, Monseñor Soler no es una cara extraña; la Roma pontifical lo ha visto formarse y crecer a su sombra. Desde los príncipes purpurados; desde los monseñores jefes de las innumerables oficinas de la administración pontificia, hasta los viejos y leales servidores de aquella gran casa solar del mundo, todos, al verlo llegar, saludan sonrientes en él al miembro ausente de la familia, siempre esperado, y siempre bienvenido.

Así se explica cómo, en el último Concilio Latino-Americano, es el nuevo arzobispo de Montevideo el designado por León XIII para pronunciar la alocución de apertura de esa memorable asamblea; cómo el Papa lo llama al Vaticano por enviado especial, para oir su dictamen en asuntos extraordinarios del Concilio; cómo es él quien inicia, entre los prelados congregados en Roma, la cuestión relativa al sostenimiento y progresos del Colegio Pío Latino-Americano; y cómo también es él quien halla y propone la fórmula con que esa cuestión se resuelve con el apoyo de toda la América Latina.

III

En cuanto Monseñor Soler se vió preconizado arzobispo de Montevideo, corrió, sin pérdida de

momento, a Palestina, al Huerto Cerrado; allí trabajó, aprovechando los días, las horas. Tenía que volver a su patria; pero no quería volver sin llevarle, como tributo, las dos grandes obras terminadas.

Así lo hizo: regresó a Montevideo trayendo, con el palio de arzobispo que para su diócesis había anhelado, la cuchara de plata y de marfil con que había sellado con cemento romano la piedra angular del Santuario uruguayo-argentino en Tierra Santa.

No lo ví en Palestina; pero ¿quién no recompone, con los elementos que ofrecen estas páginas, su rígida figura en acción en aquella tierra? ¿Quién no la ve con todo su enérgico color sobre aquel fondo y en aquella obra?

El fanatismo musulmán miró desde el primer momento con ira el proyecto del viajero nazareno; el *jeque* beduino de Orthas, la pequeña población islamita sentada en la colina pedregosa a orillas del huerto profético, vió con rabia la perspectiva de una cruz alzada en alto en la ladera opuesta de su valle, y hostilizó la empresa; un pleito se había iniciado por ciudadanos musulmanes, para impedir que aquel pedazo de tierra pasara a manos de cristianos, invocándose la preferencia que la ley acuerda a los turcos para la adquisición de tierra en Palestina; era necesa-

rio, por fin, para emprender la obra, obtener el *firmán* imperial, el permiso del Sultán de Turquía, y ese permiso no llegaba.

Esas dificultades no fueron parte a turbar la serenidad de Monseñor Soler: las miró de frente, y emprendió la lucha. Activó los trabajos de aplanamiento del terreno, y la terminación del gran muro que lo cierra; dictó las disposiciones necesarias para neutralizar la mala disposición del *jeque* beduino, y del vecindario musulmán; tocó todos los resortes que él sabía eficaces a obtener el firmán imperial que en vano se esperaba. Las fiestas del *Ramadán* y del *Beyrán* se celebraban a la sazón en Constantinopla; era, pues, necesario aguardar a que el Sultán terminase sus abluciones.

Monseñor Soler no sabe esperar en la inacción: dictadas que tuvo sus disposiciones, aprovechó de ese tiempo para incorporarse a una caravana, y atravesar el desierto de Arabia. En treinta y ocho días lo recorrió, siguiendo las huellas de Moisés, el éxodo del pueblo hebreo, desde Egipto hasta la Tierra de Promisión.

Cuando regresó a Jerusalén por el Mar Muerto, todo estaba vencido: desarmado y adherido a la obra el fanático jeque de Orthas; libre y desmontado el terreno del futuro Santuario; obtenida, al fin, la venia del Sultán.

Abdul-Hammid II, se dirige con ella a Ibrahim Bajá, gobernador de Jerusalén, y le dice:

"A vos, *Ibrahim Bajá,* gobernador de Jerusalén, condecorado con la dignidad de Beilerbey de Rumelia y del segundo grado del Orden Imperial de Osmanié y de Mejidié, llegará este nuestro Firmán Imperial:

"Sabed, por tanto, que el patriarca Armeno-Católico, Saidna Azarián, ha solicitado nuestra autorización imperial, como corresponde, para la construcción de un Santuario en el lugar denominado *Hortus Conclusus* en los *Sebasten Suleymán,* Jardines de Salomón, en las inmediaciones de la población de Orthas, a tres cuartos de distancia de Belén; y así como en respuesta a la información oficial, el Consejo administrativo del Mutasarefato envió la relación correspondiente; y habiendo éste sido sometido al Consejo de Estado; y, conforme al proceso verbal del mismo, constató que el mencionado terreno no está sujeto a ningún destino del Islam, y que nada obsta a la construcción del edificio allí proyectado para uso nazareno, aconsejándonos que es el caso de conceder mi imperial Firmán de autorización, necesario en todo el Imperio de la Sublime Puerta para casos análogos, sin perjuicio de los derechos del Islam; por esto fué sometido el asunto con su expediente a mi supre-

165996

ma, sublime e imperial sanción. En este estado las cosas, expedí mi imperial Iradé; y, en su consecuencia, mi Imperial Cancillería expedió a su vez el presente sublime Firmán, en favor del Santuario de Hortus Conclusus, Sebasten Suleymán, que se pretende construir en nuestros imperiales dominios para uso de los nazarenos, el cual será respetado por todos nuestros súbditos musulmanes y nazarenos.

"Por tanto, tú, que eres el mencionado Mutesarif, debes procurar que, en nuestro nombre, y por nuestra autoridad sublime, no se ponga dificultad alguna por ninguno de nuestros subditos a la construcción de dicho Santuario, con tal que no se excedan las medidas métricas del plano presentado. Y no permitas que se haga cosa alguna contra mi sublime autoridad e imperial voluntad.

(Timbre de la Cancillería Imperial.)

"El 13 Scewal 1314. (17 de Marzo de 1897).

"El Sultán"
ABDUL-HAMMID II".

Todo fué entonces obra de unas cuantas horas: el arzobispo de Montevideo se dirigió, sin sacudirse el polvo del desierto, solemnemente y con brillante acompañamiento, desde Jerusalén al *Hortus Conclusus;* el jeque de Orthas salió a su encuentro con el vecindario, y puso su firma en el acta de la piedra fundamental.

Y el valiente prelado arrojó la piedra angular del Santuario en Tierra Santa; y la bendijo en nombre del Dios Trino y Uno, y de Jesucristo, el Hijo consubstancial del Padre, el Dios de Dios, la Luz de Luz, la obra divina del Espíritu Increado, en María, la Virgen inmaculada de Nazaret. Y en el interior de la piedra, dejó el arzobispo constructor, un conmovedor pergamino que dice así:

PARA PERPETUA MEMORIA

Huerto cerrado y Fuente sellada eres, María. (Antíf. de los cánticos de Salomón.)

"Para mayor gloria de Dios, y en honor de la Santísima Virgen María, de quien es figura este

Paraíso, el día diez y siete de Marzo del año del Señor, mil ochocientos noventa y siete, reinando el Sumo Pontífice León XIII, y bajo el gobierno del Patriarca Jerosolimitano, Monseñor Luis Piavi, quienes han aplaudido y bendecido la erección del Santuario, fué colocada por el Arzobispo de Montevideo, en la República Oriental del Uruguay, Monseñor Mariano Soler, la piedra angular del Monumento que los fieles de las Repúblicas Argentina y Uruguaya, de la América del Sur, dedican a María del Huerto en este lugar, denominado por Salomón en sus cánticos *Hortus Conclusus,* en árabe *Orthas,* a diez kilómetros de la ciudad de Jerusalén, y en las inmediaciones de Belén.

"El templo y el edificio que aquí se construyen, se deben a la generosidad piadosa de argentinos y uruguayos, que erigen este Santuario, así en testimonio de su devoción a la Virgen Santísima del Huerto, como de gratitud por los beneficios recibidos de su santo instituto, y para honor y propiciación de ambas Repúblicas Argentina y Uruguaya, en esta Tierra Santa, cuna de la redención del mundo, y origen de su civilización."

¿Cuál era la actitud de Monseñor Soler en el

momento de sellar la piedra fecunda que plantó, como una semilla, en el Edén de Salomón?

Los que me hayan seguido en estas páginas lo verán frío, impasible, hierático. Su alma está alegre, y llena de luz; pero sus ojos no se encienden en ella: miran el huerto profético, la montaña basáltica, las tristes lejanías de Judea, en que ondulan inmóviles las colinas pedregosas que van a perderse en los azules horizontes del desierto.

Piensa en aquella simiente que ha arrojado en Tierra Santa; la siente germinar; ve levantarse su soñado santuario, sus arcos rebajados, sus portales bizantinos, las banderas azules y blancas que flotarán por vez primera en el aire santo que respiró Cristo, los escudos de dos patrias americanas grabados en las claves graníticas de los arcos.

Es la más hermosa y definitiva consagración de dos naciones hispano-americanas, ante el mundo civilizado por el cristianismo.

Dos piedras de marmól de cuatro metros de longitud irán empotradas en el muro, a ambos lados del gran portal. En una de ellas, se verán grabados, entre laureles, los escudos argentino y uruguayo, y, al pie de éstos, el arzobispo constructor escribió, en español y en francés, esta

inscripción para que la lean los viajeros de todos los tiempos, y sí la leerán:

EN HOMENAJE
Á
JESUCRISTO REDENTOR
EN ESTE CLÁSICO HUERTO CERRADO
SÍMBOLO DE LA VIRGEN MADRE
PREFIGURADA EN EL CANTAR DE LOS CANTARES
LOS CATÓLICOS DE LAS REPÚBLICAS
ARGENTINA
Y
ORIENTAL DEL URUGUAY
HAN ERIGIDO ESTE SANTUARIO
DEDICADO Á NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

Fué esa la primera obra del primer metropolitano del Uruguay.

Inconscientemente se alzó allí su monumento. Ese santuario será el reflejo y el símbolo de piedra de su espíritu marmóreo: la erección del arzobispado de Montevideo, y la del Santuario uruguayo-argentino en Tierra Santa se identifican, como el cuerpo y su sombra, por designio de Dios.

IV

A medida que hemos ido modelando en estas páginas la figura del metropolitano uruguayo, ¿no es verdad que se dijera que hemos ido construyendo un monumento de graníticos sillares?

Este brota naturalmente en Tierra Santa. Después de estudiado el hombre, ya no nos sorprende la obra: tenía que levantarse, y levantarse sola, sin saberse cómo ni cuándo: es una gran voluntad covertida en piedra.

El Uruguay y la República Argentina se darán cuenta de lo que el arzobispo de Montevideo les ha dado, cuando los peregrinos de todo el mundo que van a Tierra Santa cuenten en sus libros a sus hermanos, cómo han visto flotar dos banderas bicolores, casi desconocidas hasta entonces, sobre los Jardines de Salomón; cómo han hallado, en la vertiente de la montaña de Jerusalén, y en medio a la soledad del desierto de Judea, un espléndido santuario de sillería, en las claves de cuyos arcos bizantinos se ven esculpidos dos escudos, y grabados dos nombres que la Europa no comerciante casi no pronunciaba: el Uruguay, la República Argentina; cómo esos dos pueblos hermanos, que se creían primitivos, o simples productores de ganados, ence-

rrados en sus fronteras, han sido los primeros en concebir y realizar uno de esos ideales que caracterizan a los pueblos cuyo espíritu resplandece: la idea desinteresada de dar vida al remoto desierto de Palestina, y voz al Huerto profético de Salomón el rey.

Entonces, cuando los peregrinos hablen, el Uruguay y la República Argentina buscarán a Monseñor Soler, el Constructor de Santuarios.

Pero Monseñor Soler habrá pasado acaso; la gratitud llega generalmente tarde hasta los hombres solitarios; suele alcanzar sólo su sombra, que se agranda cuando ellos mueren, como las sombras de las montañas cuando se pone el sol.

Su nombre no estará en el monumento, pues él lo ha construído sólo para que pronuncie y glorifique el nombre de Jesucristo Redentor, y de su Madre Virgen.

Wren, el arquitecto de la catedral de San Pablo en Londres, no construyó tampoco para su propia gloria la gran basílica de la metrópoli inglesa; pero en el frente interior de ésta, yo he leído escrito sencillamente el nombre de Wren en una piedra, y trazada esta inscripción al pie:

SI MONUMENTUM REQUIRIS CIRCUNSPICE

Si buscas el monumento de este hombre, oh

tú que estás en este templo, si buscas el monumento a su memoria, mira en torno tuyo.

Y se ve el templo, su espléndida bóveda cilíndrica, sus poderosas arcadas, sus solemnes curvaturas, su cúpula, en fin, rival de la de Miguel Angel, apoyada en las enormes plenas cimbras de los cuatro arcos torales.

Quien busque monumento, levante la cabeza y el corazón.

III

NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

I

El metropolitano del Uruguay ha dedicado el santuario que construye en Palestina, a Nuestra Señora del Huerto. Las hermanas de caridad llamadas Hijas de María del Huerto lo habitarán y custodiarán.

Pero esa advocación de la Virgen; esa congregación que invoca especialmente a la Madre de Cristo con el título de *Hortus Conclusus,* repitiendo por el mundo el versículo del *Cantar de los Cantares,* ¿tiene alguna relación con el Huerto Cerrado de Palestina en que se está construyendo el santuario?

Quienquiera haya leído las páginas anteriores, lo ve con evidencia. El cántico de Salomón es el espíritu de aquel huerto profético; la Congregación de Nuestra Señora del Huerto, que repite todos los días el cantar, hace ya largos años, es, sin duda alguna, ese espíritu difundido por el mundo.

Y sin embargo, la misma Congregación no se daba cuenta exacta de esa concidencia de su título y de su cántico diario con el huerto de Palestina, hasta que Monseñor Soler, en un momento de inspiración, lo vió todo, como si tuviese una revelación, y agregó una nueva y memorable cifra a las efemérides de aquel instituto.

Es fuerza que conozcamos a éste.

Las hermanas del Huerto fueron las primeras religiosas sin clausura que conocimos en nuestro país. Ellas, con sus severos hábitos negros y sus tocas blancas que ciñen y redondean las caras, fueron, por mucho tiempo, para nosotros, el tipo de la Hermana de Caridad. Un velo negro ceñido a la frente sobre la toca, deja ver el borde de ésta para formar el blanco marco oval del rostro humilde, y cae en forma triangular sobre la espalda; el viento mueve sus pliegues con gracia; una prolongación redondeada de la misma toca envuelve el pecho y lo viste de blanco; un rosario de gruesas cuentas cuelga de la cintura; un aire peculiar imprime carácter al andar de esas buenas Hermanas del Huerto, y por él se las puede distinguir, como se distinguen las aves de una familia por el vuelo. Son las más antiguas amigas de nuestros dolores: ellas fueron las primeras en recorrer los largos corredores y las dolientes salas blancas de nuestro Hospital

de Caridad; ese olor a ropas constantemente lavadas y a desinfectante, que caracteriza los hospitales, parece compenetrarlas. Sus hábitos negros interrumpían también, de trecho en trecho, las primeras hileras de niñas pensionistas que, vestidas de celeste, y cubiertas las jóvenes cabezas de amplios y desairados sombreros pastoriles, cruzaban de paseo las calles de Montevideo. A las faldas de las hermanas del Huerto se agarraban los más pequeños de los niños huérfanos, que, de la mano y en largas filas, recorrían la ciudad, despertando en las almas buenas la piedad y la ternura.

En todas las iglesias de esa Congregación se venera una imagen de la Virgen, muy conocida del pueblo, encerrada en un marco oval, y rodeada de largos rayos de oro, sobre los cuales dos ángeles alados sostienen una corona imperial. Esa es la *Madonna dell' Orto,* Nuestra Señora del Huerto.

Miremos con interés esa imagen.

La Virgen, sentada, ceñida la cabeza con una toca italiana, y vestida de una veste roja y de un manto azul, sostiene en su brazo izquierdo al Niño, mientras con la mano derecha levanta el brazo extendido de éste. La Madre se inclina hacia el Niño dirigiendo la mirada al pueblo; el Niño sonríe rodeando con el izquierdo brazo

el cuello de su Madre, y, con un expresivo movimiento, extiende el brazo derecho en ademán de bendecir, incitado a ello por la Virgen, también sonriente, que sostiene el pequeño brazo de Jesús.

Una observación medianamente experta reconoce fácilmente en esa pintura, en su color, en su composición llena de ingenuidad decorativa, una de las innumerables creaciones del arte italiano de los siglos XV y XVI, que, reflejando el cielo en la tierra, hizo descender a la tela el mundo de los bienaventurados. Era ese arte el intérprete de la piedad de la Edad Media, iniciada en el puro sentimiento de la naturaleza por el Dante y San Francisco de Asís, en el curso del siglo XIII. El Giotto, el primer pintor de esa época de creaciones superterrestres, precede de cerca al celestial Fra Angélico, cuyas figuras cándidas y entonaciones ingenuas reflejan las transparencias de las almas extáticas en la primera mitad del siglo XV. El genio maravilloso de Leonardo de Vinci preside la eflorescencia sideral de los cielos del arte en los siglos XV y XVI: las escuelas de Florencia, de Siena, de Umbría; el Perugino, el Pinturiccio, Andrea del Sarto, Sebastián del Piombo, el Ticiano, Corregio, y, por fin, sentados en la cumbre, como soberanos ungidos, Miguel Angel y Rafael.

El espíritu cristiano, que había creado en arquitectura el estilo ojival, haciendo brotar en Europa el bosque de catedrales románicas y góticas que levantan al cielo sus ondulantes cresterías de piedra desde el siglo XII, anima el color y la línea de una vida extraordinaria: todas las visiones de la piedad, desde los terrores ascéticos hasta los éxtasis de amor celeste, cobran forma perdurable en el lienzo. Al visitar la Italia, yo he visto con asombro en las iglesias, en los conventos, en las casas particulares, en los humilladeros de las vías públicas, esas infinitas creaciones que, a pesar de su inmovilidad decorativa, que algunos han mirado como pagana, representan sólo la explosión de la fe popular de aquella época.

¡Cuánto se hizo entonces por adivinar y dar forma a la visión de la Virgen Madre! ¡Cuánta creación genial en ese arte italiano tendente a sugerir siquiera la idea de su mirada!

El poeta Lafenestre, hablando de sus sensaciones de joven, recuerda la impresión que dejaron en su espíritu esas imágenes del arte medioeval de Italia; los jirones de mi alma, dice, han quedado entre los labios pálidos de esas vírgenes de larga mirada:

Dans les églises d'Italie

Combien de ses lambeaux épars
Traînen sur les lèvres pâlies
Des madones au long regard!

¡De las vírgenes de larga mirada!

"¡Qué justa y hermosa definición, dice Paul Bourget, de esos ojos que os siguen, en efecto, largamente, en el curso de la vida, desde el fondo de una capilla perdida, y os producen la nostalgia de un corazón como el que los viejos pintores dejan adivinar tras las pupilas de sus vírgenes: de un corazón capaz de todas las purezas y de todas las ternuras, a pesar de todos los infortunios!"

Esa mirada persiste, al través de los siglos, en las madonas italianas. Contra la impresión de Taine, yo la he visto en los cuadros del renacimiento, y aun en los de la decadencia; yo he visto luz y pureza de Fra Angélico en ojos de Rafael.

II

Váyase a una iglesia de las Hermanas del Huerto, y mírese la reproducción de la madona del siglo XVI que ellas veneran, Nuestra Señora del Huerto. ¡Qué larga y protectora es realmente su mirada! ¡Cuánta pureza y cuánta ternura de

virginidad maternal hay en su cara, en su triste sonrisa, en su amable movimiento!

Esa imagen es, sin embargo, la obra mediocre de un autor anónimo, y sólo conserva el carácter de su época. Pero es precisamente esa mediocridad, y aun la ausencia de todo mérito artístico, lo que caracteriza las numerosas imágenes que brillan en el mundo compenetradas de cielo espiritual. Parece que el genio del cristianismo, que ha sido el inspirador de los grandes artistas, no ha querido fundir su luz sobrenatural con la natural de las obras de arte, a fin de preservar a los hombres del sensualismo o la superstición. Las celestiales vírgenes de Murillo; las dulces madonas de Rafael o del Perugino; las visiones adolescentes de Fra Angélico, no han sido nunca vivificadas por el soplo de lo maravilloso. En cambio, el leño groseramente esculpido a veces por una mano desconocida; la tela tímidamente manchada por una paleta anónima, las vírgenes del Pilar, de Montserrat, de Veruela, de Guadalupe, de Luján, del Huerto, viven la vida misteriosa de lo sobrenatural, y guardan la encantadora tradición de la piedad creadora. Es que el arte no es ni puede ser objeto de nuestro culto, por más que lo sea de nuestra admiración, y acaso porque es causa de nuestro deleite sensitivo. El paganismo griego

no fué otra cosa que el culto del arte: la forma perfecta era un dios. El cristianismo nació en Palestina.

La imagen de Nuestra Señora del Huerto fué pintada, hace ahora precisamente cuatro siglos, en 1500, en un muro de la pequeña ciudad de Chiavari, que he visto, al salir de Génova, en mi último viaje a Italia, recostada en un contrafuerte del Apenino, y envuelta en el aliento azul de una pensativa tarde de verano.

Comenzaba el siglo XVI.

Era la época de la prepotencia en Italia de los señores feudales fortificados en sus guaridas; la de las luchas feroces entre bandos, y partidos, y familias rivales, con sus violencias, sus corrupciones y sus estragos, tales cual los presenta el poeta inglés en su transparente drama de amor. La invasión extranjera, interviniendo con sus hordas en las rencillas interiores, las enconaba para mejor explotarlas, y la Italia era un campo de desolación; aquella madre Italia medioeval que, a pesar de todo, irradiaba por el mundo la civilización, como si la luz de su corazón brotara con la sangre de sus heridas.

Una peste desconocida, la terrible que describe Manzoni en las páginas vivas de *I Promessi Sposi,* derramaba venenos misteriosos en los ai-

res diáfanos, en los aires del cielo italiano, hecho sólo, al parecer, para recibir aliento de flores. El lazareto, el carro de los muertos, las ciudades desiertas, el egoísmo del pavor en fuga, la linterna llevada por el franciscano que recorre la calle llena de sombras en busca de abandonados dolores ya sin voz... tomad todo eso, y lo que eso sugiere, para esbozar el cuadro de la Italia en agonía al comienzo del siglo XVI.

Chiavari, la pequeña ciudad del Apenino, entra de lleno en ese cuadro: la muerte soplaba a lo largo de sus calles estrechas como un huracán.

Una buena mujer, llamada Turchina, logró salvar del flagelo; y, en acción de gracias a Dios, hizo pintar en el muro de un Huerto que comunicaba con el camino público, una imagen de la Virgen, la imagen que hoy, cuatro siglos después, se venera en el mundo entero, y que mañana, por inspiración del primer arzobispo de Montevideo, escuchará, en el Huerto Cerrado de Palestina, la estrofa del cantar de los cantares.

La historia de esa pintura, llena de carácter, es un poema en que un Homero cristiano complementaría al Dante, para encarnar la Edad Media, la más poética de las edades: es la revelación del cielo a los sencillos, comenzada por

los mensajeros alados en la madrugada de Belén.

La peste del año 1500 reaparece en el aire en 1528, y comienza a desolar, con redoblada energía, la Italia. Un grito y un escalofrío de consternación corren, de Norte a Sur, por la península. El pueblo de Chiavari se agrupa suplicante en torno de la Virgen pintada en la pared del Huerto; las iglesias no pueden contener a las muchedumbres, y los altares para celebrar los divinos misterios, se erigen al aire libre. A los pies de la Virgen del Huerto se halla el más concurrido; los campos que rodean aquel altar se llenan de desgraciados que ruegan, que esperan, que pasan allí las largas noches de pavor, a la indecisa luz de las estrellas impasibles.

Cesa, por fin, el flagelo; corren los años; el huerto es cerrado por un muro de piedra. En el interior han sido sepultadas las víctimas de la peste, y sobre las tumbas crece la maleza, hija del abandono, la más triste de las soledades, porque no es soledad virgen.

La imagen queda allí olvidada y menospreciada durante un largo siglo, después del cual reaparece, y se enciende de nuevo en las visiones del pueblo, para no apagarse jamás.

Una piadosa hija de Chiavari, Jerónima Tu-

rria, estando en cama en 1609, ve flotar ante sus ojos una forma de mujer con su niño en brazos; la forma toma color y consistencia: es una mujer sobrenatural que la mira con ojos de larga mirada. Sus ropas son rojas y azules; una toca blanca rodea su cabeza; el niño extiende el brazo derecho y sonríe... No hay duda: es la virgen pintada en el muro del huerto abandonado, y que Jerónima ha visto muchas veces al ir a la ciudad desde los alrededores en que habita; se ha arrodillado ante ella; le ha rogado con humildad. Es la buena virgen que reclama contra el olvido secular.

Va Jerónima al huerto; ruega allí a la Señora de su visión, y obtiene la curación instantánea de un hijo que se halla gravemente enfermo en Roma, y que cura en el mismo momento en que su madre reza por él ante la imagen olvidada.

Un año después, en 1610, Sebastián Descalzo, joven vendedor ambulante, anda en sus quehaceres, y pasa a lo largo de la tapia del huerto; del interior de éste ve surgir una figura esplendorosa que se eleva en el aire. El mozo, aterrorizado, echa a correr como perseguido por el deslumbrante fantasma; pero a cierta distancia se detiene, vuelve sobre sus pasos, y, defendiendo

con la mano sus ojos del resplandor, agazapado, sobrecogido, pero curioso, observa de nuevo el fenómeno: una señora con un niño en brazos, circundada de luz, flota en el aire, sube y baja, se detiene ante la imagen pintada en el muro interior. El joven trepa sigiloso por la tapia: se descuelga a lo interior del huerto: allí está la Señora, la ve claramente; está suspendida en el aire a poca distancia del suelo; dos luces brillan a su lado; un perfume de unas flores aéreas desconocidas anda por el viento. El mozo reconoce, por fin, a la Señora, como los discípulos de Emaús al Maestro resucitado; oh, la reconoce bien.

Cae entonces de rodillas, y piensa en pedirle algo, pues la ocasión es propicia.

¿Qué pedirá a la Virgen aquel hombre sencillo?

Le pide que lo ayude en sus negocios aquel día; que lo ayude a vender la mercancía que trae de Génova, pues lo necesita mucho para sustentar su pobre familia, que sólo vive de su trabajo.

Ese pedido es la suprema verdad. La poesía profana tiene de esas ingenuidades en Homero.

¿Era el mozo de Chiavari un alucinado?

¡Qué fecundas son entonces las alucinaciones de la fe sencilla que llenan los siglos!

Aquélla era una aparición; la aparición que, interpretada en magnífica estatua, será la titular del santuario uruguayo-argentino en los jardines de Salomón.

La multitud, prestando fe a la inocente relación de Sebastián Descalzo, acude al huerto, reza, canta, cree; las muchedumbres se suceden; el perfume del huerto se difunde en las almas; van a él, en largas caravanas, los pueblos de la Liguria, de la Toscana, de la Lombardía; hasta diez mil personas pasan las noches en la llanura que circunda el huerto misterioso. Y los hechos maravillosos se repiten; se levanta en el Huerto una pequeña capilla; después, en 1633, un gran santuario greco-romano, al que es trasladada la imagen pintada en el viejo muro, la cual, con su larga mirada sonriente, recibe a sus pies a los pequeños y a los grandes, a los soberanos, a los pontífices.

La visión de la pobre mujer y del sencillo buhonero de Chiavari, la pintura mural del huerto, coronada por orden del Pontífice en 1769, se venera hoy, desde hace cuatro siglos, en el mundo entero, bajo el título de Nuestra Señora del Huerto.

III

Un siervo de Dios, Antonio María Gianelli,

Cura Párroco de San Juan Bautista de Chiavari, y más tarde obispo de Bobio, concibe la idea de fundar, en 1829, una Congregación de Hermanas de Caridad. La funda; la coloca bajo la advocación de su patrona la Virgen tradicional de Chiavari, de la Madona del Huerto, y da a sus hijas, como santo y seña de su banda de caridad, el verso alado del Cantar de Salomón: *Hortus Conclusus, oh Maria, Hortus Conclusus, fons signatus; emisiones tuœ paradisus.*

Eres Huerto Cerrado, oh María, Huerto Cerrado, fuente sellada; tus perfumes, alientos son del Paraíso.

La banda angélica alza un día su vuelo desde las costas de Génova. Como hilera de aves migratorias, con sus sayales uniformes negros y blancos, con sus caras recortadas por la blanca toca, con sus velos triangulares sobre las espaldas, y repitiendo de tiempo en tiempo el unísono cantar, cruzan el océano, y se posan, por fin, en el seno del dolor americano: el hospital de Montevideo las ve entrar humildes por sus puertas en Septiembre de 1856. Fueron las bienvenidas, y son y serán las predilectas.

Más de cincuenta casas de esa congregación se han establecido desde entonces en las dos repúblicas hermanas del Río de la Plata: hospitales, manicomios, asilos de la vejez o de la in-

fancia, colegios de niñas, cunas de recién nacidos abandonados.

Son nuestras hermanas, nuestras buenas hermanas; el dolor las aclama, y el dolor es la verdad de la vida.

El primer arzobispo de Montevideo concibe y realiza la idea de construir un santuario en el *Huerto Cerrado* de Palestina. Una congregación religiosa debe custodiarlo y acoger en él a los peregrinos; debe también alabar allí perpetuamente a la Madre Virgen con el canto profético de Salomón.

¿Cuál ha de ser esa Congregación, si no es la que nació con ese canto como nacen los pájaros con el suyo no aprendido? ¿Y cuál, si no es la que primero vivió la vida del Río de la Plata al vivir en sus amarguras?

"¡Designios de la Providencia! dice el arzobispo constructor, al resolverse a entregar el Santuario. Hasta ahora, al través de los siglos, sólo una institución religiosa se ha consagrado a María con el título de María del Huerto."

"Allí, pues, en el huerto de los cantares, resonará en su honor, y pronunciado por sus hijas, el eco eterno de las alabanzas de Salomón".

Huerto Cerrado eres, oh María, huerto cerrado, fuente sellada; y tus perfumes, alientos son del Paraíso.

Dos prólogos

SOBRE RENOVACIONES

(*Prólogo confidencial para la Antología Poética de la Academia de Literatura de Santa Fé*).

I

De mil amores acepto la invitación de mis compañeros de academia (que yo lo soy de la literaria de Santa Fé) para que salgamos juntos a dar una vuelta por las avenidas de estas páginas. Me ofrecen la primera página, y no dejo de encontrarlo puesto en razón, por que soy el más viejo de la casa. Cuidado que no quiero decir con esto, que lo sea en absoluto; me confieso tal, sólo en relación con los actuales miembros de aquella academia, cuyas son las producciones que constituyen esta promisora antología.

"Antología", según su sentido etimológico, quiere decir, como todos sabemos, selección de flores; y, si bien eso de "flores" no es ya de buen gusto para muchos, por lo muy repetido,

lo emplearemos aquí, aunque sea por última vez, porque nos ofrece un si es no es de novedad. Yo he sentido, efectivamente, caer estos versos de su rama sobre mi cabeza, y despertar en ella recuerdos llenos de sol y de naranjos en flor. Esta colección de poesías de los jóvenes que, en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fé, han restaurado la antigua Academia de Literatura, es el segundo volumen de la publicada hace ya tiempo, (treinta o treinta y cinco años, me parece) y en la que yo figuro con mis primeras rimas, muy inferiores, por cierto, a las composiciones que aquí se leen. Después de eso, he hecho yo otros versos, más o menos afortunados, y otras prosas. Y, como otras prosas y otros versos han de hacer, andando que anden los años, estos jóvenes académicos en cuya amable compañía me encuentro ahora, nada tan oportuno como decirles lo que por mi ha pasado, para tema ameno de conversación, y porque ellos entrevean el propio porvenir.

Más originales de lo que pudiera creerse son las poesías de este libro, a despecho y pesar de la influencia de los modelos; el latir de nuevos corazones, y hasta el balbucir de nuevas formas, anima estas páginas, que uno lee con el interés que nos inspiran las cosas que se ven venir de

lejos, detallándose poco a poco: barcos de velas de púrpura, y remos movidos al son de flautas, bandas de pájaros marinos, coros de hombres o de mujeres desconocidos que se acercan cantando. Estos jóvenes poetas parecen adelantar hacia nosotros de lo porvenir diciendo sus estrofas, y, en sentido inverso, vienen a mi memoria, desde lo pasado, los cantos de mis compañeros que, hace muchos años, en esa misma Academia de Santa Fe, afinaban conmigo la palabra, divino instrumento de la música interior, al mismo diapasón a que se ajusta el amable coro que sale cantando de estas páginas.

Por lo que de nosotros ha sido, pues, en la vida, quisiera yo ver lo que será de estos mis actuales compañeros, mirándoles los ojos y auscultándoles el corazón en sus versos; saber cuáles de ellos persistirán en el culto de la Belleza, y serán los amados de la divina Harmonía.

Pues bien: aquellos lo serán más probablemente que más conserven en el oído, al través de los años fugaces, la vibración del diapasón que rige estos acordes; los que guarden la ingenua frescura de las inspiraciones que en este libro han recibido sus primeras formas rítmicas, y, al través de los cambios de accidentes, mejor cus-

todien las substancias musicales que aquí vibran; aquellos que sean, en una palabra, una fé, una virtud, un carácter, un hombre libre. Que, o mucho me equivoco, o es eso lo que se echa de menos en muchas de las obras de arte en nuestro tiempo: caracteres, altos y fuertes ideales, substancia noble en que imprimir los accidentes harmoniosos.

II

Estamos en época de rebeldías contra los consagrados cánones artísticos y literarios, y estos jóvenes académicos no podrán menos de hallarse con ellas en el camino. No seré yo, por cierto, quien les aconseje, como suprema virtud, ni siquiera como virtud, la devoción a las formas; creo, por el contrario, que atar verdades vivas y amables a palabras muertas o antipáticas, es hacer cargar a aquellas con un peso, no sólo inútil, pero perjudicial. Es preciso ampliar los horizontes, renovar el mundo imaginativo y su expresión estética, dar la mayor penetración posible en las otras almas humanas a la más íntima vibración de la nuestra. Esa tendencia se advierte en muchas de las composiciones que aquí se leen; no cabe en mi propósito el hacer de ellas una crí-

tica detallada; pero puedo afirmar con alegría que hay aquí producciones literarias que pueden reclamar honroso puesto y perdurable al lado de las consagradas de la literatura americana, y que, más que ensayos académicos, son ya vibraciones inmanentes de espíritus emancipados de extrañas influencias, con todo el sello inconfundible de la inspiración personal sincera. Es, pues, el caso de que felicite muy cordialmente a estos mis valientes compañeros, y los incite a arrebatar nuevos secretos a la palabra, maravilloso instrumento de nuestra música interior.

Pero cuidado no nos acontezca lo que a esos frutos que, crecidos fuera de su clima nativo, desarrollan su magnífica corteza, y, hermosísimos de cáscara, son fofos y hasta malsanos; no sea que la rebelión contra los accidentes nos haga rebeldes contra las substancias eternamente amables y harmoniosas, y hasta lleguemos a creer que aquéllos, los accidentes, con sólo renovarse, pueden ser un progreso y dar la vida a una belleza consistente.

Amiel, meláncolico ginebrino de alma germánica o germanizada, llena de melodiosos tormentos y enferma de la voluntad, nos dice en su *Dia-*

rio Intimo: "Mientras uno se renueva está vivo. En este arte fueron maestros Goethe, Schelermacher y Humboldt. Para continuar viviendo, es preciso rejuvenecerse incesantemente a la manera platónica. El alma debe crearse sin descanso, probarse en todos sus modos, resonar en todas sus fibras, suscitarse a sí misma nuevos intereses".

Es ese mismo anhelo de "vida nueva" el que, condensado en la fórmula "Reformarse es vivir" sirve de tema a *Motivos de Proteo,* libro, lleno de galanuras de mi amigo José Enrique Rodó, en que se procura satisfacer esa obsesión, que tiene también mucho de inquietud angustiosa, algo así como una disnea moral, producida por la falta de aire respirable. Esas preciosas páginas tienen algo de inhalaciones de oxígeno, o mucho me equivoco.

¿Por dicha ese anhelo de renovaciones es morboso en sí mismo?

No diré yo tanto, ni mucho menos; pero, en éste como en todos los casos, uno se convence de que muy pocas verdades nuevas nos son reveladas después de las evangélicas que respiramos; o no son nuevas, o no son verdades. Mucho antes que los maestros modernos, que aparecen como portadores de descubrimientos morales, an-

tes que Humboldt y que Goethe, había dicho Pablo de Tarso, el colosal apóstol de las gentes, la palabra de insuperable profundidad y belleza, que satisface aquel anhelo de renovaciones del alma humana. "El hombre exterior se destruye, dijo el vidente apóstol; el hombre interior se renueva".

Con sólo penetrar en ese concepto, inmóvil como un lago de montaña, nos acercamos a la fuente de toda vida moral progresiva, que procede de las altas cumbres invioladas. Vivir, según eso, es reformarse, efectivamente; pero reformarse no es otra cosa que destruirse el hombre exterior, para alimentar al interior, que permanece, que persiste renovado. El mismo San Pablo nos ha hablado del "hombre viejo", es decir, del hombre de carne, en contraposición del hombre de espíritu. Renovarse es, pues, vivir, si se quiere; pero vivir no es tanto renovarse cuanto *permanecer al través de todas las renovaciones*, sin excluir la total del hombre viejo, que se llama Muerte. Surgir de la muerte es la sola renovación gloriosa, aun en el tiempo; hallar eso que *persiste* es dar con el secreto de la belleza en todos los tiempos.

Comparemos, pues, la frase evangélica con todas las que, a título de novedad, andan triun-

fantes por el mundo corriente, y nos daremos cuenta de lo insuperable de la expresión del apóstol.

III

Es en el sentido de ésta en el que dije yo al principio, entre bromas y veras, que no aceptaba el título de más viejo en absoluto, al escribir en este libro la primera página.

Para apreciar quién es más viejo, hay dos puntos de relación: el de partida y el de llegada. ¿Es más viejo el niño que va a morir, o el adulto que va a vivir aún largo tiempo sobre la tierra?

Aquel que camina hacia un ideal fijo de luz, es tanto más joven, cuanto más se acerca a él, alejándose del punto obscuro de partida. Los verdaderos poetas, como los ángeles, adelantan siempre en juventud, de modo que los más antiguos suelen ser los más jóvenes. Y nada digamos de los santos, los solos héroes de belleza plena. Santa Teresa de Jesús es una niña de sesenta años cuando escribe sus *Moradas*, con los ojos llenos de candores, y las palabras llenas de perfectos desaliños balbucientes. San Luis Gonzaga es un anciano recién nacido, con

sus manos de lirio, y sus miradas de arcángel desterrado del astro nativo. Son las figuras homéricas de la *Iliada* cristiana, todo vida, todo resplandor de estrella.

Para saber, pues, a ciencia cierta, si nos renovamos efectivamente o nó, si progresamos o perdemos camino, menester es fijar, ante todo, el punto de llegada, el ideal que debe alcanzarse, la substancia vibrante, en una palabra, en contraposición a la forma, que debe renovarse en nosotros, crearse sin descanso persistiendo, resonar en todas sus fibras, como dice Amiel, vibrar lo más afinada posible con la harmonía de las esferas.

Y es eso lo que constituye el interés y la belleza de este libro de juventud y esperanzas: la vibración de una estrella, más o menos remota pero muy fija, que ilumina sus páginas; la fe en Dios, el amor a la Patria, el culto de sus héroes, la pureza de pensamiento, la limpieza de fantasía, que, no sin mucha causa, ha sido llamada "el clima del espíritu", porque es donde tienen sus raíces las flores del corazón y también sus enfermedades; donde nacen y se desarrollan las imágenes; donde se esconden las larvas, o, aun en pleno invierno, viven y hasta cantan las últimas alondras.

Las formas cambian, como hemos dicho; lo mismo que los hombres, las palabras se envejecen, se van apagando, como una brasa, en sus propias cenizas, pierden el habla, se les escapa el alma. Que bien sabemos que las palabras que en nuestra voz se forman tienen un alma, además de un sentido. Es, pues, preciso renovar los ritmos; pero sólo para hacer más clara la juventud de las palabras inmutables. Las renovaciones, lejos de destruir al hombre interior, en tanto serán más nuevas y más bellas, en cuanto nos revelen la permanencia del "hombre nuevo", su perpetua adolescencia, la reaparición constante del niño en el varón de barba blanca. No otra cosa es la forma homérica en su misteriosa vitalidad. El hombre, pues, será tanto más *persona,* cuanto menos se adviertan en él las soluciones de continuidad producidas por la duda, la falta de carácter, la absorción del "yo" por el "no yo", que suele llamarse respeto humano, y que debe llamarse esclavitud, o reinado de nuestros tiranos interiores, los solos tiranos verdaderos.

Yo digo a mis compañeros de academia, seguro de decirles la verdad, que dentro de la luz que se difunde en estos sus primeros versos está toda la luz indivisible de que lo luminoso

procede, toda la gama de notas y colores de que se forma la belleza, toda la materia de que han de surgir las libres formas amadas de los dioses, y que tienen un objeto muy superior, y mucho más noble y complejo, que el de satisfacer los solos sentidos corporales. La belleza en las cosas creadas es el esplendor en ellas de algo que les es superior; es la revelación del espíritu en la carne. "La devoción a la materia o vida de los sentidos, es una enfermedad, dice Emerson, como la de ir engordando la piel hasta destruir los órganos vitales."

IV

En los momentos en que esto escribo, estoy oyendo el coro de alabanzas que se ha levantado, de todo el mundo de lengua castellana, a la noticia de la muerte de un noble poeta: Rubén Darío. Fué éste, efectivamente, un primoroso cincelador o laminador de la palabra española rejuvenecida; honra ha sido de nuestro verbo americano en la familia hispánica. Yo puedo hablar de él a mis compañeros de academia, porque fuí su amigo, y conviene que de él les hable, puesto que no sin alguna causa su amable recuerdo ha despertado en mi memoria al repetir la frase de Emerson.

PROLOGO

Rubén Darío nos ha dejado piezas de orfebrería literaria que bien pueden calificarse de preciosas joyas. Se buscará, sin embargo, *su obra,* y acaso no se la encuentre de bastante solidez. La falta de *materia espiritual,* si se me permite la paradoja, suficientemente noble para recibir y perpetuar la forma, puede hacer peligrar la de este gran poeta, me parece.

Aquella materia estaba, sin embargo, en el alma de Rubén Darío. Lo conocí en Madrid; fuimos amigos allá por los años del centenario del descubrimiento de América; le miré mucho los ojos transparentes. El apareció entonces en España con su andar noctámbulo, callado, casi desorientado al parecer, en busca de esa cosa que llaman "gloria", y que él creía deber encontrar vestida de suntuoso tul. En mi casa leyó, bien lo recuerdo, el esbelto *Pórtico* griego que puso a las poesías de Salvador Rueda que fué quien me lo presentó; en la tertulia literaria de don Juan Valera, a que solíamos ir juntos, nos hizo oír, sentado en un rincón, algo de sus nuevos versos, que parecían salir de su cabeza como de un sitio remoto; su voz sonaba compasada y lenta como gotas que cayesen isócronas en una plancha sonora. En casa de Valera lo escuchaban, entre otros, Menéndez y Pelayo, Nú-

ñez de Arce, Campoamor, y sobre todo Miguel de los Santos Alvarez, a quien yo miraba como un aparecido, pues lo creía muerto hacía muchos años. Era ese Alvarez, amable persona, aquel viejo amigo de Espronceda que se hizo célebre por un solo verso: "Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno," que Espronceda citó en su canto a Teresa. Nada más interesante, por cierto, que ver juntos a Rubén Darío y a Miguel de los Santos Alvarez; me parecían dos niños con cincuenta años de diferencia. Hoy, muertos los dos, son dos hombres de la misma edad...sin edad, mejor dicho; los muertos no tienen edad.

Era así, pues, exteriormente, Darío: excéntrico, complejo. Y, sin embargo, nada más simple que aquella alma buena, que quiso pasar por mala algunas veces, para renovarse. Era una lira de una sola cuerda, monocorde, como él diría en su insaciable anhelo de sonoridades. Un solo sentido, el del oído, el más espiritual de los sentidos, formaba aquel amable instrumento anímico. No era, pues, ni podía ser un poeta sensual. Que ninguna de las artes como la música puede decir, con el Divino Maestro: "Mi reino no es de este mundo".

Pero estamos ante un caso de esa enfermedad de que nos habla Emerson. Darío quería renovarse, *ser raro* ante todo; y las renovaciones deter-

minaron en él un desarrollo magnífico de la piel, magnífico, no hay duda, pero que destruyó lo mejor de los órganos vitales. Lo que en él había, efectivamente, de más vivo substancialmente; lo que, a haber cobrado la forma primorosa de que él era dueño, lo hubiera hecho el gran poeta contemporáneo, la fe, la esperanza. la caridad, eso quedó sin nacer. Darío no tuvo bastante fe en su propia fe, porque no la halló bastante *nueva* para darle sonoridad.

Lo hemos visto, efectivamente, dar el tesoro casi entero de sus ritmos polícromos a las divinidades atenienses, y a los príncipes galantes, y a las marquesitas azules o a los cisnes de Versalles "blancos, blancos, blancos, de eucarísticas blancuras"; pero cuando lo vemos, al final de la jornada, acudir, como al solo refugio de su corazón cansado, a las viejas casi olvidadas fórmulas de sus primeras oraciones; cuando lo vemos buscar en su bolsillo, para decirle estrofas suplicantes, las más bellas de su lira, el pequeño paciente crucifijo que llevaba oculto por demasiado viejo, uno se convence de que aquella alma andaba desorbitada, y, sobre todo, de que la obra de aquel poeta hubiera sido más grande y perdurable, homérica quizá, a haberse operado en ella el fenómeno verdadero de toda crea-

ción de un nuevo ser vivo: la unión substancial del alma con el cuerpo, la de las nuevas harmonías que allí sonaban con las eternas ideas y substanciales sentimientos que allí permanecían, aunque acobardados: la sola renovación.

En la obra de Rubén Darío han quedado triunfantes las formas, los ritmos suntuosos, las polifonías orquestrales; pero la falta de substancia bastante para contener aquellas formas, o de substancia vibrante para prolongar los sonidos, no puede menos de hacernos temer por la estabilidad de la estatua de bronce que se proyecta.

Y nada digamos, por supuesto, de la labor de sus imitadores, que son legión. La grande influencia de Darío sobre sus contemporáneos, en América y en España, más que benéfica puede ser perniciosa. Para seguirlo, en sus *renovaciones,* se construyen ritmos ante todo, antes de pensar. El pensamiento entonces no es el arquitecto de su propio palacio; vive en casa ajena, en casa de alquiler. La forma rítmica, que debiera ser como la piel del animal, formada de su propia substancia, y palpitante de su corazón, es una piel elegida en casa del peletero, o curtidor, y que pretende vivir imitando los movimientos del animal.

V

Así se desfiguran, desvanecen, aniquilan los ideales. Y perdido de vista el punto de llegada, que hemos establecido como el verdadero de relación para apreciar la juventud permanente, todo está perdido. No hay un poeta allí donde no hay un hombre, o donde lo hay a medias.

Los que hemos sido formados en las sanas academias que, como la Literaria de Santa Fe, nos dan la nota justa, definitiva, de Verdad y de Belleza, para nuestros primeros ensayos de harmoniosa forma, recibimos un tesoro que sólo apreciamos después de gozarlo. No gastamos la vida, como tan a menudo sucede, preparándonos a vivir; vivimos desde el principio.

Yo, que busco entre mis actuales compañeros al hombre futuro, y que creo reconocerlo en todos y cada uno de los que, en este libro, cantan sus cantos de juventud, insisto en decirles que, en las inspiraciones nobles, altas, que en estas páginas han cobrado forma rítmica, está el germen orgánico de todo cuanto de bello podemos realizar en la vida. Y puesto que les he prometido hablarles de mí mismo, yo de mí sé decirles que mi vida no ha sido otra cosa que eso: el desarrollo, más o menos feliz, del académico del colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe.

Si mi obra, acaso de yo tenerla, llegara a merecer la atención de la crítica, ésta no podrá menos de advertir en ella, como verdadero rasgo distintivo, que acaso pueda suplir la falta de otros méritos, la continuación no interrumpida de la persona que, hace cuarenta años o más, balbucía sus primeros versos en el primer tomo de esta antología; la persistencia luminosa de un ideal de belleza y de verdad, de una fe, de un amor, de una esperanza, al través de todas las renovaciones externas del hombre viejo; la marcha no perturbada hacia esa juventud de que hemos hablado: la que camina en orden inverso de la vida, y culmina en la amiga muerte.

Mi gloria, al acercarme al fin, próximo o remoto, de la jornada, es una ante todo: la de no haber escrito una página que no pueda ser incorporada a esta antología de mis jóvenes colegas; la de no hallar una sola entre mis producciones que no pueda dar a leer a mis hijos, y a los hijos de mis hijos que ya han nacido; la de no encontrarme, sobre todo, con ninguna que no pueda ser leída en voz alta en el más silente y severo de los claustros: el de mi propia conciencia, en que el Supremo Crítico, el solo digno de atención, juzga sobre lo que es realmente progresivo y bello.

Es que yo aprendí a mandar, obedeciendo; a anhelar las formas nuevas, estudiando con respeto *las grandes palabras viejas,* que no mueren con las bocas que las pronunciaron: a dar con la belleza de las criaturas, buscando el reflejo en ellas de lo que les es superior. Y no otra cosa es el arte.

Nada de eso ha obstado, sin embargo, a mis renovaciones estéticas; nada ha coartado mi libertad, ni retenido mis más audaces rebeldías contra toda forma que he creído inexpresiva por lo cansada, ni mi anhelo de sinceridades homéricas para mis amores y mis pasiones nobles. Si no he realizado obra perdurable, no ha sido ciertamente porque no haya recibido en esa mi Academia de Santa Fe los alientos germinales. Si mi alma no ha resonado en todas sus fibras, como dice Amiel, es porque en ella no existían las fibras resonantes, y, en ese caso, vano es el esfuerzo por buscar sonoridades, que serán siempre afónicas.

¡Las grandes palabras viejas! ¿Quién ha podido, ya no superar, pero alcanzar, al través de los tiempos, la juventud de las dichas por bocas purificadas por el carbón incandescente que tocó la del profeta?

Isaías cantó como nadie ha cantado en huma-

na lengua. Y para terminar esta nuestra amable conversación; para dejar en mis compañeros una resonancia perdurable, nada como recordarles el diapasón en que entonaba salmos el rey que fué pastor. Él, como el apóstol, predicó también renovaciones y eternas juventudes; las cantó como hoy no sabe cantarse.

Y dijo el arpa estas palabras viejas:

"Bendice, oh alma mía, al Señor
"Y todas mis entrañas bendigan su nombre santo",
"Él redime y libra tu alma de la muerte, y la cerca
de misericordia y de misericordias".
"Él cumple, en todos los bienes, tus deseos".
"Y por Él será renovada tu alma, como la juventud del águila".

Montevideo, 1916.

PIEDRAS VIVAS

Non omnis moriar.

Prólogo del libro "Colegio del Salvador, desde su fundación, el 1.º de Mayo de 1868, hasta Mayo de 1918.—Buenos Aires.

I

Caravana de nombres que, durante cincuenta años, han pasado bajo los techos del Colegio del Salvador de Buenos Aires... Y siguen pasando...

He ahí un interesante problema. ¿Hacia dónde han ido y van?

El pasado es un presente que está en segundo término; no nos sigue; nos precede.

Un Catálogo de nombres como éste es un conjunto de cosas espirituales, de naturaleza especial, ante las cuales "se medita en el corazón," como dice Homero.

PROLOGO

"Existe el nombre y la cosa, dice Montaigne en sus "Ensayos"; el nombre es una voz que recuerda y significa la cosa; no es una parte de ella ni de la substancia; es una pieza unida a la cosa, y fuera de ella al mismo tiempo."

"Dios, que es en sí toda plenitud y el colmo de toda perfección, no puede aumentarse o decrecer hacia dentro, agrega el ensayista francés en su original estilo; pero "su Nombre" puede, sí, aumentarse y acrecer, por la bendición y la alabanza que nosotros damos a sus obras exteriores. Y, puesto que no podemos incorporar a El nuestra alabanza, la atribuímos a su Nombre, como lo más vecino a El fuera de El mismo..."

Algo extravagante y todo, no está eso muy distante de la verdad; la sugiere, cuando menos, o nos hace buscar verdades remotas. El Maestro, el sólo Maestro, cuando nos enseñó la forma en que debíamos orar, nos hizo decir: ¡Oh, Padre, Santificado sea "tu nombre!" Y así ora, efectivamente, el pueblo de Cristo ante sus altares. "Reciba el Señor el sacrificio de tus manos en honra y gloria de su Nombre," dice al sacerdote, cuando éste lo llama a orar, en el momento en que prepara el holocausto eterno.

Un conjunto de nombres es, no cabe duda, lo más vecino, lo más unido, según Montaigne,

a una congregación invisible de personas. Y es este "Catálogo," por consiguiente, este "Catálogo de Exalumnos del Salvador," pese a la modestia de su título, lo que más se aproxima a lo que podríamos llamar la conciencia de esta noble persona colectiva, del Colegio del Salvador; es lo que permanece a través de las variaciones.

Tenemos, pues, en estas páginas, al Colegio que debemos glorificar, y no sin causa, en la conmemoración semi-centenaria de su fundación; en él y por él, tributaremos nuestro homenaje a la sociedad de Buenos Aires, que hoy se regocija de su obra.

II

Fué la sociedad de Buenos Aires, efectivamente, quien, como una extensión o prolongación de lo más íntimo de sí misma, de las propias casas paternas, construyó esta gran casa que, el 1.º de Mayo de 1868, hace ahora cincuenta años, abrigó los primeros cincuenta niños que durmieron bajo su techo.

Los padres de familia de la capital argentina realizaron entonces una antigua aspiración, siempre contrariada por recónditas y misteriosas fuerzas: la de verse substituídos, para guardar las noches y los días de sus hijos, por los que

también se llaman padres, por los de la Compañía de Jesús.

Vieja era esa aspiración de la ciudad predestinada a grandes obras; pero una potencia enemiga parecía oponerse a ella, según decimos, con rara tenacidad: se hubiera dicho que Buenos Aires no tenía aire respirable para la nueva gran familia.

Las vicisitudes porque pasó entre nosotros, en todo el Río de la Plata, esa Compañía de Jesús, son algo como el "substractum" de su historia en el mundo, desde el momento en que el insigne español de Loyola, el héroe, el santo progenitor, comenzó su jornada al través del tiempo y del espacio. Los reyes de España, en defensa de la monarquía, y los semi-reyes de la América independiente, en defensa de la república o federación, o como quiera llamársele, coinciden, en ciertos momentos, en ver un enemigo en esa rara entidad de la Compañía de Jesús, que parece, no hay duda, la piedra de toque para juzgar dónde están, y dónde nó, los grandes enemigos y los amigos fieles de la Iglesia Católica o del nombre cristiano.

Con la libertad y las instituciones y el orden, vemos pasar a la Compañía de Jesús de la una a la otra margen del Plata, según las fluctuacio-

nes de sus políticas y de sus hombres predominantes. Es arrojada de la una orilla para caer en la otra, y volver de nuevo al punto de partida, llamada a voces por los hombres libres.

Después de la expulsión de Carlos III, a fines del siglo XVIII, es llamada y aparece en Buenos Aires en el siglo XIX, en 1836; expulsada de aquí, salta a Montevideo, en 1843; pero ha de salir de Montevideo también muy pronto violentamente. En 1857 abandona la ribera oriental y vuelve a la occidental del Plata; Buenos Aires la acoge entonces, por fin, y le ofrece su hospitalidad perpetua.

Es el ilustre Monseñor Mariano José Escalada, el arzobispo de gloriosa memoria, quien la recibe jubiloso, y, en Marzo de ese 1857, inaugura la casa germinal: el Seminario de "Salinas." Fué colocada esa fecunda semilla bajo la advocación de la Reina de los Mártires: "*Regina Martyrum*" se llamó y se llama aún. Brotará de ella el Colegio del Salvador.

Fué profética esa fuerte advocación: prenuncio de victoria. Que quien vence con morir es invencible.

III

No es, sin embargo, la opulenta ciudad de

Buenos Aires, ni su próspera hermana la de Montevideo, quien ha de ser la primera sede firme de un gran colegio de jesuítas en el Plata: ese honor ha de caber en suerte a Santa Fé. Era bien pobre entonces la vieja ciudad de la "Vera Cruz"; pero era patricia como la que más; ninguna más genuínamente argentina, más platense, más nuestra... Jamás dejaré yo de decir "nuestra" al hablar de la vieja ciudad que fué asilo de mi niñez.

¡Mi buen Colegio de Santa Fé!... Era un antiguo convento de padres mercedarios, lleno de color y de carácter; había sido testigo del nacer de nuestra civilización; tenía techumbres de troncos de palmeras, muros de tierra cruda, y una vetusta torre almenada que era todo un símbolo...

Y muchas enredaderas de flores azules, y, sobre todo, muchos naranjos de flores nupciales y de frutos generosos.

Allí nos acogimos, llevados de la mano por nuestros padres, los que eramos niños hace cincuenta años y no teníamos en nuestra ciudad natal una casa grande en que vivieran reunidas nuestras almas.

A él, a mi buen Colegio de Santa Fé, debo entre otras cosas amables, el honor de que mi

nombre figure en este Catálogo de los alumnos del Colegio del Salvador de Buenos Aires Debo, pues, imprimir a este que escribo, Prólogo o Prefacio del precioso libro, el sello más personal que me sea posible. Que sólo así, a fuerza de infantiles ingenuidades, mi persona será la de todos; mi pensamiento la vibración natural de este libro de niños y de jóvenes.

Fué casa paterna, no cabe duda, casa solariega, aquel primer pobre Colegio de Santa Fé, precursor de este espléndido de la gran metrópoli; los que fuímos sus alumnos lo somos de todas las casas de nuestro Río de la Plata, efectivamente.

Allí afluyó toda la familia platense o argentina, que es lo mismo. En aquel Colegio nos conocimos, y nos reconocimos, y nos quisimos con amor de hermanos todos los de esta gran familia indisoluble, bajo la paternidad de los jesuítas, los amigos buenos, perpetuamente renovados. Había compañeros de Buenos Aires y de Córdoba, de Entre Ríos y de Santiago, de Salta y de Corrientes, de las provincias todas argentinas, de todas sin excepción. Cada uno hablaba con su acento propio regional ...Y nos reíamos los unos de los otros cuando nos abrazábamos ...Y también los había del Paraguay ... Y nosotros, por

fin, los "Orientales del Uruguay", estábamos allí, nosotros especialmente, porque fué allí donde se fundó nuestro primer Seminario nacional. Fué Monseñor Jacinto Vera, primer Obispo de Montevideo, de memoria perdurable, quien echó en aquella tierra la simiente de nuestro clero. El nombre de Monseñor Mariano Soler, primer Arzobispo de Montevideo, alumno ilustre de ese colegio santafecino, basta y sobra para dar luz a estos recuerdos, que lo son de cariño y gratitud.

IV

El Colegio de Santa Fé se abrió el año 1862. Con mis nueve años, apenas cumplidos, ingresé yo en él en 1865. Los recuerdos de mi vida casi comienzan allí, y, entre ellos, el de esa gran ciudad de Buenos Aires, sin colegio entonces de Jesuítas, por la que yo pasaba de largo, para ir a mi casa paterna de Santa Fé. Seis años, cuando uno tiene nueve, son muchos años. Y seis transcurrieron desde la fundación del Colegio de Santa Fé, hasta que Buenos Aires pudo tener también el suyo. Tiempo fué ese más que suficiente para que yo llegara a creer alguna vez que Buenos Aires era inhabitable; tan inhabitable como Montevideo, mi ciudad natal, que yo tenía

que dejar anualmente, por falta de hogar en mi propia casa.

Nó, no era inhabitable, ni mucho menos, para los niños, la gran ciudad del Plata. Precisamente cuando yo la creía tal, desde 1865 a 1867, la casa se levantaba sobre sus sólidos cimientos. En 1868, el 1.º de Mayo, abría de par en par sus puertas por la mañana, y las cerraba de noche, para cincuenta niños que allí dormían. Yo la ví entonces, la ví recién nacida, y la quise como a casa propia; me pareció una hija grande y rica de la pequeña y pobre de Santa Fé; grande y rica, pero no más hermosa.

Estaba casi en los suburbios de Buenos Aires. La calle del *Callao,* silenciosa y tranquila, era entonces un suburbio. Bien recuerdo aquella esquina de la calle del *Parque,* que yo veía desde lo alto de las ventanas del nuevo Colegio. El ferrocarril pasaba rechinando por allí: sus rieles quedaban detrás de él, trazando una curva rápida brillante en el fondo de barrancas primitivas. Hoy esa calle Callao es una grande arteria del corazón de la suntuosa metrópoli americana; pero sobre todos sus títulos persistirá siempre el de haber sido la sede del Colegio del Salvador, la cúpula de cuyo templo se levanta allí como una palabra resonante.

V

Como el oratorio doméstico de una familia de familias bajo la paternidad del Padre invisible y presente, el gran templo fué la natural continuación de la casa que, en 1869, tenía ya 130 alumnos internos. En Diciembre de 1870 se colocó su primer sillar; los restantes se fueron colocando solos sobre el primero, los unos sobre los otros. En 1875, la espléndida construcción, como si se ciñera el casco, proyectaba su cúpula greco-romana sobre el cielo de Buenos Aires, como sobre su propio nimbo.

Era demasiado rápida esa revelación de que la primer ciudad del Plata no era inhabitable, ni mucho menos, para los Compañeros de Jesús. En ese año 1875, siete después de la fundación del Colegio y cuatro de colocada la primera piedra del templo, una turba, más o menos anónima, salió de la sombra dando gritos de odio y de muerte, hizo irrupción en pleno día, y puso fuego a aquella casa de familia, y a su inconcluso espléndido oratorio.

Aquel incendio del Colegio del Salvador fué una fecunda barbaridad. No lo consideremos bajo su aspecto de delito, para fijarnos en todo lo que tuvo de torpe extravagancia.

¡Quemar piedras sacadas de las canteras, y maderas extraídas de los bosques, creyendo incendiar un colegio de niños y de padres!

Nuestra sagrada liturgia, de inagotables bellezas, al colocar la piedra fundamental de una iglesia, reza esta oración preciosa: *"Deus qui de vivis et electis lapidibus aeternum majestati tuae preparas habitaculum..."* Tú, oh Señor Dios Nuestro, te forjas Tú mismo tu habitación. Y la construyes de piedras electas y vivas.

¡Quemar piedras muertas que se derrumban, y maderas secas que ya no retoñan!

Aquellos incendiarios del Colegio del Salvador quemaron cosas, cosas sagradas y profanas; pero no quemaron "nombres", cosas vivas. Los de los padres que allí fueron heridos o maltratados se nos ofrecen hoy, iluminados por aquel incendio, como cifras simbólicas propiciatorias. El del Padre Esteban Salvadó, por ejemplo, que era el rector entonces del Colegio de Buenos Aires y lo había sido del mío de Santa Fé, parece hoy asomarse en el borde de su nube, y mirarnos con aquellos sus ojos negros que le conocimos, llenos de la luz de su inteligencia vigorosa y de su corazón todo benevolencia y caridad, todo abnegación y negación de si mismo. Casi no tenía voz; sus pulmones, heridos desde la

juventud, duraron milagrosamente el tiempo suficiente para que su aliento quedara en este Colegio del Salvador como un vital espíritu perdurable; pero si él no tenía voz, la tenía, y resonante y musical, su compañero de incendio, el gran orador de nuestra época, cuya palabra de verdad fulgurante parece palpitar todavía en las sagradas cátedras de Buenos Aires: hablo, como es natural, del Padre Camilo Jordán. Esos dos nombres bastan, y aún sobran, me parece, para sugerir una gloria. Y digo que sobran, porque ni ellos ni sus compañeros, cuyos nombres omito, reclaman más gloria que la que dieron y están dando al Nombre de Dios.

Y si aquellos extravagantes incendiarios de 1875 no quemaron nombres de padres, aunque éstos ofrecían los suyos sin violencia al holocausto, menos pudieron quemar los nombres de los hijos, de los alumnos, no tan resignados, por cierto, como aquellos, a desaparecer de sobre el haz de su tierra argentina. Aquí están esos nombres, en este Catálogo. Es éste el Colegio del Salvador incombustible, el testigo de una virtud y de una gloria, la torre de piedras vivas y elegidas habitada por los recuerdos: *vivis et electis lapidibus.*"

¿Se ajustan esas piedras a las que forman los

cimientos o trazan los grandes ejes arquitecturales de esta sociedad o nación, hija de la madre Democracia?

Ellas mejor que nadie, esas mismas piedras vivas, pueden decir a los hombres presentes y a los futuros cómo esos Padres de la Compañía de Jesús han desempeñado la misión de continuadores de la familia, unidad verdadera de la nación; cómo, entre todos los sentimientos de virtud que han sabido cultivar en las almas que les fueron confiadas, han sabido vigorizar en ellas el patriotismo, es decir, el "sentimiento" natural de amor a la Patria; pero sobre todo transformarlo en "virtud", en vínculo entre el hombre y Dios, en religión.

Es a la luz de los incendios, ya que de incendios hemos tenido que hablar, cómo mejor puede distinguirse ese carácter de constructores de piedras vivas, cimiento inconmovible de patrias democráticas, de los hombres de la Compañía de Jesús. La humanidad no ha visto jamás un torrente de fuego embravecido como el que hoy tiene consternado al universo. A su infernal resplandor estamos viendo, también hoy, como en el otro pequeño incendio, algunas figuras de jesuítas que se proyectan sobre el fondo incandescente. Podemos detenernos especialmente en los de

Francia, por que fueron éstos, los jesuítas franceses, los últimos perseguidos, y los últimos expulsados de su propia tierra, como lo habían sido de la nuestra.

VI

No bien estalló en Francia el descomunal incendio brotado de la sombra, he aquí que los jesuítas franceses expulsados reaparecen en su tierra, revelando que hay una verdad y una virtud inconmovibles en lo más hondo del alma de esos Compañeros de Jesús. Esos jesuítas dispersados por el destierro, los de las misiones lejanas, los refugiados en otras tierras hospitalarias, han acudido a la angustia de la Patria, y reclamado el privilegio de morir por ella, ya que les habían arrebatado el de vivir en ella. Fueron setecientos cincuenta. Y ciento doce han muerto en su puesto; cuarenta y ocho están heridos; veinticinco prisioneros o dispersos. De los quinientos veintiocho que han quedado hasta este momento en servicio activo, veintisiete han merecido la Legión de Honor; diez y siete la medalla militar; doscientos la cruz de guerra; doscientos treinta y nueve la citación en la orden del día; dos la medalla del valor; seis las condecoraciones extranjeras... Cuatrocientas noventa

condecoraciones sobre quinientos veintiocho franceses jesuítas...

Si estas citas, más o menos estadísticas, adolecieran, recordadas en este sitio, de algo de ingenuidad, recuerde el piadoso lector que sólo prometí ingenuidades al aceptar la honra de ser incorporado, como centro de conglomeración fraternal, a este Catálogo de alumnos del Salvador.

Y con ingenuidad quiero terminar, para ser consecuente. Que ingenuo parecerá, no hay duda, el recuerdo de una anécdota que anda corriendo en estos momentos por la prensa universal, y que se refiere a la designación del general Foch, como jefe militar de todos los ejércitos aliados que hoy libran la suprema batalla.

Clemenceau es, como sabemos, el jefe actual del Gobierno francés, y era ese mismo ciudadano quien, desempeñando igual cargo en 1906, y presidiendo la injusta persecución contra las comunidades religiosas, contra los jesuítas sobre todo, hubo de nombrar un director para la Escuela Militar de Francia. No parecía fácil la elección, porque muchos eran los que, con títulos y aptitudes suficientes, podían reclamar aquel honor; muchos nombres insignes se pronunciaron entonces. Clemenceau llamó al general

Foch, y lo retuvo a almorzar. Al final de la comida, el Jefe del Gabinete saludó en su huésped al director de la Escuela de Guerra.

—Pero yo no soy candidato, le dijo el gran soldado...

—Es posible; pero será usted un director excelente.

El general Foch guardó un momento de silencio...

—Acaso no sabe usted, señor presidente, que yo tengo un hermano jesuíta...

¿Un hermano jesuíta?... Oh, todos los jesuítas del mundo, no serán inconveniente para que sea usted el Director de la Escuela de Guerra de Francia...

¡No serán inconveniente! Bien sabía Clemenceau lo que Foch quería decir...

Y bien lo sabe hoy el mundo civilizado.

VII

He dicho yo, por mi parte, que el honor que me cabe en suerte de incorporar mi nombre a este Catálogo proviene de mi carácter de alumno de la casa paterna jesuítica de Santa Fé. Pero también ha concurrido otra amable circunstancia: de Santa Fé, y por inspiración de un buen

padre argentino, el Padre Calixto Gorordo, que amaba mucho a Chile, fuí yo también a Chile, donde, en torno también de los jesuítas, quise aquella tierra trasandina y sus buenos habitadores; quise a estos como hermanos, como a todos los matices de argentinos que había amado en Santa Fé, como a los paraguayos... como a los míos. Soy yo, pues, aquí, en estas páginas, un agente de conglomeración afectuosa, efectivamente; un corazón que llama, ya que no un entendimiento que ilumina.

Y como en estos momentos en que celebramos el cincuentenario del Colegio del Salvador se realiza precisamente la unión, en una nueva Provincia Jesuítica independiente, de las casas americanas que antes dependían de la provincia española de Aragón, y que, de hoy en adelante, será la Provincia Jesuítica Argentino - Chilena; como ésta, al buscar quien, en la voz, en la fisonomía, en los rasgos de familia, se parezca más a todos, ha creído hallar esa singular persona en mí, no he podido menos de confesar que así es, efectivamente: que acepto y hasta reclamo ese precioso privilegio: el de ser todo de todos, para hablar por todos palabras de alegría.

Una circunstancia final debe ser por mi invo

cada; es la que dice más relación con la anécdota de Foch, y, sobre todo, con mi anuncio de dar sólo ingenuidades a los que este mi preámbulo leyeren con piadoso corazón. Un hijo mío, jesuíta, está dando cuanto le es dado ofrecer, su corazón sobre todo, que es bueno, me parece, al Colegio del Salvador de Buenos Aires. Yo he llamado siempre a ese hijo mío "la gloria de mi sangre"... Y he aquí cómo su nombre se vincula a la anécdota. Aquel hermano que Foch recordaba a Clemenceau, ese su hermano jesuíta, desterrado en esos momentos en "Kasteel Gemert", era allí el padre espiritual y confesor del hijo mío, muy joven entonces, que hoy da sus días y sus noches al Colegio del Salvador de Buenos Aires con grande alegría. Ambos estaban lejos de sus patrias, pero pensando siempre en ellas: el Padre Foch, hombre eminente en ciencia y virtud, pensaba en Francia; el otro, el joven hijo espiritual, pensaba en esta nuestra tierra americana.

El hijo espiritual del Padre Foch, es todo lo más precioso que me hubiera sido dado ofrecer como testimonio de gratitud a la Compañía de Jesús; como prenda de hondo afecto a la ciudad de Buenos Aires y a la Patria Argentina, hermana entrañable de la mía Uruguaya; como sím-

bolo de amor entre estas naciones buenas, hijas de la madre España, que hoy forman la nueva provincia jesuítica de la América Austral.

Que el "Nombre de Dios" sea, pues, una vez más glorificado. Que lo sea en los cielos, en la tierra, y en este conjunto de nombres, piedras vivas en que esplende su justicia, y que son perenne monumento de su misericordia.

Montevideo Abril de 1918.

El Libreto de Tabaré

I

Cuando llegó a mis manos la carta de Tomás Bretón, el insigne músico español que escribió *Garín* y *La Dolores,* leía yo la página en que Anatole France nos dice lo siguiente: "No temamos demasiado prestar a los artistas de otros tiempos un ideal que ellos no tuvieron jamás. No es posible admirar, sin un poco de ilusión; y comprender una obra maestra es crearla en sí mismo de nuevo... Cada nueva generación de hombres busca una emoción nueva, ante las obras de los viejos creadores".

El maestro Bretón me hacía saber por su carta, fechada en Buenos Aires, que, de muchos años atrás, abrigaba el propósito de escribir una ópera, interpretación musical de mi poema *Tabaré;* el propósito se había convertido para él en obsesión; la música de su obra era "un perpetuo ensueño de su oído"; había venido a América, a la tierra de *Tabaré,* con el objeto principal de ver si se oía esa música en la naturaleza y en el espíritu popular. En resumen: me pedía autoriza-

ción, y también concurso intelectual, para llevar a ejecución su pensamiento.

Yo le contesté inmediatamente que sí, que era suyo todo el caudal de sonidos que pudiera hallarse en *Tabaré,* y que yo, por mi parte, no dudaba de que, en esos versos debe de haber algo que suena armoniosamente, pese a los versos.

Al manifestar esto último, recordaba yo que el mismo Anatole France, cuya página leía, me había dado el placer de oirle decir a mis compatriotas, en conferencia pública: "Tenéis una epopeya nacional, que ha sido traducida en todas las lenguas: el poema *Tabaré,* que data, según creo, de veinte años atrás. Ha sido vertido al francés, y he podido entrever su invencible encanto. Juan Zorrilla de San Martín es hoy, para la América del Sud, lo que Longfelow para la del Norte: la voz, la grande voz del río y de la llanura. Su obra fué, según la bella expresión del mismo poeta, "amasada con el limo de vuestra tierra virgen y hermosa".

Si hay en esta transcripción algún pecado de vanidad o vanagloria, como lo está diciendo, con razón acaso, el que esto lee, sírvame de atenuante, además de nuestra común humana flaqueza, lo muy a propósito con que hago la reproducción, como se verá. No es esto decir que tenga

empacho, por otra parte, en confesar que no me siento con fuerzas para desdeñar el aplauso de mis semejantes; confieso que la esperanza de haber realizado algo bello se vigoriza en mí tanto más, cuantos más hombres dicen que han tenido sensación de belleza en lo que yo he hecho. Y esa esperanza no debe sernos vituperada a los que la tenemos como único estímulo, de tejas abajo; y mucho más si se considera que, ese anhelo de vivir en el alma de los demás hombres, es el mayor homenaje que al hombre tributamos.

¡La grande voz del río y de la llanura! También este Anatole France ha oído música, pues, voz de la naturaleza, más o menos lejana, en mi poema. Pues bien: yo declaro haberla percibido cuando lo escribí; también yo sentí, con mayor o menor intensidad o vaguedad, aquello que decía Schiller en su carta a Goethe, cuando le describía el proceso anímico de su inspiración: "Primero invade mi espíritu una especie de disposición musical; la idea concreta viene después".

Esa disposición musical, o lejana armonía, no es otra cosa que el despertar, en la memoria, de las ideas pasadas o sensaciones dormidas. Éstas se buscan mutuamente, como los insectos de élitros sonoros, para fecundarse; resuena nuestro cerebro como una caja armónica fuertemente sa-

cudida; nuestro corazón se paraliza un momento, como si recibiera un golpe, y reemprende en seguida, con mayor rapidez, su movimiento rítmico.

Eso, es, sin duda, lo que se llama el advenimiento del Numen. Las Musas de los griegos eran hijas de la Memoria.

Lo que viene después, la idea concreta de que habla Schiller, no es otra cosa que la intervención de la conciencia, que, en compañía de la razón, elige las imágenes salidas de las células cerebrales, las ordena, las ilumina, y las hace servir de transmisoras de emoción entre un alma y otra.

Acaso es esa la diferencia fundamental entre la ciencia y el arte: en la primera no vibra o vibra poco el corazón; en la segunda éste domina; pero son un acorde. Varias facultades no son diversas almas; la verdad vibrante conmueve el corazón del sabio. Y dice Novalis que, siendo, como es, la poesía lo real absoluto, una cosa será tanto más real cuanto más poética. Ese es el núcleo de toda mi filosofía, dice.

Hay música, pues, allí donde existe inspiración, incorporación del espíritu humano a la eterna armonía en que se confunden lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Conocidas son las preciosas páginas de Carlyle sobre Dante, en que habla de eso, de la *sustancia musical* de que está formado el pensamiento rítmico.

"Si vuestra composición, dice, es auténticamente musical, no solamente en la palabra sino en el corazón y en la sustancia, en los pensamientos y articulaciones, en toda la concepción, entonces será poética; más nó de otra manera. ¡Música! ¡Cuánto se encierra en esta palabra! Un pensamiento musical es el que ha penetrado hasta lo más íntimo del corazón de las cosas, y puesto al descubierto lo más recóndito de sus misterios"...

"Todos los viejos poemas, el de Homero como todos los demás, son auténticamente cantos... Sólo cuando el corazón del hombre es transportado a las regiones de la melodía, y el acento mismo de su voz llega a convertirse, por la grandeza, profundidad y música del pensamiento, en notas musicales, sólo entonces podemos llamarle poeta".

II

Convengamos, pues, en que puede existir algo de eso en *Tabaré,* si es que este es un poema real. Pero no basta con eso, o mucho me equivoco,

para que la elección de Bretón merezca ser alentada, sin estar un poco sobre aviso. Bien es verdad que mi compatriota Alfonso Brocqua, que es un noble artista, ha oído esa intrínseca palpitación de vida musical americana en *Tabaré, y* la ha inoculado en inspiradísima partitura que me encanta; pero el músico uruguayo ha hecho con mis versos lo que Schumann, pongo por caso, con los de Heine, su compatriota alemán: ha traducido en música los versos mismos.

Y lo que Bretón va a hacer es otra cosa. La ópera, género a mi parecer menos intenso que el otro, por lo más extenso, no es sólo deleite difuso del oído; lo es al par concreto de los ojos y de la atención. No basta, para que haya ópera, que se oiga música; es preciso ofrecer espectáculo, color, personajes visibles, fábula interesante, acción dramática.

¿La hay suficiente en *Tabaré?* Ese fué el problema que yo sometí a la consideración de Bretón al contestar su carta, y el que me propuse a mí mismo: el libreto, el cuadro y desarrollo escénicos de la ópera *Tabaré;* no tanto los versos, por más que siempre hubiera querido que fueran los míos, ingenuos y todo, como son.

Y eso fué lo que hizo que me encontrara en mi poema con personas sonoras, tan nuevas para

mí, que parecía que mis estrofas habían retoñado con el tiempo; me hallé con cosas puestas allí por otro que no era yo propiamente; que se habían puesto a sí mismas. Y recordé aquello de la predisposición musical, generadora de ideas, de que habla Schiller, y lo del crítico francés, que nos aconseja no temamos atribuir a los artistas un ideal que ellos mismos no tuvieron. Y también la frase de Platón: "Los poetas dicen cosas grandes y sabias que no entienden" .

III

La fábula de mi poema, como concebida que fué a los veinte años, es infantil; tan infantil como su versificación, llena de candores e ingenuidades, que hoy no escribiría, por cierto, pero que me parecen en extremo amables y dignas de indulgencia, como si lo fueran de un niño que vivió conmigo, y a quien yo quise con predilección.

Los cinco personajes del quinteto clásico, el tenor, la soprano, etc., etc., se distinguen perfectamente, me parece, en aquella fábula. Se escucha también en ella los dúos de amor, que son de orden, según se ve, por ahora; los concertantes polífonos; los cantos guerreros o crepusculares; los coros de soldados y de salvajes, y lo demás.

Pero, ¿qué se puede hacer con todo eso, que no sea muy vulgar?

Como pensara en ello, se me aparecieron, reclamando su puesto en el cuadro escénico, los otros personajes de *Tabaré*: los productores de la interna melodía que precede a la idea concreta, verdaderos cantantes; la voz del río y de la llanura, que dice France; la idea que los artistas no tuvieron, pero que debemos atribuirles, si hemos de comprenderlos como es debido. Esos personajes, que no son de carne y hueso, figuran en el poema, sin embargo, y deben encontrarse en el libreto.

Estarán en la ópera, se me dice; sonarán todos ellos; pero para eso está la orquesta, con sus riquezas de instrumentación, cuerda, metal, madera; hasta ruidos, si se quiere.

Pues bien: he ahí el problema. Yo creo que nó; que no ha de ser en la orquesta, sino en la escena misma, donde esos personajes, el árbol, el grillo, el camalote, el lirio, la hoja seca, deben hablar. Conviene, y es preciso para explicar eso, que conozcamos algo de la generación o genealogía literaria de *Tabaré*.

IV

Bien recuerdo las influencias que obraban en

mi espíritu cuando escribía mi agradecido poema. Nada me ha causado mayor alegría que el verlas descubiertas por la crítica magnánima; es esa una satisfacción parecida a la que uno experimenta cuando oye decir que se parece a su padre. Es grato, dígase lo que se quiera, ser *hijo de algo,* de padre conocido, de vieja y notoria estirpe. Maurice Barrés, que es a quien debe *Tabaré* el mayor elogio recibido, vió en él la extirpe de Dante, *l'allure du Dante,* dice; Juan Valera fué quien advirtió muy bien la influencia del barón Munch-Belinghansen, el poeta austriaco que escribía con el pseudónimo de Federico Halm; otros han creído descubrir otros parentescos. Y para que mi pequeña obra no carezca de lo que tienen las grandes, no le ha faltado un buen crítico denigrante, que se ha dado un trabajo penoso, digno del de Avellaneda, el matador literario del manco Cervantes, para demostrar que todas esas influencias no son otra cosa que plagios de tomo y lomo.

Dice Plutarco: "Se debe ir a buscar la luz al hogar ajeno; pero no demorarse mucho en él, sino encender lo más pronto posible la propia antorcha".

Todo es asunto de ver si yo me he demorado más de lo regular en las casas ajenas, cuyas

puertas están abiertas de par en par para todo el mundo.

No son difíciles de percibir, por cierto, las luces que me alumbraban al escribir *Tabaré;* las de Dante se distinguen, claras como un día de sol; las reminiscencias de Shakespeare parecen escritas en mis versos con tinta roja o azul; bien fáciles de tocar con la mano son las influencias de Homero y Esquilo, que yo deletreaba con pasión, o adivinaba en traducciones deplorables; nada digamos de las de los clásicos castellanos, las de Cervantes sobre todo, que yo me sabía de memoria. ¿Y quién, que tenga ojos, deja de ver, como las vió Valera, no sólo las de mi Gustavo Bécquer, geniecillo amable y querido, despertador de mi adolescencia poética, sino también las fortísimas de Goethe y Schiller y Ossian, que hacían resonar mi recién nacido corazón, como un escudo, con los golpes de sus verbos inauditos, y *comenzaban* a estirpar, en mi vocabulario, los adjetivos afónicos de la retórica? ¡Vaya usted a saber las flores de que la abeja forma, en su laboratorio, la miel de su vida!

Entre esas voces que me llamaron, hay una, la de Dante, que es la que ahora me viene a cuento, porque nos aclara el concepto que dejé pendiente sobre quién ha de hablar en el libreto. Me

encuentro con un canto de *Tabaré,* el primero del último libro, que está sugerido, todo él, por algunos tercetos de la *Divina Comedia*: por aquellos tan conocidos del canto XIII del Infierno, en que el poeta, conducido por Virgilio, se encuentra con los condenados por suicidas. Están allí convertidos en árboles nudosos, de ramas y troncos epilépticos, en los que se posan las repugnantes arpías, de mirada humana. Se oyen voces y quejidos; pero no se ve a nadie. El Grande italiano, a indicación del latino, su maestro y guía, rompe una rama del que cree árbol insensible, y sale sangre, y el árbol grita: ¿Por qué me lastimas? ¿No tienes instinto alguno de piedad?

...Perche mi scerpi?
¿Non hai tu spirto di pietate alcuno?

Y volvamos, con esa impresión despertadora, al libreto de *Tabaré*. Véase si hay en el poema, que sí debe haberlos, algunos de esos árboles dantescos, cuerpos vivos arraigados en mi tierra, que sangran, que gritan y se quejan, e increpan al que pasa. Si los hay, como es posible, esos seres atormentados, magníficos barítonos, tenores agudos, bajos profundísimos, deben ver-

se, no sólo oirse, en el cuadro escénico de la ópera; debe vérseles hablar con *Tabaré,* como deben verse los lagartos o iguanas, y los *ñacurutús* o lechuzas enormes, con cuernos de plumas y ojos amarillos como monedas enrojecidas, y humano espíritu; y los grillos y las lagartijas; y también las cosas acurrucadas detrás de los troncos, que espían al indio fugitivo, y siguen tras él después que pasa de largo; y las hojas caminantes, secas o verdes, secas sobre todo, que lo miran y lo interrogan; y las sombras llenas de luz de luna, que se ven con toda precisión, como pueden verse los ojos de la cabeza que forma el sauce llorón que se mira en el arroyo. Yo vi todo eso. No sé si lo dije; probablemente nó. Hay también remeros extraños que tripulan el *camalote* o isla flotante, arrastrada por la corriente; y fuegos fatuos intencionados como mariposas; y otras muchas criaturas llenas de sonoridades, que sería largo de contar.

Todos esos personajes lo son del drama; lo son tanto o más que Don Gonzalo y que Blanca, y tanto como el mismo Tabaré, su interlocutor; debe vérseles, no sólo oírseles, si se quiere transformar el poema en comedia divina. Si bien se observa, el arte, en todas sus manifestaciones, no es otra cosa que una condensación, una personi-

ficación, mejor dicho; atribuye a las cosas, al Universo, las cualidades de las personas; da a éstas la facultad de convertirse en cosas sonoras. No puede menos de ser así, desde que el arte es expresión. El hombre mismo, la mujer, trasladados de la naturaleza al arte, son sólo signos, "la victoria más bella de la naturaleza explicándose a sí misma," dice Emerson.

El que indico es, pues, el único camino por donde podría llegarse, en mi concepto, a la interpretación musical de lo verdaderamente hondo, que no sé si existe en mi poema, pero que yo tuve la ilusión de inocular, sin darme cuenta, en su frágil organismo: la de un espíritu épico que ha querido hacerse visible en sus formas infantiles; la sustitución de una raza por otra en un continente predestinado, y la oblación compasiva de la raza vencedora, para aplacar los manes de la vencida y muerta.

O mucho me equivoco, o ese pensamiento es épico. Si no lo ha realizado el poeta, no hubiera hecho poco con sugerirlo al que sabe de la otra lengua, de la en que cantan las esferas.

VI

Creo que me explico, más o menos vagamente, sobre lo que sería el libreto que yo hubiera

concebido para una ópera que se llamara *Tabaré*: el libretista, como el traductor, y más que éste, tiene que ser el poeta del poeta.

El cómo y cuánto debieran aparecer y cantar los extraños personajes que denuncio, es harina de otro costal: asunto de maquinista escénico.

Yo, por mi parte, recuerdo que, en *Las Ranas,* de Aristófanes, las ranas cantan esta estupenda sinfonía: "Somos amadas de las bellas musas que pulsan dulces arpas. Y de Pan, el de las patas de cabra, que se goza en que los juncos suenen la flauta. Nos ama el dios excelso de la cítara, el padre Apolo, pues hacemos crecer, en el agua turbia de nuestras charcas, la caña que es soporte de la lira. Cuando el sol fulgura, hallamos placer en saltar entre el junco y la pimpinela, y en nadar y cantar al mismo tiempo. Y cuando el padre Zeus manda la lluvia, hundidas en el fondo del estanque, confundimos nuestras voces ágiles con las burbujas hervorosas."

Todas esas maravillas (no conozco nada más bello) pueden ser dichos por la orquesta, no hay que ponerlo en duda; pero es mejor lo sean por las ranas personalmente, artistas recomendables en todo sentido, muy finas de patas, y amables de voz y de expresión.

Pero como todo eso no es fácil, antes lo juz-

go dificilísimo para quien no esté al tanto de los recursos escénicos, no seré yo quien ponga mano en el libreto de *Tabaré*, así me lo pida el mismo Wagner redivivo, cuanto más un artista de carne y hueso. Con haberlo sugerido para este caso, y para otros análogos, yo he salido con mi intento, que no era otro, como se ha visto, que el de comentar la página de Anatole France que leía cuando recibí la carta de Bretón, el buen amigo y maestro.

VII

No puedo disimular el placer que me causa el pensar en que mi obra pueda seguir retoñando en emociones nuevas para nuevas generaciones; mi alegría se parece a la que debe experimentar el labrador, cuando, de noche, desde su cama, oye caer la lluvia sobre la tierra en que echó semillas; acaso la del muerto que, desde su eternidad, siente germinar, en el tiempo, la simiente de buenas inspiraciones que dejó en la vida. Porque, como dice France, cada nueva generación busca y encuentra una emoción nueva en las obras viejas; pero es sólo en las que tienen simiente viva de emoción, en las que fueron ingenuas y sinceras, así sean tan balbucientes como *Tabaré*. Esto explica la sugestión misteriosa de

ciertas simplicísimas, vulgares muchas veces, que como ráfagas de viento, sale de las pronunciadas por los genios. Estos nos describen las cosas con un adjetivo que parece incoloro; nos narran los sucesos con verbos al parecer insípidos; nos conmueven con una tontería. Uno quiere hacer otro tanto, y no da en el clavo, fracasa. Es que uno no cree, como ellos, en sí mismo.

Creer en nuestro propio pensamiento dice Emerson; juzgar que lo que es verdad para nosotros, en nuestro propio corazón, es verdad para todos los hombres, eso es genio. Repudiamos sin embargo, dice después, con ligereza, nuestras ideas porque son nuestras. En cada obra de genio reconocemos nuestros propios pensamientos desdeñados: vuelven a nosotros con cierta majestad prestada.

En eso, pues, en el secreto que ciertas obras tienen dentro, de origen misterioso, se distinguen las vivas de las muertas o de artificio; no en el verso, en la frase, en la estructura. Sólo las primeras nacen, crecen y se reproducen según su especie, que es lo que se llama vivir; las otras, las de artificio, duran lo que la moda, lo que el coloriete en la cara de un difunto más o menos inmóvil; se las lleva el viento, secas o podridas, en cuanto pasa la estación.

Sentidos espirituales

SENTIDOS ESPIRITUALES

(*De un libro inédito*)

I

A causa de no sé qué revelaciones, desenterradas o por desenterrar en el fondo de un río de Inglaterra, y con ocasión de una clave autobiográfica que se dice descubierta, y otras cosas por el estilo, vuelven a hablarnos de su propósito los que abrigan el de demostrar que el Guillermo Shakespeare que conocemos y consideramos un genio, el que murió hace tres siglos, no era tal cosa, sino un pobre hombre, un pobre diablo, como quien dice. Y que los dramas que le atribuímos, ese *"Hamlet"*, de cuyos monólogos hablaremos, el *"Rey Lear"*, la *"Tempestad"*, los *"Ricardos"*, los *"Enriques"*, etc., fueron obra de su contemporáneo el filósofo y político Francisco Bacon, lord canciller de Inglaterra. Este caballero, eminente pensador, por cierto, a fin de no aparecer como comediante o autor de comedias, o por otras razones, habría hecho de aquel Shakespeare su testaferro literario. Es eso, más o menos, lo que dicen algunos de los promotores del

proceso. Y si a ellos se agregan los que, terciando en el asunto, sostienen que Shakespeare no fué otro que William Stanley, sexto conde de Derby, o que hubo dos Shakespeare y un Bacon que escribieron comedias, nos encontramos con que, en resumidas cuentas, Shakespeare, el autor de *"Hamlet"*, no era nadie.

Yo de mí sé decir que todo eso me parece no más serio que los milagros de Mahoma, y así creeré en ello como en la piedra filosofal; pero, sobre todo, juzgo inútil la contienda. Que ese vocablo Shakespeare designe una persona de carne y hueso, calva, de ojos amables, de barbilla en punta, vestida de golilla y de calzas, y talabarte de terciopelo, o que sea la etiqueta que nos sirve para distinguir una obra literaria genial, eso me tiene sin cuidado; lo que nos importa a todos es la obra, los dramas, que son nuestros... Tú no eres tu nombre, dice Julieta a Romeo; eres tú mismo.

Pero si bien eso es verdad, no es posible decir que el nombre no sea nada en absoluto; es algo, y algo muy digno de atención. Romeo no es su nombre, efectivamente, para el amor de Julieta; pero su nombre *"Romeo Montesco"*, no deja de ser *una cosa*, para el odio de los *"Capuletos"*, cuando menos; una cosa execrable.

Montaigne, en sus *Ensayos,* tiene sobre esto algunas ideas originales que nos vienen muy a cuento. "Existe, dice, el nombre y la cosa; el nombre es una voz que nos recuerda y significa la cosa; no es una parte de ella, de su substancia; es una pieza unida a la cosa y fuera de ella al mismo tiempo". "Dios, agrega el original francés, que es en Si toda plenitud y el colmo de toda perfección, no puede aumentarse o decrecer hacia adentro; pero *su Nombre* puede, sí, aumentarse y acrecer por la bendición y la alabanza que nosotros damos a sus obras exteriores. Y, puesto que no podemos incorporar a El nuestra alabanza, la atribuímos a su Nombre, como lo más vecino a El, fuera de El mismo".

Estamos ante el misterio o aparición de la Palabra, del Verbo.

Que sea santificado *tu Nombre,* oh Padre que estás en los cielos, dice, efectivamente, la oración que nos enseñó el Maestro. Nuestra ayuda está en *el Nombre* del Señor, dice el ritual sagrado. Reciba el Señor el sacrificio de tus manos, en alabanza y gloria de *su Nombre,* dice el pueblo cristiano al sacerdote que celebra los misterios. Toda nuestra liturgia es un canto a un Nombre, al del Señor. "Alaben todas las gentes, todas las cosas, todo el universo *el Nombre* del Señor, canta el salmo unísono. Al Nombre de

Jesús doblen las rodillas todas las criaturas del cielo, y de la tierra y del infierno"...

¡Oh Señor y Dueño Nuestro! ¡Cuan admirable es vuestro Nombre en toda la tierra!

Vuestro Nombre existe desde la eternidad, oh Vos, Señor, Señor, Padre y Redentor Nuestro"...

Existe, pues, la gloria del Nombre de Dios desde la eternidad. Pero la de los hombres; la gloria terrestre de las personas que se murieron hace tres o cuatro o más siglos, y cuyo nombre es o no es, eso da mucho qué pensar. El sol de los muertos ha sido llamada la gloria. Pero ¿es algo de los muertos, realmente, por serlo de sus nombres, eso que llamamos gloria? ¿O es sólo nuestro, de los que vivimos y tales nombres repetimos? Mucho me temo que la gloria terrenal no sea nada, en resumidas cuentas: una palabra, un sonido del viento. ¡Ese anhelo de ser conocido y alabado de aquellos a quienes uno no conoce, ni conocerá jamás!... ¿O todos nos conoceremos algún día, y nos nombraremos por nuestros propios nombres? ¿O tenemos un nombre que emana de nosotros mismos y que no conocemos?

Pensemos en los hombres superiores desconocidos, más grandes que los conocidos quizá, más benéficos, y que no han dejado recuerdo de

su persona, ni de su obra, ni siquiera de su nombre. ¿Qué son esos efímeros pasajeros? Velas negras navegantes en la oscuridad; llamas que no se encendieron por falta de oxígeno.

La verdad es que uno se explica cómo nacen y por qué, las doctrinas filosóficas sobre el conocimiento, tan varias y que tanto nos intrigan: las de los que se dan a inventar, sobre todo, cosas raras contrarias al sentido común, inaccesibles a toda percepción imaginativa, es decir, a la gran mayoría de los hombres, para quienes la imaginación o la fantasía es al entendimiento lo que la pasión a la voluntad, si la pasión es regida por la voluntad y la fantasía por el entendimiento. Pensar, recordar, imaginar... Si no es la misma cosa, muy poco le falta; eso es lo cierto.

Esos descubridores van tras de las velas negras de barcos fantasmas; miran hacia todas partes, dentro y fuera de sí mismos, en busca de la estrella fija; hacia todas partes. menos hacia arriba, quizá, que es donde está, precisamente, para todos los navegantes, y para todo el mundo, esa estrella fija o polar.

Sea de ello lo que fuere, yo, que tanto necesito de mi imaginación para razonar sin demasiada confusión, siento no poder menos de mirar con cariño, no sólo el nombre, pero la

persona de ese mi hermano Guillermo Shakespeare, el calvo, el de ojos amables, el de barbilla puntiaguada, el inglés autor de los dramas que sabemos, y que murió hace tres o cuatro siglos. Y ese sentimiento, la idea de que yo pueda querer a Guillermo Shakespeare como a un hermano ausente con quien puedo encontrarme, de este o del otro lado, a la vuelta de la última esquina, me hace pensar en un orden de sensaciones, verdaderas sensaciones, para las que existen objetos que aquí no vemos, bellezas que no sentimos; me hace creer en la existencia de ciertas funciones o potencias en reserva o en incubación, especie de ruedas dentadas que buscan engranar en algo: colores, sonidos, olores de una mañana o primavera, próxima o remota, en que notas y colores, ideas y pasiones, forman una sola vibración sinfónica, la belleza primordial, sustancial, fuerza centrífuga del universo.

II

Hay en nuestra alma, efectivamente, algo que podríamos llamar *los sentidos espirituales*, que no dejan de tener su analogía con los corporales. Estos, la vista, el tacto, el oído, nos ponen en relación con las cosas o fenómenos del

mundo, que son incomprensibles, impenetrables, para el que carece del sentido por el cual los percibimos. El ciego no puede tener idea del color; la noción del sonido no existe para el sordo-mudo; sabe de él por sus efectos en los demás.

Pero más allá de esos sentidos está el otro o los otros, los hechos para tocar las otras cosas, apariencias de lo inmaterial, formas, materia eterna, y de que carecen al parecer algunos hombres.

Novalis nos sugiere algo de eso cuando nos dice que "la incredulidad es "carencia del sentido de lo divino"... Y Morley, el crítico inglés, nos ofrece un caso práctico, cuando nos cuenta la historia de la primera entrevista de Johnson y de Reynolds.

Dos damas de la sociedad deploraban, en presencia de éstos, la muerte de un amigo de quien se consideraban muy obligadas. Reynolds les dijo que, cuando menos, tenían el consuelo de verse desembarazadas de una deuda de gratitud.

Esta peregrina manera de atenuar la pena de aquellas damas chocó a éstas, como era natural, agrega Morley; pero Johnson no sólo defendió la idea de Reynolds, sino que, por el conocimiento que de la naturaleza revelaba el

que la había expresado, acompañó a éste hasta su casa, se hizo amigo suyo, y lo fué toda la vida. En el siglo XIX, agrega, ningún moralista celoso de su reputación se atrevería a cargar con la paradoja de Reynolds.

Yo, por mi parte, no veo en eso nada de paradojal; sólo percibo, así en Johnson como en Reynolds, la falta de un sentido. El dicho del último, profundo en su fuerte sinceridad, es el del hombre que carece del sentido espiritual, del órgano de lo divino que dice Novalis. Todos los moralistas que se hallen en el mismo caso deben pensar así, si no son inconsecuentes.

Shakespeare no piensa así, porque la posesión de aquel sentido en grado máximo es precisamente lo que más distingue su genio, como se sabe: las reapariciones de los que murieron, personajes de sus tragedias: de los que vuelven o *vienen de nuevo; revenants,* dicen los franceses.

III

¿En qué quedamos, pues? ¿Hemos contraído y tenemos una deuda de gratitud o de lo que sea, una deuda cualquiera, para con los muertos que en vida nos hicieron bien, o que, como Shakespeare, nos legaron obras grandes y be-

néficas, que viven con nosotros y en nosotros? ¿O toda deuda queda saldada por completo en el momento en que se muere, no existiendo otra que la material o jurídica que se debe al que continúa en la tierra la persona del muerto, y es llamado su heredero según el Código?

Convengamos en que, para deber algo a alguien, a esos ausentes o difuntos inclusive, sea a título de amor o de gratitud o de lo que sea, son necesarias dos condiciones, cuando menos: la primera, y ante todo, que el acreedor exista; la segunda que los vivos podamos estar en relación o en sociedad con ellos, darles o pedirles algo, pagarles o cobrarles algo.

Si no creemos en eso, no les debemos nada, eso es lo cierto; la muerte desembaraza de las deudas. sea cual fuere su origen. Y el desaparecer de nuestros bienhechores sería casi de desear, efectivamente. Lo que dice Reynolds es mucho verdad.

Pero si es cierto, como es razón creerlo, y yo lo creo, y lo crees tú, hombre de bien; si es cierto que el solo instinto nos hace rechazar indignados ese consuelo en la muerte de los que amamos, es porque el sentido de la vista espiritual nos permite percibir las personas que están del otro lado del sepulcro como objeto de una percepción pasional, sensible, por lo tanto,

y que supone un objeto, también sensible, es decir, al alcance de ciertas tenuísimas antenas que tiene nuestro cuerpo orgánico.

Hay, pues, un fondo de verdad en el de esas leyendas o mitologías, aún en el de esas patrañas de aparecidos, tan comunes a todos los tiempos, y que no en balde son tema preferido de los más hondos poetas, de Shakespeare, sobre todo, el grande por antonomasia, tan dado a los personajes fantasmas. No son sólo los niños los que se impresionan con esas cosas; y, si lo son, hay un niño que todos sentimos en nosotros mismos y que persiste en el hombre mientras vive. Shakespeare era eso. Y no otra cosa es el poeta, en general, bien es recordarlo, ni distinto el sujeto de los pánicos sin causa aparente, ni siquiera fisiológica, que suelen asaltar a los hombres en ciertas horas. Tampoco es otro el origen de ese anhelo de *comunicaciones o evocaciones* que se ha sentido siempre, hoy más que nunca quizá, y que tiene su ejemplar, entre muchos otros, en ese Edison, el genial inventor del fonógrafo y demás ingeniosas máquinas, o aparatos de transmisión. Edison se ha dado a inventar uno, según dicen, (no sé si con fundamento) cuyas antenas o tentáculos electrizados nos pongan en contacto, al través de la muerte, con las almas; con los habitantes

del otro mundo, mejor dicho, que no son sólo almas, por lo visto. Edison recurre a sus aparatos, como Kant o Hegel a sus ideas. Todos son mecánicos, inventores; cada cual dispone de lo que tiene a mano: ideas o pilas eléctricas. Si se consigue dar vista a un ciego con perfeccionar el cristal de sus anteojos, se subirá por esas escaleras al otro mundo. Una máquina de juzgar sería un famoso descubrimiento; sus juicios serían infalibles; sus sentencias inapelables.

IV

¿Qué es, pues, lo que desaparece, y qué lo que aparece en muertos y vivos?

Es bien lo pensemos. Nos servirá para ello la presencia de un muerto amable. Séalo la de esa hermosa mujer que acaba de callarse para siempre; su belleza persistente hará que nuestro discurso sea, como ella, imperturbable y serio.

"Hela ahí, pues, sobre su cama, leo en un libro. Está un poco más pálida que de costumbre, con la cabeza abandonada hacia atrás, como una copa volcada... Todavía se parece a sí misma, y no es más que una forma hueca, ilusoria, como las ropas apenas quitadas, que todavía conser-

van, por un momento, el calor y la forma del cuerpo..." Meditaremos ante esa hermosura muerta; pensaremos en lo que es esa forma, al menos mientras no se desvanezca. Porque va a desvanecerce, no hay duda, a transformarse muy pronto. Dentro de algunos días será otra forma, otra cosa... Y dentro de algunos años...

¿Qué es eso que está ahí sobre la cama? ¿Es una persona? Una persona... nó, no lo es, me parece; pero tampoco puede decirse que sea sólo una cosa, una de tantas cosas, una obra de arte, modelada en materia frágil, y perteneciente a un heredero. ¿Será propiedad de algún heredero eso que está sobre la cama?

Que no es una entidad capaz de deberes, parece fuera de duda. Y sin embargo, también parece indudable que sí lo es de derechos. Y que éstos, como todo derecho, imponen deberes correlativos. El de respetar esa forma vana existe, no cabe duda; no podemos confundirla con forma alguna del universo; un sentimiento humano, que ha existido siempre, la defiende de la profanación. Es mucho el silencio que se difunde en torno de esa cosa inmóvil.

Un hombre muerto, dice Novalis, es un hombre elevado al estado de misterio absoluto.

Misterio... ¿Qué cosa es un misterio?

Ha habido quienes, en vida, han vendido el propio cuerpo, o algún pedazo de él, el cerebro, el esqueleto, el corazón; un cantante vendió los órganos de la voz. Esos no han vendido su persona, *su yo;* antes por el contrario, hacen de ese yo o persona, aun después de la muerte, el primer ocupante, el propietario, con derecho de transmisión de esas cosas o bienes, fungibles o no fungibles: el cráneo, el corazón, las cuerdas vocales; el propio cuerpo, o una parte de él.

Sepamos lo que es, y sobre todo *de quién es* esa forma pálida, parecida a sí misma, que tenemos presente, como tema de meditación.

Cuenta Montaigne, entre sus muchos cuentos, que Stilpón había escapado del incendio de la ciudad en el que había perdido mujer, hijos y fortuna. Como Demetrio lo viera con la cara tranquila después del incendio, le pregunto si no había sufrido perjuicio en él. Stilpón le contestó que nó, que. gracias a Dios, *no había perdido nada suyo.*

Era un original, no hay duda, ese buen hombre de Stilpón; su fortuna no era suya; su mujer no era suya, ni eran suyos sus hijos... ¿Qué cosa era entonces de Stilpón, *suyo propiamente,* y cuya pérdida le hubiera causado perjuicio o menoscabo?

Si ese gentilhombre de Stilpón hubiese perdido el brazo izquierdo, pongo por caso, en el incendio, ¿hubiera perdido algo suyo, y sufrido menoscabo o perjuicio, por ello? ¿Era realmente más suyo, más *su "Yo"*, ese brazo izquierdo, que el hijo que se le había quemado en el incendio, o la mujer, o la casa?

Quizá por ese camino podamos penetrar algo en el secreto de la mujer muerta que contemplamos, y quizá en el de la muerte misma.

No puede negarse que el hijo de Stilpón era una persona distinta de Stilpón; y, en ese sentido, no era nada de su Yo; pero no es menos cierto que, también en algún sentido, el brazo izquierdo de Stilpón no era tampoco la persona de Stilpón, ni parte esencial de ella, pues ésta, su persona, su yo, quedaba tan íntegro y persistente después como antes de quemado o desaparecido el brazo. Allí estaba Stilpón manco, con el brazo izquierdo transformado en humo; pero estaba todo él, todo Stilpón de carne y hueso: la misma memoria, el mismo pensamiento, la misma voluntad libre, ni más ni menos; todo en una conciencia. *Y en el mismo cuerpo,* nótese bien, en el mismo cuerpo, Stilpón pudo haber nacido con un solo brazo; el humo que produjo el que se le quemó dejó de ser de Stilpón; se transformó en *res nullius*,

cosa de nadie. Un diente que se saca; el cabello o las uñas que se cortan tienen algo de eso.

Que en eso se diferencia ese hombre Stilpón de una piedra, por ejemplo. Si dividimos la piedra en dos, nos encontramos con dos piedras; pero no tendremos dos Stilpones, sino uno, así lo dividamos en varios trozos, en muchos trozos, en infinitos trozos. Uno de estos será Stilpón, sin embargo; el que sea *sustancia o esencia de su cuerpo.* Los otros no serán pedazos de hombre, sino cosas completamente ajenas a él, *cosas de nadie,* mientras no sean de alguien, del primer ocupante, sea o nó Stilpón, que las haga propias, al ocuparlas *animo domini,* con ánimo de dueño. Es lo que se llama propiedad, según dicen por ahí; derecho de propiedad.

Porque bien podemos suponer que otro accidente ha arrebatado a Stilpón el otro brazo, el derecho. Todo el Yo de Stilpón persiste tal cual estaba cuando se quedó sin el brazo izquierdo; solo que ahora son los dos brazos los convertidos en *cosa de nadie.* También pudo Stilpón haber nacido sin brazos... Pero ocurre algo más grave: después se le quemaron las piernas... y también la cabeza... Cuidado que esta idea no es tan estrafalaria como parece, ni extravagante. Para nuestro raciocinio, la diferencia entre los

brazos y la cabeza es accidental, completamente accidental. "Yo puedo, dice Pascal, concebir perfectamente al hombre sin manos, pies ni cabeza, pues *es sólo la experiencia* la que nos enseña que la cabeza es más necesaria que los pies. Pero no puedo concebir un hombre sin pensamiento; sería un bruto o una piedra".

La afirmación de Pascal, tan metafísica al parecer, está siendo autorizada, sin embargo, por la ciencia física experimental, empeñada a veces en demostrarnos lo inútil, o poco menos, de algunas vísceras del cuerpo que juzgábamos vitales; pero una observación muy honda se nos ofrece: recordemos el *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu"* de los clásicos: *nada está en la inteligencia que primero no haya estado en los sentidos,* que no haya pasado por ellos. No concebir al hombre sin pensamiento es no concebirlo sin alguna suerte de sentidos, de sensibilidad, mejor dicho, de articulación de su *Yo* con el *no Yo,* con el universo material de que forma parte el organismo humano.

He aquí, pues, a Stilpón sin piernas, ni brazos, ni cabeza.. No ha perdido nada *suyo,* gracias a Dios, nada que sea más *su "Yo",* cuando menos, que la mujer, el hijo o la fortuna que se le quemaron en el incendio. Es Stilpón, la *persona* de Stilpón casi invisible; no muerto propiamen-

te: sordo, mudo, ciego, sin olfato, sin gusto: pero es él, su cuerpo y su alma; su persona humana; todo él, con su conciencia, sus facultades... y también su sentido, *el otro sentido*. Ese cuerpo "que anda sin nadie" no está tan solo como parece; es alguien en sí mismo.

"¿Qué cosa es la bellota, dice Amiel, sino la encina que ha perdido sus hojas, su tronco y sus raíces, esto es, todos sus aparatos, sus formas, sus particularidades, pero que se ha concentrado en su esencia, en su fuerza figurativa, que puede reconquistar por completo?".

V

Cabe pensar ahora, y es razón lo hagamos con algún reposo, en lo que hubiera podido perder ese buen hombre de Stilpón para poder decir que había perdido algo *suyo* en el incendio: en lo que es, en resumidas cuentas, la persona, *el yo* de los hombres que caminan por la tierra.

Por ahí podríamos penetrar, más o menos, en el concepto de "esencia" según Leibnitz, para quien "la esencia" de una cosa, lo que hace que ella sea "esa cosa" consiste en un cierto poder o en una cierta facultad primitiva, distinta de sus dimensiones, de sus cualidades, en una palabra,

de sus *modos o accidentes,* de tal manera que concebimos la esencia separada de sus modos".

Pero mi propósito no es el de ascender en la escala de las ideas, sino el de descender por ella a las especies imaginativas, a que se llega saltando o volando.

Carlyle, en *Sartor Resartus,* habla de tal asunto así: "Ese diluvio de seres vivos, de todas edades y clases, que se esparce por las calles, ¿sabes tú de dónde viene y adónde vá? Viene de la eternidad y va hacia la eternidad. Esas son *apariciones* ¿qué más? ¿No son almas hechas visibles en cuerpos *que tomaron forma,* y la perderán fundiéndose en el espacio?"

La persona humana viviente es, pues, *una forma,* en la que entra la materia necesaria para que esté en relación con los otros *yo* de su especie, y con el universo. Apariciones... cuerpos que tomaron forma...

Pero lo que eran esos cuerpos antes de tomarla, y lo que son después de dejar, diluída en el espacio, la que tuvieron, es problema del más grande interés, y muy digno de atención: el solo plantearlo nos conduce la imaginación a regiones vagas, y llenas de encanto. Comencemos por recordar la tesis clásica de la buena filosofía perenne: "el alma es *forma sustancial* del cuerpo humano".

¡Materia! ¡Forma! Los psicólogos, los metafísicos, nos dan sus definiciones más o menos perceptibles o sugerentes. Lo es para mí fantástico propósito el de los que ven en la *materia* "aquello de que una cosa está hecha" y en la *forma, "la cosa misma con exclusión de la materia"* ¡La cosa con exclusión de aquello de que está hecha!

Estamos muy lejos, como se ve, del concepto vulgar de *forma,* que parece ser el que tiene Carlyle: la *figura sensible* de una cosa, determinada por la posición de todos sus puntos en un mismo instante, es decir, el conjunto de las posiciones simultáneas de todos sus puntos. Eso es todo relativo, fugaz, instable. Nosotros, si somos poetas, (como poeta, solo como poeta estoy yo hablando) iremos a otra región, mundo o no mundo: el de las formas o ideas puras, las incorpóreas realidades. no menos al alcance de nuestra mano, por cierto, que las otras. Estas, las físicas, lo parecen más; pero no es así; es una ilusión; ellas se nos escapan de entre los dedos con el tiempo, la distancia, el movimiento, tanto o más que las otras con su inmovilidad, su eternidad. Que no es más agotable para nosotros lo relativo que lo absoluto, si bien lo pensamos; no es más agotable. Lo inagotable nos envuelve por todas partes. La materia es el borde de la infinita nube.

¡La cosa misma con exclusión de aquello de que está hecha!

La verdad es que ese concepto de *forma*, con ser tan difícil de percibir, y acaso precisamente porque lo es tanto, nos entreabre la puerta de la región de las ideas o realidades primarias, primordiales, llena de atractivos y deleites intelectuales. Penetrar por ella, y solidificar sus sombras es el propósito que me conduce en este pensativo extravagar en torno de ciertos raciocinios; conducir a algunos, al son de las ideas musicales. por la región de la rítmica inmovilidad. "Las imágenes vanas de los hombres muertos, que dice Homero, hablan allí consigo mismas, en su lengua ignota".

Sustituir los términos o locuciones o fórmulas de la filosofía, escuelas, doctrinas, teorías más o menos inaccesibles, por los de una lengua más al alcance de los oídos; traer las profundidades a las superficies, y reconocer en éstas sólo el extremo de lo profundo, sin dimensiones, es la obra del poeta, es decir, del más hondo de los pensadores. El nos habla en su idioma de palabras orgánicas o sonidos vivos, que, más que un sentido, tienen un alma. La música, la sustancia musical, es algo de eso: lengua de palabras no convenidas, anteriores a las bocas que las pronuncian; sentido esencial del sonido; habla de las

esferas. El poeta, el hombre sonoro, es el más perfecto de los instrumentos musicales.

. . . . . .

. . . . . .

VI

¿Hasta dónde puede, pues, la materia desaparecer, sin que el hombre, llámese Stilpón o Demetrio o Guillermo Shakespeare, desaparezca?

Esencialmente puede quedar fuera del alcance de los humanos ojos todo lo visible corporal, sin que cese la vida inmanente. ¿Es a eso a lo que llamamos muerte? Lo cierto es que no está menos muerta esa mujer, parecida a sí misma, cuya forma, en el sentido vulgar de figura, contemplamos aún sobre la cama, que si hubiera sido totalmente reducida a llama o a nube o a ceniza por el incendio.

Resucitar es, para el común criterio, volver a ser visible, palpable; reaparecer. No es necesario, sin embargo, ser visible y tangible para ser resucitado, aparecido, persistente; la resurrección no lo es de la materia que tocamos y sentimos vibrar, de la adaptable a nuestros sentidos corporales presentes, sino de la forma. Y ésta, es decir, "la cosa con exclusión de aquello de que está hecha", no ha muerto en los muertos, y se

ofrece a los sentidos espirituales. Un resucitado que entra sin abrir las puertas, es una realidad material, penetrante al través de los cuerpos, y cuya presencia sentimos en sus efectos; es visible a nuestros ojos interiores; la tocamos con las antenas o tentáculos que, desde los órganos externos, buscan, como objeto propio, las realidades subcorpóreas; la oímos con el oído hacia adentro, sin que por eso seamos nosotros mismos el objeto de nuestra operación, por supuesto, y sin que nuestros actuales sentidos dejen tampoco de experimentar la verdadera sensación de los efectos.

Pasar un cuerpo sólido al través de otro cuerpo sólido sin violencia no es más incomprensible, por cierto, que pasar al través de un líquido, de un fluído, del agua, del aire, y vice-versa. No se sabe el número de potencias desconocidas que hay en nosotros. Uno no se da cuenta, si bien se mira, de la diferencia que puede haber entre lo que supimos y tenemos olvidado, y lo que no sabemos ni hemos sabido jamás. Lo olvidado está en nosotros y obra en nosotros, sin intervención de la conciencia. Lo no sabido...¿no obrará también en esa nuestra subconciencia, cuya hondura es más grande que la del mar?

Montevideo.

El monólogo de Hamlet

EL MONOLOGO DE HAMLET

(*De un libro inédito*).

I

Hamlet, el príncipe de Dinamarca, el de Shakespeare, en su monólogo célebre, se propone el problema de si es más noble sufrir la adversidad que ponerle fín con la vida. No lo resuelve; pero, al no determinarse a lo segundo, por miedo a los ensueños supervinientes, llama a eso cobardía, que atribuye a la conciencia; la conciencia nos hace a todos cobardes, dice.

¡A todos! Nó, príncipe Hamlet; no es la conciencia sino tu conciencia, en todo caso, lo que hace que "la resolución se pierda bajo la sombra pálida del pensamiento", como tú dices. La conciencia no desviaba el curso de las empresas, ya no digo de Teresa de Jesús, pero de ese que acaba de salirnos al paso, caballero español, Don Quijote el castellano, hijo como tú del genio, y que, co-

mo tú, creía haber nacido para poner orden en el mundo. Ese hombre, todo conciencia precisamente, jamás obraba por miedo; no tenía miedo a nada ni a nadie; ni los hombres ni los fantasmas le apocaban el ánimo.

Ese sí, que es un hombre de conciencia y un filósofo, ese Don Quijote, el manchego. Que también Cervantes, como su hermano Shakespeare, pone en boca de sus locos las verdades; en la boca del hombre cuerdo, suele poner las mentiras y las sandeces. Sancho Panza, que es el sentido común montado en un borrico, es un insigne mentiroso, y de conciencia obtusa.

Porque Don Quijote es loco de remate, como hemos dicho; los libros le habían barajado el seso, a él como a tantos otros; los libros de caballería, que cobran formas variadísimas, desde las caballerías andantes, que fueron las suyas, hasta las andantes filosofías, que enloquecen a otros, y los trastornan tanto o más que al mismo Don Quijote; los hacen creerse llamados a poner orden en el mundo exterior sin tenerlo dentro del interno.

Pero *su verdad,* la verdad de Don Quijote, que no está en sus palabras, ni siquiera en sus hechos, sino en su persona, es más permanente que los libros llenos de palabras. El es una fe exacerbada que rompe el molde; pero es una fe.

La fe, es decir, la verdad *que nos posee,* es el solo principio de acción, aunque tenga algo de locura. Se ha hablado de "la locura de la cruz". Lo que *poseemos,* por el raciocinio, simple opinión, engendra la duda, que es inercia. Ocurre en el mundo moral lo que en el físico: fuerzas y resistencias que se neutralizan causan inmovilidad Lo mismo en los astros que en los granos de trigo; en la órbita de un planeta o en el caer de un disco de plomo. Los astros grandes tienen su campo de gravitación grande; los chicos, chico. El astro infinito, infinita.

La duda exacerbada, que es Hamlet, no rompe el molde, no produce la locura; es el buen sentido corriente, según el cual el suicida es más animoso y racional que el mártir, y el burlador de mujeres o despreciador del propio honor en el ajeno puede ser más hombre honorable que el caballero continente. La duda es la posibilidad de todo en el mundo moral, y sólo termina en la certeza no razonada pero razonable, que es lo que se llama fe. Entonces la certeza es acción.

¿Quién soportaría, efectivamente, las penurias de la vida si un simple punzón puede bastar para ponerles término, a no creer, lo que se llama creer, en algo superior a la vida, y que no es sueño, ni es sólo mal?

El amor de Don Quijote a Dulcinea, hecha objeto de su culto, protectora de su continencia hasta en el pensamiento, es la verdad y la belleza ideales... cosa de loco, no cabe duda, en el concepto de los cuerdos más corrientes en el mundo, en el de Sancho Panza, verbigracia, que, además de mentiroso, es el tipo de todas las incontinencias: glotón, lujurioso, egoista, excéptico, socarrón, malicioso... sin ser, dígase lo que se quiera, antipático.

Con ser cosa de loco, el amor de Don Quijote es menos inverosímil de lo que parece; ese caballero existe, es una realidad. Hamlet, el príncipe lo es también, y parece más consistente; pero éste, que no es un loco, ofende con su amor a la que llama "ninfa mía"; le dice obscenidades; no la respeta cuando la ve pasar viva a su lado. Y cuando la ve muerta, por fin, da gritos desaforados para decir a Laertes, el hermano de la niña muerta, que la amaba de veras, con un amor más grande que el de cuarenta mil hermanos, y que, al lado de ese amor, el monte Ossa sería del tamaño de una verruga... tonterías, extravagancias...

"Nuestro siglo está desconcertado, le oímos decir. Oh, maldita suerte la mía, que haya nacido yo para ponerlo en orden"!

En esas palabras, según Goethe, está la clave de toda la conducta de Hamlet.

También está la de toda la de Don Quijote. Pero éste, con ser loco, no se juzga fuera de su siglo, y comienza, para ponerlo en orden, poniendo orden en sí mismo; por ser sobrio, casto, paciente, resignado, penitente, fiel a su amor.

La verdad es que el amor no es lo que cree Sancho Panza, ni tampoco lo que Hamlet cree, ni nada que se le parezca, sino lo que cree Don Quijote. Amor es siempre caridad, compasión, *co-pasión;* es compartirlo todo con la persona amada; no sólo el placer y la vida dichosa, sino la vida entera, que no está formada sólo de dicha y de placer; amor es también resignación. Compartir la muerte es el amor supremo de la vida.

Si bien lo miramos, Hamlet, con ser príncipe, está mucho más cerca de Sancho Panza, el escudero, que de Don Quijote, el caballero. Su filosofía sobre la muerte es sanchezca, la común filosofía: el miedo de los niños a los cuartos oscuros. El monólogo inclusive.

Tú no te das muerte, príncipe Hamlet, por no entrar en la oscuridad de tí mismo; el temor de encontrarte con malos sueños en el viaje sin retorno es lo solo que te detiene. Pero has de saber que los ensueños de la muerte no son otra cosa que la sombra de nuestra propia vida, proyectada sobre el muro misterioso: las realidades son

simiente de ensueños. Una vida pura no engendra ensueños impuros. Tú no estás cierto de si la aparición que creiste ver bajo el aspecto venerable de tu padre, el rey difunto, era o nó el espectro de las tinieblas; si era o nó un engendro de tu pasión irracional, de tu propio infierno. "El espectro que he visto, dices una vez, puede ser el diablo... ¿Quién sabe si, aprovechándose de mi debilidad y melancolía, no me engaña para causar mi condenación?" Y para tener "pruebas más decisivas," no entras sino sales de tu corazón; recurres a los cómicos, para explorar el corazón de los otros. Debiste buscarlas dentro de tí mismo, como lo hacía Santa Teresa de Jesús: en los efectos que en tí dejaba la aparición; en si te había dejado más bueno, más dueño de tu libertad, más puro de pensamiento, más humilde de corazón, más recto y paciente de acción, más casto, más hombre, menos bruto. Te hubieras entonces convencido, mejor que por el efecto de la comedia, de que aquello que viste en la explanada del castillo era el Diablo, efectivamente, el espíritu muerto; no el vivo de tu venerable padre. Los espíritus vivos no están a la disposición de cualquiera. Te prestas, sin embargo, a ser el agente del fantasma, a ser el brazo de potencias desconocidas, el de la muerte sustancial, eterna.

Por eso, porque no eres un hombre interior, porque eres un aturdido, la conciencia te detiene el corazón, y te sientes cobarde. Cobardía no es otra cosa: aturdimiento, como lo es la cólera. Afirmas que el temor de la muerte embaraza la voluntad. Sí, la embaraza para conducirse mal, pero la reconforta y estimula a la buena conducta, a estar apercibido al último viaje, como suponías lo estaba el rey que, con solo arrodillarse a rezar, purificaba su alma.

Purifica, pues, la tuya con la humildad, y serás dueño de tu voluntad y hombre fuerte. Ese temor no es cobardía. Todos lo tenemos; lo han tenido los santos, es decir, los más fuertes, porque han sido humildes de corazón. Pero ese temor no es miedo; es el que ha hecho de ellos los valientes por excelencia, héroes perfectos. A tí no te he visto arrodillado ni una sola vez. ¿No tienes nada de qué arrepentirte?

Huye el impío no persiguiéndolo nadie, dice El Libro de los Proverbios; pero el justo, como león confiado, estará sin miedo. Estar sin miedo no es estar sin vigilancia sobre sí mismo, entendámoslo bien. El temor de Dios no es miedo a Dios; es el principio de la sabiduría; él extirpa el temor de los hombres, que es lo que se llama miedo propiamente, cobardía, aturdimiento.

¡El temor de los hombres! Si los que tuvieron fe y la abandonaron se dijeran la verdad a sí mismos, muchos de entre ellos, acaso los más, verían como fué ese miedo a los hombres el que los puso en fuga de su propia conciencia. Fué sólo cobardía... atenuante al fin.

Los que tienen miedo a Dios no son los santos que ven en El una Persona amable, sino los que sólo ven el *"magnum aliquem"*, una cosa grande, inmensa, pavorosa. Esos poco tardan en quitarse esa carga de encima. Que quien empieza por pensar mal de Dios, acaba por apreciarse a sí mismo más que a Dios, y por preferir la propia voluntad a la divina. El simple temor o miedo sólo engendra disgusto, que pronto se trueca en desesperación, y en abierta rebelión, por fin, contra toda ley, la de Dios inclusive, la de la muerte sobre todo, que es ley de Dios, y que, acatada, debe ser buena, y producir bienes. Otra cosa es cuando el temor no es miedo, sino reconocimiento del soberano dominio sobre todas las cosas que El hizo, las visibles, las invisibles; entrega absoluta de la propia libertad, lo más próximo al amor, si ya no es el amor mismo, llamada adoración.

II

¿Dices, príncipe Hamlet, que persigues una venganza y un castigo, y haces de ello el objeto

de tu vida, pues has nacido para poner orden en tu siglo?

¡La venganza! ¡El castigo! El hombre vengativo usurpa los derechos de Dios, en quien la venganza es sólo justicia, y la justicia armonía, amor. ¿Quien te ha dado a tí la facultad de disponer de la vida y, sobre todo, del alma del rey culpable, para mandarla nada menos que al infierno como te lo propones? Una sombra pálida que, armada de pies a cabeza, se paseó ante tí, en la explanada del castillo de Elsingor. ¿Comprobaste acaso, como Santa Teresa, si era aquello ángel o demonio? Ella, en su humildad, al sentir en sí misma las hablas de Dios, no se cree digna de oirlas, y llega a temer que sea el demonio quien hace palabras en un rincón de su espíritu. Y recurre, no, como tú, a las comedias y los comediantes, sino al solo reactivo eficaz, de que hemos hablado, para analizar aquello: al precipitado que deja en su propia vida: su conducta, su paz interior, su amor a sus semejantes, que juzga inseparable del de Dios, su pureza de pensamiento, su ansia de padecer, su alegre espera de la muerte escondida y silenciosa.

Tú también crees que lo que viste podía ser el diablo; pero no examinas tu conciencia sino la de tu prójimo; no analizas tu conducta. Vas a decir

obscenidades a Ofelia, improperios a tu madre... y sigues tras la sombra.

Esas sombras pálidas, príncipe Hamlet, se nos aparecen a todos, y nos persiguen en todo el transcurso de la vida: estamos rodeados de esos espíritus, que vagan por el mundo en formas varias: hasta en formas angélicas algunas veces, ángeles espectrales. En el mundo moral, como en el físico, existe lo que fué llamado *el horror del vacío*. El espacio que Dios desaloja es ocupado por los espectros. Estos se han aparecido a muchos reformadores, a muchos vengadores como tú, que, como tú, han creído poder disipar sombras con sombras, y han inventado hasta religiones buenas para vivir, pero no buenas para morir.

Y murieron, como tú, temiendo la aproximación de la verdad que saldrá del cuarto oscuro, envueltos en las sombras de la duda, temiendo ensueños. No como Don Quijote, el buen hidalgo, de conciencia pura, que murió en la luz que ahuyenta murciélagos, y mucho menos como Simeón el profeta, que quiso morir cuando vió, por fin, al niño que esperaba.

Seguir el consejo de esas apariciones, que nacen, como las llamas en los pantanos, de la concupiscencia y la soberbia, no es seguir la conciencia, príncipe Hamlet; no es seguir la concien-

cia. Lo que te hace, pues, impotente por lo pusilánime no es la luz natural o la revelada que alumbra el espíritu: es el fantasma, la sombra que proyecta la duda de tu presunción orgullosa, hija de la carne.

¿Crees tú que se puede discutir a solas con el Diablo, nada menos?

El Diablo es un gran filósofo, un lógico insuperable; nunca raciocina mejor que cuando no tiene razón, es decir, siempre. En ese terreno, estamos irremisiblemente perdidos.

Tú no te suicidas por miedo, sólo por miedo a los sueños o ensueños. Bien; esa atrición o temor del castigo, que te detiene ante el último delito que puede cometer el hombre, es luz todavía, pero humeante; es ese *cristianismo crespucular,* de que habla el "profesor" de Carlyle, que teme al *no mundo*. Pero tú no sospechas la existencia de otros estados de conciencia, generadores de heroísmo. Ya no digo el de los místicos, el de Santa Teresa, pero el de los hombres que algo sienten la armonía de sus almas con el universo, o, más propiamente, con la voluntad que lo creó y gobierna: el de los que no hacen el mal por amor al bien, y aman el bien porque han logrado entreverlo como Persona, una Persona que los ha apasionado, y a la que anhelan complacer y hacer feliz sólo por lo que es, porque es amable evidente-

mente, infinitamente amable, y porque su felicidad es la sola felicidad absoluta del hombre; la de los que sienten que hay algo más doloroso que padecer, y es el hacer padecer a Dios en sus criaturas, en sus hijos, nuestros hermanos; y que hay algo que hace al hombre más dichoso que serlo en sí mismo, y es el serlo en los demás, para que Dios lo sea en el universo, en la obra de sus manos o armonía del firmamento.

Esos tienen, para hacer el bien, y no el mal, un estímulo muy superior a los premios y castigos sensibles, o a los ensueños que tú temes, oh príncipe; saben que es de este lado del sepulcro donde hay ensueños, y que del otro lado está la sola realidad digna de amor; que no sólo hay allí males, como tú crees. Y sienten todo eso, y mucho más, no tanto por experiencia, cuanto por una intuición inefable, hija de una luz ultraterrena, y de voces interiores, sin palabras ni figuras, que no razonan sino que muestran, y que sólo pueden ser oídas por los hombres interiores que hacen silencio en si mismos.... Tú no haces silencio; razonas para aturdirte. Palabras... palabras... palabras.

Eso es el verdadero germen de la fuerza o del valor heróicos; mezcla de divina energía y de humana debilidad cooperadora, virtud superterrestre, formada de una serie de actos de dominio so-

bre si mismo, que, como el caminar o el correr, no es sino una caída constantemente evitada; palanca anímica que, si necesita, como punto de apoyo, la libertad del hombre, tiene su fuerza en la de Dios.

Tú, príncipe Hamlet, que no comprendes eso, no puedes concebir el heroísmo, y por eso acaba en tí y por tí, por obra tuya, tu desastrada estirpe.

No diré yo que debas irte al convento, como tú lo exiges de Ofelia para respetarla. Ni entra al convento el que quiere sino el que puede, ni son los monjes o anacoretas, los solos dignos de respeto; también lo son las madres de hijos pecadores, y hasta los mismos pecadores, que pueden ser santos, fecundados por el sol. Siempre es tiempo de ser santo. de recomenzar la vida del tiempo. La tuya, la mía, comienza en todos y cada uno de sus instantes, si bien lo miramos. La vida del tiempo comienza en todos y cada uno de sus momentos. Siempre es tiempo de empezar. Si tú, príncipe Hamlet, en vez de pasarte los días y las noches vestido de luto, buscando la sombra o el espectro, persiguiendo la venganza que éste te sugirió, y enseñando cómicos, y haciendo de loco, y diciendo groserías a los pies de la mujer que dices amar, y razonando con sepultureros, estuvieras vestido de hierro, frente o al lado de Fortimbrás,

el noruego, luchando contra el rey extranjero que invade tu tierra, entonces verías, oh personaje distraído, cómo la conciencia de tu deber para con la patria, fantasma angélico, te haría morir por ella, dormir, como tú dices, sin temer los ensueños supervinientes.

Sólo la conciencia de que se abriga un designio irreprochable, sólo la conciencia, precisamente, es nervio de valor o intrepidez, y motor de empresas que exijan el sacrificio de la vida. Que no basta, para ser héroe, morir sin miedo de la muerte. Así han muerto muchos malvados, y no pocos tiranos, tan despreciadores de la vida propia como de la ajena: así vemos caer los pendencieros vulgares, como los toros bravos en el circo.

¿Y no has visto, por dicha, como mueren los gallos combatientes, sin más defensa que sus corazas de plumas?

Morir, dormir, soñar...

Hablas, oh Hamlet, oh impotencia activa, como si fueras un genio. Te creí tal, un momento, cuando te ví volar.... Eras sólo un pájaro.

Montevideo.

Muerte experimental

MUERTE EXPERIMENTAL

(*De un libro inédito*).

I

Teresa de Jesús, Santa Teresa, es un héroe de la belleza, cuya posición entre tales genios es difícil de establecer o precisar. No es la mujer dormida, por cierto, que tiene sueños, ni un artista despierto que reconstruye los de sus noches, y los convierte en cosas bellas, y no sin alguna reserva puede incluírsela, por lo tanto, en la procesión de los llamados poetas. Pero, guardada esa reserva, podemos mirarla entre ellos, entre los poetas o *inventores*, en el sentido de descubridores o reveladores de secretos manifiestos; bien podemos hacerlo sin irreverencia: incluirla entre los que han ido y van delante de sí mismos, cantando sus monólogos. Si no los acompaña, los precede; si no en el mismo diapasón, ella expone sus descubrimientos o invenciones en una heróica sinfonía. No es esto contrario, por otra parte, a ese cultivo de relaciones

entre los habitantes de la tierra y los del cielo que llamamos culto o devoción, y que no es sólo homenaje admirativo, sino sentimiento religioso, lo que se llama religioso, es decir, adoración rendida al Creador en sus criaturas, en la más perfecta, sobre todo, que es la humana; adoración de la divina inteligencia en su imagen, de la voluntad divina en las voluntades y en los actos libres de los hombres y mujeres heróicos o perfectos, es decir, conformes con la divina voluntad. Cuando hacemos la voluntad de Dios, dice San Agustín, entonces se ha hecho su voluntad en nosotros. Somos entonces la obra perfecta en el universo, la creación heróica.

Ese reflejo próximo del sol, que forma el nimbo de los hombres y mujeres que son llamados santos, intercesores, y reciben culto, no apaga el remoto que, en ellos, como en los otros creadores de belleza, es inspiración, genio humano, fuerza de voluntad. Y bien pueden ser llamados también poetas como los otros, sin impropiedad, como decimos.

Pero, dígase lo que se quiera, esos santos que nos hablan o cantan sus monólogos tienen un timbre de voz que el oído experto no confunde con el de las otras voces cantantes ni con las vivas ni con las muertas. La de Teresa de

Jesús, especialmente, se distingue entre mil. Bien lo sabe quien la escucha con frecuencia y atención. *Descorporizada* hasta donde es compatible con la vida mortal; muerta porque no muere, ella puede conducirnos hasta el extremo del camino transitable por el cuerpo vivo, y hacernos ver la muerte de cerca, y decirnos lo que en la muerte ocurre, como no pudieron ni pueden hacerlo los que se quedan callados de asombro ante el nuevo día.

Teresa de Jesús, cuando nos dice sus monólogos sobre la muerte, no está narcotizada como Segismundo el de Polonia; tampoco poseída del dios interior que emerge de los sentidos y da los materiales sensibles a la libre voluntad que construye comedias, aún las Divinas; ella nos habla de la muerte *casi por experiencia*; pero no imaginativa, sino de otro género distinto. Por experiencia plena, sólo uno ha podido hablarnos; pero esa Voz lo es de resurrección y vida eterna; es *la que era en el Principio.*

Se ha dicho que la ciencia de la muerte no puede ser experimental, porque no se muere más que una vez. Digamos eso más bien de la de la vida; no se vive más que una vez, y para siempre. Es en la ciencia de la vida donde está la de la muerte, como parte integrante de la vida mis-

ma, de la vida mortal, plena. Y no puede ser, por lo tanto, plenamente experimental la ciencia de la vida, si no hay alguna experiencia de la muerte, si no se la vive.

A esa constante experiencia de la muerte o plenitud de vida es a lo que podríamos llamar quizás, en términos adaptables al oído imaginativo, *la vida mística,* de que Teresa de Jesús es el tipo encantador.

La vida mística es una actividad del compuesto humano, cuerpo y alma, que nos sugiere los extremos de una belleza que no es la adaptable a los sentidos estéticos que conocemos generalmente, pero que no deja de ser una realidad: tan realidad, cuando menos, como la del misterio de la belleza misma, que estamos aún por definir, como otras tantas cosas indefinibles: amor, poesía, añoranza, tiempo, espacio, movimiento, inmovilidad...

El estado místico tiene de todo eso. No es sólo el sentimiento religioso, la piedad, la oración vocal o mental, por fervorosa que sea; es un conjunto de fenómenos específicamente definidos, experimentados por muchos contemplativos, cuya esencia consiste en una *sensación de la presencia de Dios,* en un conocimiento de Dios recibido pasivamente en el alma; conocimiento ca-

si experimental, diferente, no sólo en cuanto al grado pero en cuanto al género, de aquellos que el ejercicio natural de nuestra facultad intelectiva puede procurar, y acompañado de una adhesión pasional, de amor, diferente también de la oración ordinaria, y de todas las pasiones de la tierra.

Leer a Santa Teresa, la mística por antonomasía, lo que se llama *leerla,* ir con ella, es, pues, el medio eficaz de acercarse a la muerte, o emprender el viaje a la región de las ideas o substancias primordiales, y regresar con algo entre las manos.

Nosotros, dice Carlyle, cuando leemos un poema bien, somos todos poetas. La imaginación que se estremece con la lectura del Infierno de Dante, ¿no es una facultad igual a la de Dante, salvo la intensidad?

Todos los que sienten *algo* con la lectura de Santa Teresa comparten, más o menos, la facultad de esa mujer dantesca, si así puede llamarse, (que no lo creo), para pasar de la región mortal, a la que comienza o continúa en la otra. Los que nada tienen de esa facultad no leerán jamás a Santa Teresa, por la misma razón por que no leen al poeta los que no lo son, ni oyen la música los que no la tienen interior. En quien la tiene, están

los gérmenes de todas las armonías de Beethoven como en Beethoven mismo, salvo la intensidad, es decir, salvo la fuerza de aplicación del oído ultra interno (Beethoven era sordo) a la infinita vibración. Esta no es movimiento, cosa relativa, ni tampoco inmovilidad, cosa tan relativa como el movimiento o velocidad. si bien se mira. Esa *vibración* es otra cosa; mueve todos los sentidos como si fueran uno solo estos nuestros sentidos, y los que nosotros no concebimos quizás; es sonido y color; es línea arquitectónica; causa de sensaciones ignotas.

San Juan de la Cruz, (el doctor extático se le llama) nos introduce en el secreto de ese estado místico por el raciocinio o análisis psíquico del espíritu, del propio sobre todo; pero es Santa Teresa quien nos ofrece y hace compartir la vida mística como objeto de verdadero deleite estético en cierto modo. El doctor extático la define y razona; lo quiere hacer, cuando menos, y lo hace en forma no superada ni alcanzada quizá; la maestra nos la ofrece en sí misma; nos la describe y narra haciéndonos entrar en paisajes que existen mucho más allá del pensamiento, y conducen a éste a la presencia de verdades nuevas, demasiado jóvenes todavía, demasiado

delicadas para soportar los rigores de un largo interrogatorio.

Santa Teresa escribe de eso en forma tal, que cuando uno quiere releerla en busca de lo que ha dejado en nosotros con sus palabras, que parecen miradas, ya no encuentra lo que creyó haber leído u oído; no hay allí nada: ni juicio, ni raciocinio, ni siquiera palabra; se ha ido, si es que allí estuvo. La palabra está vacía, pierde su sentido de un momento, y hasta su gracia; fué un espíritu que pasó con ella sobre nuestra cabeza, como la blancura de un pájaro en la oscuridad del aire.

La lectura o traducción espiritual de Santa Teresa es efectivamente un constante pasar y repasar entre no ver nada y entreverlo todo un instante. Si nosotros llamamos o evocamos un espíritu, generalmente seremos nosotros mismos quien nos conteste. En Santa Teresa se oye la contestación del otro que habla... o no habla, con ella; una voz personal, que es *la voz de todo,* resuena en nuestra cabeza; una imagen sustancial, que es semejanza de todo, pasa un instante.

Novalis, el alemán, llama a eso que contesta en nosotros "nuestro yo trascendental"; Maeterlink, el belga, comentando a Novalis, nos habla de una mezcla de ideas de nuestro yo superior

que nos han ofrecido algunos pensadores. "El rostro de nuestra alma divina, dice, sonríe a veces por detrás o a la espalda de su hermana el alma humana, inclinada a las humildes faenas del pensamiento. Y esa sonrisa, que nos deja entrever, al pasar, lo que existe más allá del pensamiento, es lo único que importa en las obras de los hombres".

Eso se parece a las visiones de la vida mística, a "la quietud" de Santa Teresa. Pero es... otra cosa. Lo que a ésta sonríe no es el rostro de su propia alma divina; pero ésta, su alma divina, "vive sin vivir en sí misma" mira y es mirada con los mismos ojos. El cómo se realiza eso, ella no lo sabe; pero nos lo dice. Un espécimen de ese decir sería esta descripción, por ejemplo, que sólo ella sabe hacer: "Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, (el alma) sin haber espaldas, ni lados. ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella, se me representó Cristo Nuestro Señor como le suelo ver. Parecióme en todas partes de mi alma le veía claro como en un espejo; y también este espejo, yo no sé decir cómo, se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa... Es muy diferente el cómo

se ve a decirlo, porque se puede mal dar a entender."

Releamos eso, sin embargo, algunas veces, dos, cuatro, muchas, hasta no oirnos a nosotros mismos, y acabaremos por entenderlo... casi. Pero hemos de leerlo con la firme persuación, con la plena seguridad de que ahí hay algo muy humilde, muy verdad; no la vanidad de los *inaccesibles* o *incomprendidos* adrede.

El gran psicólogo místico de que hablamos, San Juan de la Cruz, que llega también a ser poeta, gran poeta o artista natural, razona, como decimos, esa vida sobrerracional. Lo hace según un sistema constructivo de psicología que podríamos llamar lo bello en la razón. El agente o fuerza natural es absorbido por el otro, en la vida mística; por el sobrenatural y divino. Todo lo natural, dice, si se quiere usar de ello en lo sobrenatural, antes estorba que ayuda... "Hay que ahogar lo natural para que lo sobrenatural domine y viva con holgura."

He aquí que el alma, como Dante en la región de las sombras, penetra *en la noche oscura* que, exprimida, produce claridad, como el fango las aguas puras. El *sentido* está desposeído de su objeto propio *natural,* desprendido de todo lo perceptible; el *apetito,* de toda afición; la *voluntad,*

de todo apego a criatura; el *entendimiento*, de toda idea limitada; la *imaginación*, de toda forma; la *memoria*, de todo recuerdo.

"Y cuando el alma queda en completo desasimiento de lo creado y enteramente vacía, entonces Dios la llena".

Es la noche u oscuridad clarísima, la muerte quizá; distinta también del sueño, y del "yo trascendental", y del alma divina, de los místicos de artificio. Aquello no es un arte; no es *un antojo*, como llama Teresa a todo lo que es obra de la voluntad fija en la memoria, fantástica, antojadiza, efectivamente, y veleidosa. No es tampoco una perturbación del ritmo o la armonía universales, sino lo contrario. Los que han dicho que el genio es una enfermedad, dirán, con mayor razón, que lo es ese estado supernatural. Pero sería el caso de saber, a ciencia cierta, lo que es enfermedad, lo que es salud, mejor dicho; oir el diapasón que suena en la infra conciencia caótica universal, como regulador de la vida o armonía del universo.

Los cultores del *misticismo natural* o filosófico, o literario, misticismo sin Dios, son numerosos hoy en día. Cuando uno lee sus libros de filosofía, percibe con bastante claridad lo que los diferencia del otro, del sobrerracional, del autén-

tico. Uno se esfuerza por penetrar en los *pensamientos misteriosos* de los ensayistas contemplativos del vacío, y ve en ellos *antojos* (valga la expresión de la maestra) palabras deshabitadas o habitadas de simples imágenes, de cosas muertas, que son movidas; no se mueven. Esos ingeniosos ensayos, bellísimos muchas veces, musicales, dejan sólo una *inquietud* que uno comienza por atribuir a la propia insuficiencia: pero acaba por imputar a la ajena, a la del místico de artificio, y su admirable parodia o pantomima.

En Teresa de Jesús no hay pensamientos misteriosos; los suyos sobre el misterio son claros en sí mismos, porque no la conduce el orgullo o sensualidad del alma; dice hasta donde puede decir; llega hasta donde puede llegar con el entendimiento: a las inmediaciones de la muerte.

Santa Teresa es la realidad de esa psicología razonada por el místico filósofo que, si bien la ve en sí mismo, atenúa la propia realidad cuando intenta razonarla. Santa Teresa la ve; no intenta razonarla; va "delante de sí misma" como ella dice.

"Esta verdad que digo se me dió a entender es en sí misma verdad, y todas las demás verdades dependen de esa verdad, como todos los demás amores de ese amor, y todas las demás grandezas

de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender. ¡Y cómo se parece al poder de esta Majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia, y tales cosas imprimidas en el alma."

"Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, *que vayan muy adelante de lo que acá se trata en el mundo.* Y así comencé a tener pena de vivir en él."

En ese estado, el paso de la vida a la muerte, la ida y el regreso, son una realidad; se consuman en la propia alma, y aún en el propio cuerpo.

La monja andariega llamaban a Santa Teresa los que la veían andar de ceca en meca por tierra española, sembrando conventos como semillas de árboles frutales. No era tal, sin embargo, sino todo lo contrario; todo lo contrario de andariega. Jamás salía de su ciudad o castillo, del claustro de su corazón almenado, aquella viajera incansable; jamás se ausentaba de sí misma. Que en sí misma tenía mucho que andar; muchas distancias que recorrer. Sus éxtasis, de dolor o de alegría, son otras tantas inmersiones de su alma, sin salir de sí misma, y también de su cuerpo, en la región desconocida, seguidas de regresos. De allá no se traen palabras, por lo visto; ni tampoco imágenes; imá-

genes y palabras son cosas de este lado; del otro no las hay; sólo hay realidades inmóviles.

Volvía entonces a sentir, a pensar, a querer; pero su alma estaba todavía en otra parte; ella misma sentía que lo estaba: en otra ciudad llena de edificios almenados. Ella dice que andaba "embobada". La sinceridad, que no puede ponerse en duda, con que se juzga boba, inepta para todo, corre parejas con la con que se cree mala, mala monja, mala mujer, y sentir el infierno que juzga haber merecido, y del que se salvó no por obra propia, sino de Dios. Bien sabemos nosotros que no era ni boba, ni mala; lo sabemos a ciencia cierta. Pero no lo es para nosotros, que no hemos visto lo que ella vió; que no sospechamos lo que es ser bueno. Si lo hubiéramos visto, compartiríamos su juicio a buen seguro. Sólo Dios es bueno; sólo Él es inteligente y altísimo. Nosotros, Santa Teresa inclusive, somos bobos, esa es la verdad. No mentía, pues, cuando se decía tal, la santa, y mucho menos cuando nos decía todo lo mala que era. Decía la verdad, la pura verdad, que sólo ven los santos. ¿Hay algo más corriente que la pureza o tranquilidad de conciencia de que gozan los malvados, al decir de ellos mismos, cuando menos?

Hay en Santa Teresa una *doble atención*. Sus facultades están todas en los asuntos de la tierra,

"en las humildes faenas del pensamiento", que desempeña con un tino y un acierto extraordinarios, como un hombre de negocios de fortísimo sentido práctico; pero su oido interior, puesto en la lejanía, espera el llamado de la muerte mística, y pasa a ésta, desde la vida, en cuanto se oye llamar, como el pájaro cuando oye el reclamo. Cualquier detalle, el canto de una monja, el caer del agua, el abrirse de una flor, basta para romper el hilo que ata su atención a la vida terrestre, y fijarla en la otra. Nadie como ella ha experimentado ese ir y venir entre el ser y no ser naturales, entre los dos países; nadie puede como ella darnos noticia de la ciudad remota que tiene a su lado. No nos la trae concreta, imaginativa; pero nos dice del placer de morir, que es tal, que la esperanza de sentirlo la alienta a vivir. Aquel *"nunc dimittis"* del viejo profeta de Jerusalem, se oye en ella a cada paso: "Ahora déjame ir; mis ojos han visto"... "Díjome el Señor que no me fatigase; que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré, pensando que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando me acordaba."

Se desecha, como una impropiedad, la idea de que esa mujer pueda ser una genial artista; es todo lo contrario de una artista; todo lo contrario. Eso que ella siente "imprimido en el alma" no

puede ser sólo una creación imaginativa, como las de Dante, o Shakespeare o Calderón, hechas de materiales acumulados por los sentidos, y transformados en el cerebro por la presencia o la presión del querer inmanente; no es un antojo, como ella le llama, por más genial que sea.

Ni siquiera podemos aceptar, sin algún disgusto cuando menos, el título de mujer de ciencia para Santa Teresa, por más que haya sido declarada doctora de la Iglesia, la única. El gran aprecio que ella manifiesta por los sabios, por "los que tienen letras", como ella dice, no le impide tenerlo mayor por su propia ciencia sin letras, y juzgarla muy superior a la de los otros. No sé si San Pedro de Alcántara, con ser quien era, penetró muy hondo en el espíritu de Santa Teresa cuando le escribía: "Me espanté que Vuestra Merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad; si fuera cosa de pleitos o caso de conciencia, bien era tomar parecer de juristas o de teólogos; mas en perfección de la vida, no se ha de tratar sino con los que la viven".

O mucho me equivoco o esa mujer extraordinaria se sentía demasiado cerca de Dios para tomar parecer de terceros sobre eso. Uno se asombra cuando la ve que, al pedir a Dios aumento de vida espiritual para un hombre que juzga de no-

bles facultades, le dice, como si aconsejase al mismo Dios: "Mirad, Señor, que este sujeto es bueno para amigo *nuestro*".

Si comparamos el crédito que nos merecen las visiones de Dante, hijas de la imaginación reflexiva y de la voluntad formidable, "antojos", diría Santa Teresa, con el que nos imponen las de esta carmelita descalza, primitiva del espíritu, (mucho más que Fra Angélico lo es del color) nos convencemos de que éstas proceden de más lejos que aquéllas, tienen una verdad distinta.

Eso de Santa Teresa no es ciencia, pues; tampoco arte. Santa Teresa no es artista, sino todo lo contrario, como hemos dicho. Nada mas ajeno a su forma de expresión, ni al propósito que la mueve y dicta esas que dejó escritas páginas perennes, trazadas premiosamente, sin leerlas, por obediencia, en ratos perdidos, y que viven al lado de las obras geniales de los hombres fuertes. Ella no aprende allá lejos palabras; antes olvida muchas de las que sabe. Esa española no es una escritora, ni hay porqué incluirla, como suele hacerse, entre los "clásicos castellanos"; ella no necesita *ligarse* para ser comprendida, y menos para comprenderse a sí misma; los sujetos de sus verbos están lejos muchas veces, por estar en todas partes, demasiado cerca; no se les oye si no se tapan los

oídos. Yo no sé si esa gran mujer castellana, conoce o nó esta lengua que yo hablo y cultivo como preciosa materia prima del arte; pero sí puedo decir que ni su estilo, ni su sintaxis, ni su vocabulario son lo más apropósito para estudiar la magnífica lengua española. Bien es verdad que ella la habla bien, no desentona; pero es por lo mismo porque no desentonan los pájaros: porque no entonan, es decir, no se ajustan a una escala cromática; porque son la naturaleza; no su expresión. Santa Teresa no puede escribir mal en español, porque no escribe en lengua española. La habla, sin embargo, mejor que nadie, mejor que Cervantes. Al leerla, nos parece oirla, conocerle la voz, como la de ningún otro que haya escrito en castellano, si ya no es Isabel de Castilla, la grande Isabel, la reina, que escribía también como hablaba, ni más ni menos; como Santa Teresa, en lengua no hablada sino por ellas... y por todos interiormente.

Santa Teresa tropieza a cada paso con la impotencia de la palabra mortal para expresar cosas inmortales *"inmortalia mortale sermone notantes"*; pero es entonces cuando se le oyen las notas más altas; las fuera de todo diapasón, que no son de lengua alguna, sino de un remoto sonar de voces en que la idea y el sonido forman un alma sola.

Y sin embargo, esa mujer, que no es un artista, construye una obra de belleza arquitectónica que nos encanta; de esa arquitectura que se confunde con la música, y que, como ésta, es el arte en su esencia: ritmo, armonía, compensación, equilibrio, belleza primordial o divina. Cuando ella nos habla, no nos deja, como los ensayantes misticistas, esa resonancia llena de cosas por definir y de inquietudes, que ellos buscan como cualidad, sino que nos trasmite el reposo, la serenidad, la visión clara de lo indemostrable o indefinible, el descanso del sentido en su objeto propio, y el de la voluntad en lo conocido por ciencia infusa, conocimiento ignorado o sobrerracional, que es la claridad sin límites, la inmersión en lo azul o infinita transparencia. No posee la verdad sino que es poseída por ella; no ve la belleza sino con los ojos cerrados, con los internos inclusive. Su verdad es recién nacida, demasiado inocente para soportar un careo con otras; su belleza demasiado diáfana para vivir en un contorno.

Al revés de los condenados que vió Dante, la sublime santa tiene la esperanza de morir, vive de ella. Pero no para dormir, por cierto, sino para despertar, para ver, por fin. "El deseo de salir de este destierro para ver a Dios" es el motor de su alma. No quiere salir de él si en él ve a Dios. Quiere padecer la vida, ya que no le es dado go-

zar la muerte. Su drama dentro del yo es objetivo, realista; mucho más que el exterior de Dante. Se desarrolla, con perfecta unidad, en los cercos, que ella llama moradas, del castillo interior, edificado o tallado en un solo diamante. Se camina en éste, de luz en luz, hasta la luz perpetua, la vida, la plena alegría de vivir o paraíso. Santa Teresa era alegre; su risa era un nimbo.

Dante no pudo ver bien ese paraíso, porque está detrás de la muerte, y el poeta no ha sentido la propia; tampoco pudo ver el infierno de Teresa, porque no se juzgó, como ella, el más malo de los hombres; los otros, los condenados, eran más malos que él, en su concepto.

Ella lo vió, vió el infierno, también dentro de sí misma, con una intensidad que la imagen dantesca no puede reproducir. El infierno, para ella, es el desamparo eterno, el abandono de Dios. El condenado de su infierno es ella misma, ella sola, aplastada por su pecado.

La idea de la ausencia de Dios, que le sobreviene cuando menos lo piensa, le produce un pánico mortal; experimenta la muerte.

La soledad eterna, el no ser sin dejar de ser, el dolor divino, fueron sentidos por Teresa de Jesús, como lo fueron por Jesús mismo, que lo quiso sentir, a su vez, para que no pudiera existir un hombre que, al creerse abandonado de todos, pu-

diera decirle: Tú no has sufrido esto que yo sufro. Él se sintió también abandonado de todos, hasta de Dios mismo. Y se oyó el grito más doloroso que ha salido de boca humana: ¡Padre! ¿Por qué me has desamparado!

Por eso el cielo que vió Teresa en sí misma, es también más grande que el de Dante. Es su resurrección de entre los muertos, como la de Dios; el fin del desamparo del Padre; la reconciliación, o reaparición de su amor, sentido o entrevisto por fin.

La Santa no piensa en reconstruirnos eso, o, si lo intenta, no encuentra las palabras constructivas; pero lo sugiere, sin ellas, como jamás ausencia de palabra humana ha podido hacerlo, Su monólogo, que es su silencio, no tiene traducción: esa música interior no tiene instrumento. Es necesario poner el oído directamente sobre el sonido espiritual, o sustancial: mucho más allá de la circulación de la sangre, y de la respiración del universo.

Es a eso, a lo que ella llama oración de *quietud,* me parece; el oído del alma puesto en un sonido sin vibración, en el silencio; los ojos en una cosa sin contorno, en la inmovilidad. Tras la de quietud viene la de *contemplación*: despues... después, la muerte: unión, arrobamiento, éxtasis,

inmersión en el Sér, el remanso de la serenidad que evita la muerte natural, pero es lo más próximo a ella... es ella.

Teresa no hace sombra, como Dante, entre las sombras: se diluye en ellas, en las sombras luminosas, que son la luz perpetua, la llama increada y creadora. La pasividad de aquella alma vibrante e inmóvil nos da una idea de la actividad en lo eterno, de la agilidad del espíritu, de la vida en sus fuentes. El paraíso de Teresa de Jesús no es otra cosa que el amor de Dios, es decir, la conciencia no tanto de que uno quiere a Dios, cuanto de que es querido por El. El irresistible movimiento de abrirle paso hasta las honduras, potencias, sentidos, facultades intuitivas, se produce entonces sin nuestra propia intervención. Es la humana correspondencia o cooperación; el amor a Dios, a Cristo, que sigue, no precede, a la percepción del que Dios nos tuvo al crearnos en y con el universo, y al redimirnos y acompañarnos en la vida; es nuestra incorporación a la armonía de las esferas, que nos hace ser el universo, sin dejar de ser la *caña pensante* de Pascal. El anhelo de aparecer amable ante Dios, amable y heroico; el de ser objeto personal de su atención, de su recuerdo; la ilusión de poder hacer feliz a Dios, con nuestra presencia, y hasta hacerlo su-

frir con nuestra ausencia o desvío... no sé si es eso lo que forma la felicidad de la pasión mística de Teresa. Los relámpagos se suceden y apresuran en sus éxtasis, hasta fundirse en una explosión de deslumbramiento; las visiones aparecen y se apagan; se escuchan las distancias infinitas; se oye el acorde de la Palabra Unica ...

Ninguna de las harmonías que Dante oyó se ajusta al diapasón de esa sinfonía del cielo interior. Dante "hacía sombra", sentía, a la aparición de Beatriz, "los vestigios de la antigua llama", del amor mortal, el aguijón de la muerte.

Teresa es conducida a su paraíso por una fuerza análoga, pero contraria, a la que lleva a Hamlet a su infierno o desesperación, los latigazos y desdenes del tiempo, el insulto del hombre orgulloso, el amor desdeñado, lo frágil del amor.

¿Y qué amor de hombre no lo es?

Todo amor humano, el activo y el pasivo, tiene su límite en el amor a sí mismo, que rechaza la muerte. Por eso el amor perfecto, la desea, la presume. Sólo los muertos quieren sin límite. Hay pruebas a que no resisten los más potentes amores de los vivos, sin excluir el amor materno. Por eso se califican de heroicos, los que las soportan. No pueden ser, pues, objeto del nuestro hasta lo

infinito. ¿Quién no ha tropezado en el límite del amor ajeno, y aún del propio?

Si tú quieres amar a la humanidad, amable hermano mío, no esperes de ella demasiado. Quien empieza por creer al hombre más bueno de lo que puede ser, acaba por creerlo más malo de lo que es.

No eres malo, hermano que estás a mi lado, no eres malo por no ser absolutamente bueno; si lo fueras, dejarías de ser de mi especie.

Maestro bueno, dice el Evangelio que dijo una vez a Jesús alguien que no veía en El sino al hombre perfecto; sólo al hombre ..

Y que Jesús respondió, como tal, como hombre: "¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno".

Tú eres bueno por eso, oh Cristo Jesús; porque Tú eres Dios verdadero. Uno con tu Padre, bueno hasta lo infinito; eres todas las posibilidades de bondad .. y mucho más, oh Señor, oh Cristo, Maestro bueno. Por eso hubiste de morir: porque tu amor fuera divino, más grande y más poderoso que la muerte. Jamás esperaremos de Tí demasiado; siempre nos quedaremos atrás. Tu esperanza es *la única;* la nuestra es de carne, flaca y mortal. La virtud de la esperanza tiene que ser teologal, divina, infinita, no emana la de la carne.

No adores al hombre ni a la mujer, hombre pasajero. A Dios adorarás y sólo a El. Aquel es sólo adorable que tiene la fuerza de hacer almas. Ese es el solo dueño de lo que hizo, y de sus frutos: pensamiento, voluntad, amor, memoria; cuerpos y espíritus; el Solo *adorable*.

¿Quien es mi madre y quiénes mis hermanos? dijo Cristo. Y mostrando con la mano sus discípulos: "Esos son, dijo, mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre".

Esa es la dignidad, la perfección: adorar a Dios en las cosas, en el hombre, en la mujer, en la propia madre, en el hermano, en el dolor, en el placer, en la vida, en la muerte, en la muerte sobre todo: hacer de ésta el acto *de adoración* por excelencia, la incineración o transformación total del cuerpo y sus sentidos, del alma y sus potencias echadas en el ascua, hechas incienso, nube viviente. personal, eterna.

Ese morir no es dormir, no es soñar... Es la actividad que comienza donde todas las otras concluyen. La muerte es una actividad.

El paraíso de Teresa es más realidad que el de Dante; no tiene imágenes, pero tampoco es abstracción. Ella no idealiza, realiza.

Como Dante por las calles de Florencia, ella andaba "embobada", es su palabra, después de sus muertes; era un transeunte. Su "alma divina" mientras "la otra se ocupaba en las humildes tareas del pensamiento", se ocupaba en "no pensar", en arder, en consumirse.

Los que la han llamado enferma y hasta loca no van tan fuera de camino como parece; el loco es una especie de muerto, efectivamente, un *extravagante*.

Teresa es más loca, más vagante fuera de la memoria que Alighieri, el poeta, que la tiene tan despierta; más que Hamlet, el príncipe, que no carece tampoco de recuerdos bien precisos.

No dan con el pensamiento de Shakespeare, los que juzgan loco a ese Hamlet que dice su monólogo. Shakespeare pone generalmente sus más grandes verdades en boca de sus locos, de sus verdaderos locos, los desmemoriados. En la de los que no lo son, en los cuerdos. pone muy a menudo, las mentiras, o necedades, o malas memorias. Es uno de sus rasgos geniales.

Los locos no mienten, efectivamente, porque son sinceros. Tampoco dicen *su verdad* porque no la tienen, porque no ven en sí mismos como para establecer la relación entre la facultad cognoscitiva y la cosa; pero *la verdad* aparece en los resquicios de sus raciocinios desvencijados, que, como

las ruinas de los monumentos, dicen más que los monumentos mismos.

Hamlet es de los cuerdos ... Su monólogo, morir... dormir...; soñar? es el de la razón, el juicio o el raciocionio humanos: es la persona sola consigo misma, sin nadie, ni visible ni invisible que le hable y le responda; es el hombre entregado a su propio consejo. Poseído por el espectro del vacío, por el espíritu muerto de negación, no tiene la fé o evidencia super racional; es la duda sugerida por el fantasma; la misma impotencia activa, que sólo ve males en la muerte, contrapuesta a la inercia o pasividad poderosa de Teresa de Jesús, la monja andariega y alegre, que sólo ve bienes. El es triste, porque es el odio, la venganza, el amor sensual, tan parecido al odio.

Ese caballero dinamarqués Hamlet dice amar a Ofelia, la mujer real. Veo que la ama, en efecto, racionalmente, experimentalmente, con amor de hombre cuerdo, que ve germen de gusanos hasta en el divino rayo de sol que anida en un perro muerto, no como amaba a la mujer imaginada aquel otro caballero, el español Don Quijote, que, no sé por qué, se presenta ahora en mi memoria como un espectador.

Ese sí que era loco, ese Don Quijote, el de la Mancha, paisano de Santa Teresa y contemporá-

neo. Pero su locura era puramente humana; podría llamársele racional, aunque su razón fuera *extra-vagante*. El no sale de la esfera de la propia imaginación; no sabe nada de la muerte, ni de lo que pasa más allá de ella; no se propone el problema. Para morir bien, recobra el juicio, vuelve a la tierra; pero no del cielo; él no ha andado por el cielo.

No es Don Quijote el que ha muerto en Don Quijote; y no es ese célebre caballero tampoco, por ende, quien, mejor que el príncipe Hamlet, podría hablarnos por experiencia de "la región no descubierta de que ningún viajero vuelve".

Los hay que vuelven, sin embargo; esos reaparecidos, heroes místicos o caballeros del cielo, de que es Santa Teresa el ejemplar más armonioso, pueden hablarnos. Pero son pocos, muy contados, los que los entienden.

Y es muy frecuente que sean tenidos por locos ...

Montevideo.

Segismundo y Dante

SEGISMUNDO Y DANTE

(*De un libro inédito*)

I

Tan digno de atención como el de Dinamarca es otro príncipe filósofo, muy dado también a los monólogos; tan digno de atención, y tan adaptado como aquél a nuestro propósito. Hablo del personaje creado por Calderón de la Barca, el español, contemporáneo de Shakespeare, y si no tan grande como él, tan genial como el que más. Para ese Segismundo, Príncipe de Polonia, no es la muerte lo que debe considerarse un sueño: es la vida precisamente. *La vida es sueño* para él; toda la vida; morir es despertar.

Pero tampoco ése nos habla de la muerte por experiencia. Segismundo no ha muerto, ni siquiera una vez; no ha despertado, mejor dicho.

Recordemos, someramente aunque sea, la curiosa historia de ese sonámbulo conocido de Calderón, el español. Hijo primogénito del rey de Polonia; nacido bajo mala estrella, ha pasado

la vida, ignorado de los hombres, en una cueva, o gruta, o escondite en que su padre, el muy tonto, lo ha ocultado, al nacer, para conjurar la predicción o vaticinio de un astrólogo, según la cual el recién nacido había de serle funesto. Ya que no matarlo, creyó prudente esconderlo. Ese astrólogo es algo así como la sombra del rey Hamlet, o como las brujas de Machbet, o cosa por ese estilo.

Pasan pues así los años de la niñez y de la juventud del príncipe, sin más sociedad que la de un hombre, su ayo, carcelero y confidente, que, al par que estudia sus instintos, lo enseña y aconseja y reprende.

Segismundo es, pues, una fiera bien educada: razona, tiene sus monólogos, confía a su ayo el estado de su conciencia, le revela su carácter, sus inclinaciones, etc.

Llega el momento, por fin, de hacer conocer al pueblo de Polonia la existencia del heredero escondido, y de someter a prueba la predicción o vaticinio del astrólogo.

El recurso a que se acude para esto último es peregrino. Se narcotizará al príncipe, y se le llevará así, profundamente dormido, al palacio de su padre. Si una vez despierto e incorporado a la sociedad con sus atributos y facultades de rey, revela buenas condiciones, se le dejará en

el reino: será rey; el astrólogo se equivocó. Si, por el contrario, las revela malas, como éste lo predijo, se le narcotizará de nuevo, y se le devolverá, así, profundamente dormido, a su gruta o escondite, donde, al despertar, creerá que todo lo que ha visto ha sido un sueño.

Así se hizo. Segismundo despierta en su palacio, con los atributos y los honores y las facultades de rey; hace de éstas un malísimo uso, que confirma el vaticinio del mago, y, narcotizado de nuevo, es devuelto a su gruta, en la que vuelve en sí sin otra compañía que la anterior: la de su ayo y confidente, al que cuenta lo que ha visto.

He aquí que Segismundo pasa de una realidad a otra realidad, al través de un sueño, que es también una realidad. Ese sueño hace las veces de muerte; pero no es la muerte propiamente; es, más bien, una resurrección dentro de la vida, una transformación en la permanencia de cuerpo y alma, una locura en la actividad normal del entendimiento, de la memoria, de la pasión.

El llama sueños a todas esas realidades que son la vida. Y, claro está: deduce de ello, y deduce bien, que toda la vida es sueño; lo mismo el dormir que el despertar. El concibe o entrevé

otro despertar, como Hamlet, y, como a éste, esa idea lo retrae de obrar mal, aún en sueños; pero de ese despertar no sabe más de lo que sabe Hamlet del *otro soñar;* no ha vuelto de esa región de los realmente despiertos.

Es de advertir que el motor de la actividad del príncipe Segismundo, el de Polonia, es también, como el del dinamarqués, una potencia desconocida. La astrología, que ha movido al padre de Segismundo a meter a su hijo recién nacido en la cueva, es una diabólica potencia; es "lo maravilloso" del poema. Y no en balde Segismundo, como Hamlet, en la realidad de la vida, es vengativo, lujurioso, brutal; insulta a la mujer: atropella al hombre... todas las brutalidades.

De todo esto se deduce que Segismundo está en el mismo caso que Hamlet, cuando nos habla sobre la muerte; no es un testigo propiamente; no habla por experiencia; él no ha muerto, y, por lo tanto, no ha despertado, en resumidas cuentas.

II

Tampoco ha despertado, porque no ha muerto, otro príncipe testigo, príncipe por excelencia en el reino de las visiones imaginativas, que no

puede menos de recordarse cuando de estas cosas se trata: Dante, el italiano que tanto conocemos, hayamos o nó leído su obra colosal. No es necesario leerla para saberla perfectamente. Los que la leen por primera vez, termínenla o nó, parecen recordarla.

Dante Alighieri no sólo ha vuelto de la región de que, al decir de Hamlet, ningún viajero vuelve, sino que ha regresado de ella con noticias tales y tan precisas, que casi puede dárseles crédito, como si fueran verdades experimentales. Y no dejan de serlo, en cierto modo, las de la imaginación, cuando cobran esa intensidad. Lo son, según dijimos, tanto como las de los sentidos externos, criterio infalible de verdad, *cuando se ciñen a su objeto propio*. El arte, en los grandes creadores, es una investigación como cualquier otra. Bien es verdad que el arte *desarrolla* el accidente; pero es la gran masa de substancia que el accidente arrastra consigo lo que distingue, si no estoy equivocado, la obra del verdadero artista de la del que no lo es. En los geniales, el accidente es casi substancia; la visión imaginativa es recuerdo o nostalgia de lo que se vió no se sabe dónde. Eso es belleza, en mi concepto: nostalgia, recuerdo afectivo, añoranza... ¡qué sé yo! El hombre, la humanidad, mejor

dicho, vió alguna vez alguna cosa primordial, no cabe duda.

Repitamos, sin embargo, que ese Dante, animoso viajero o explorador, también ha andado por la muerte sin pasar por la propia, como Segismundo. No puede, pues, decirnos tampoco por experiencia lo que es morir; si es o nó dormir, soñar, despertar; no es un testigo propiamente. El se encuentra con la muerte, si tal puede llamarse su inmersión en la selva oscura, cuando nada en él está transmutado, ni en su cuerpo ni en su alma; "en medio del camino de su vida", en el pleno ejercicio de sus facultades intelectivas, volitivas, imaginativas, tales cual están en todos nosotros.

No sé si Dante estaba o nó narcotizado como Segismundo. Muy del caso sería poner en claro si eso que se llama inspiración, dios interior o como se llame, que emerge de los sentidos y da sus materiales a la voluntad, y que asiste, según dicen, a los poetas, es o nó la embriaguez de un narcótico; pero la realidad con que Dante se encuentra en *la ciudad doliente* no parece tener menos consistencia que la con que se halló Segismundo, al despertar, en el palacio de su padre el rey.

El grande italiano acompañado de la persona impalpable de Virgilio, el latino, que es *un*

aparecido, un cuerpo que recobra algunos, pero no todos, de sus viejos accidentes, anda, como sabemos, entre las otras sombras; pero haciendo sombra él mismo, es decir, no siéndolo, no siendo sombra como su compañero; conservando todos sus accidentes. Los huesos no se han despojado de su carne; la barca de los espíritus no hecha al peso de los cuerpos, casi se hunde al del poeta vivo; su inteligencia, su imaginación, su voluntad, están en pleno ejercicio; su memoria está bien despierta; lo están sus pasiones, más o menos templadas, pero vivas. No regresa, pues, de la muerte, ni son sus ensueños otra cosa que la proyección de su vida. Ellos forman su *comedia;* el cuadro del otro mundo visto desde el actual y vice-versa; las cosas bajo la forma de eternidad *"sub specie eterni";* pero hechas de la materia de que están hechos los sueños del tiempo; son materia como cualquier otra, por tenuísima que sea.

La *Comedia* del italiano es, pues, la de la vida universal, en que la muerte es una intersección, y que afluye, por todos los caminos, a la unidad o eternidad, definida por Boecio, el latino, como "la posesión total, simultánea y perfecta de la vida interminable". *Interminabilis vita tota simul et perfecta posetio.* La eternidad nos espera con paciencia; la hallaremos, *al fin,*

como la hallamos *al principio;* vivimos entre dos eternidades. Pasado y presente; reposo y movimiento, son relaciones, relatividad, nada. como principio y fin... nada.

Ese es el realismo ú objetivismo de Dante; la realidad de todo el universo; no sólo del visible sino del invisible; no del posible solamente, sino también del imposible; realidad proyectada en la retina espiritual. Tan natural es morir como nacer, oímos decir a Bacón. Y así es. Lo puramente real y lo puramente ideal son dos abstracciones, en resumidas cuentas, si bien se mira; dos abstracciones. Toda realidad lleva en sí misma un ideal, y éste, realidad futura para el tiempo, es realidad absoluta, siempre presente, o no es nada, allí donde el tiempo no existe. ¿Quién ha penetrado en lo intenso de la frase "consumación de los tiempos?".

No hay más realidad que lo ideal: la eterna idea, *el Ser que es,* que *"es todas las cosas",* las visibles y las invisibles, las creadas y las increadas, la sola realidad absoluta, necesaria. Para el que carece del sentido intuitivo que distingue al poeta, eso conduce a aquel engaño de creer que, si ese Ser *es todas las cosas,* todas las cosas son divinas, adorables, dioses o dios. No caeremos nosotros en tan candoroso engaño o falacia. No queremos nosotros decir tal cosa, ni cosa pareci-

da. Ese Ser es todas las cosas, todas *las posibilidades* inclusive: todas están en él, las posibilidades que son infinitas y que son ideas, es decir, realidades... las solas realidades. También esto debe ser bien entendido; nos invita, cuando menos, al *deleite del raciocinio,* obra de arte, suprema belleza. No se posee la verdad; se es poseído por ella. Lo que se llama contemplación desinteresada.

El conocimiento en nosotros, en el hombre, es relación entre un sujeto y un objeto. Las cosas son realización de una idea, que está en ellas; realidades, pues; pero distintas de la simple posibilidad primordial. Extraer esa idea y hacerla propia es conocer la cosa. Como el vaho de alcohol que se hace llama, la idea que está en el objeto, fuera de nosotros, *arde en nosotros,* se hace conocimiento, luz de luz. Así conocemos. El anhelo aquel de Fray Luis de León de "aprender y abrazar la máquina del universo, y reducir a unidad la muchedumbre de las diferencias" es, en nosotros, función divina; pero no por eso somos la divinidad.

El invierno en el hombre y en la naturaleza, es una ansia de sol; la sed no es otra cosa que una ausencia de agua deseada. El frío no es nada; es relación, falta de calor. La muerte es frío, relación... no es nada, en el mundo de lo abso-

luto. La belleza está en lo que no existe; es también algo que sale de las cosas, y se hace luz en nosotros, y calor y sonido ... añoranza.

No analices demasiado estas ideas; óyelas, como si fueran una música vaga, imprecisa, que pasa en una ráfaga. Incorpora a ellas tu pensamiento, y sigue; déjate llevar hacia la verdad inaccesible o belleza; hacia la tierra prometida, que es siempre aquella en que no se está. No bien pisas una tierra, se desvanece en ella la *promesa*, se va la belleza, que es promesa precisamente, o esperanza, anuncio o toque de atención indefinido.

III

El enorme monólogo de Dante, que parece no tener nada que ver con el de Hamlet, lo tiene tanto, sin embargo, que el poema de aquél no es otra cosa, bien mirado, que el problema del monólogo: Morir... ¿dormir?... ¿despertar?...

Dante vió a Hamlet, mucho antes que Shakespeare, entre aquellos que encontró en su camino, árboles tortuosos, de cuyas ramas, cuando se las rompía, salían palabras y sangre juntamente; gritaban, se quejaban, apostrofaban. En esos árboles palpitaban las almas que se habían arrancado ellas mismas de sus cuerpos, y que

son arrojadas por Minos al séptimo cerco. Allí, en la selva que ellos forman, esos, los suicidas, germinan como granos, y se hacen árboles dolorosos llenos de lágrimas y quejidos; las harpías, los mirones pájaros centinelas o carceleros, lechuzas mudas, les arrancan las hojas, que, llevadas por el viento negro, no volverán jamás a reunirse. El monólogo de esa selva, cuando se queda sola, es más profundo que el de Hamlet.

Lo cierto es que no hay tal alternativa de ser o no ser. El no ser no existe; la muerte es nada, dijimos; pero no es lo mismo ser nada, que no ser. Somos nada; pero el hombre no puede crear la nada.

Lo entre las cosas, átomos o estrellas, es tan real como las cosas mismas, estrellas o átomos, e infinitamente más grande. Toda cifra es cero al lado de lo infinito. No serían las estrellas una realidad si no vivieran en otra realidad. ¡Lo entre las cosas!

La tendencia congénita del hombre primitivo a adorar al sol como a un dios entraña una confusa verdad. El sol no es un dios; pero el *Nombre de Dios* puede ser Sol. Adorar al astro puede ser una forma de santificar el *Nombre de Dios* o su presencia entre las cosas visibles e invisibles; buscar su reino, el dominio de su voluntad ...

"Tu nombre es mujer", dice Shakespeare a la "Fragilidad". Tu nombre es sol, mar, firmamento, eterna fuerza germinadora, conservadora, ¡oh Ser que eres todas las cosas!

Ya no digo con un simple punzón, como lo dice Hamlet, pero ni con todos los rayos de Júpiter podría el hombre alcanzar el propio reposo en el no ser, en el dormir de la nada; la nada no duerme...

La acción épica de la *Comedia Divina* del altísimo florentino no es otra cosa que la eternidad del Ser, de la vida.

El serio problema, no está en la alternativa de Hamlet; no entre el *ser* y el *no ser* abstractos, sino entre el bien o ser concreto, y el mal, que es negación; entre el espíritu y la materia, la unidad y la dispersión, el amor y el odio, los ángeles y los demonios. Ese es el antagonismo, la batalla. Una constante ascención de la carne al espíritu, el espíritu *descorporizándose,* dice De Sanctis, idealizándose hasta Dios, Espíritu absoluto, Verdad, Bondad, Unidad, Belleza, último ideal, Vida eterna.

Ese es el *Drama Divino* o *Comedia* de Dante, el italiano, cuyos versos, llenos de relámpagos, rasgan el misterio de las grandes aguas que están sobre las nubes, y vuelven a cubrirlas; apagan el sol y lo encienden, como pájaros que cruzan

ante un faro de noche. Como espíritus sobre las aguas, quedan flotando encendidas, sobre la superficie sin fondo de ese poema, las palabras inauditas. Aquellas de Virgilio, ante el cuadro de ciertos habitantes de la Ciudad doliente *"Esos no tienen la esperanza de morir"* son palabras que dan en la cabeza como piedras de una honda. *¡Non hanno speranza di morte!*

La impotencia, precisamente, de optar entre ser y no ser, confundido este con la nada, es lo que constituye el suplicio o mayor dolor de aquellos condenados a vivir, "que llaman a gritos la segunda muerte" que creen poder dar con una distinta de la primera, más muerte, más nada. Y el todo los envuelve y arrebata como el remolino; flotan entre dos eternidades... La verdad, que es día para unos, luz perfecta, es noche para otros: noche de la verdad: lo que es "antes" para unos es "después" para otros; según el estado de reposo o movimiento del espectador del fenómeno en el tiempo. Que no es lo mismo el tiempo físico que el psicológico. Sólo en Dios no hay antes ni después, visión y previsión, reposo y movimiento... relatividad. Todo eso es ilusión; *no es lo que es.*

IV

No será, pues, ese altísimo Dante quien pueda conducirnos a saber de la muerte mejor que los príncipes de Polonia o de Dinamarca; su espíritu no está más descorporizado que el de Hamlet o el de Segismundo; toda su obra está hecha, como hemos visto, de la materia de los sueños. La forma, sin embargo, es decir, "la cosa con exclusión de aquello de que está hecha", no es sueño sino realidad: es el alma de un hombre perfectamente vivo que se comunica; una inteligencia humana en combustión de ideas, en acción constructiva o raciocinio; una voluntad en fortísima presión ordenadora; una memoria que combina sensaciones pasadas, y hace de ellas imágenes para producir sensaciones nuevas; cuerpo y alma humanos en reacción creadora, en función natural, ordinaria. Y una pasión, por fin, en movimiento concéntrico, como núcleo y motor de toda vida, pasión con calor de sangre humana.

Eso es la obra de este artista o poeta Dante, como lo es la de todos los artistas o poetas que tienen la esperanza de morir, y la de sobrevivirse en el propio verbo: obra natural de forja, labor de vida, no de muerte, ni de resurrección.

SEGISMUNDO Y DANTE

Para que un sueño se forme bien en nuestra conciencia o subconciencia es menester estar completamente dormido, inerte; pero nunca es preciso estar más despierto que cuando se le quiere sacar de las tinieblas a la luz, madre de la forma, y darle la adaptable a los sentidos de los que velan; vigilante ha de estar la inteligencia, como el pájaro en el techo, ágil y clara la imaginación, fuerte la voluntad; libre, sobre todo. La luz es libertad; lo es el arte.

Bien es verdad que existen las intuiciones poéticas; el anillo de humo sostenido por su propia rotación. Pero la obra del artista, del poeta, no consiste tanto en ver pasar anillos giratorios, cuanto en detenerlos en la imagen, haciendo de la nebulosa estrella, y de la idea raciocinio. Este raciocinio del yo recóndito es regido por la lógica corriente: una fuerza superior pero no contraria a él, conglomera las ideas y las ordena con cadencia y número; pero esa fuerza emana siempre de la naturaleza psíquica, como el viento de la materia, como la luz o el sonido.

Dante es la fuerza de una libertad. La huella del golpe de su martillo formidable se ve en la estructura de sus estrofas. De sus verbos, penetrantes como espadas o aguijones, y de sus adjetivos, duros como piedras, salen las imágenes escuetas, como árboles secos, o peñascos. Nada

hay en él que no sea fuerte, sano, sincero. El artificio, que es un esfuerzo, pero no una fuerza, no ha intervenido en esa obra de la gran naturaleza psíquica que pare sin dolor; pero toda lo es de la naturaleza. Aun el dios interior es creación del hombre, como todos *los dioses*. Sólo Dios es Dios.

No es un descorporizado, por lo tanto, ese Dante Alighieri. Para serlo en absoluto, para estar en el secreto de la muerte, o cesación de las fuerzas naturales, movimiento, sonido, color, estado térmico, es preciso perder, no sólo el cuerpo y sus sentidos, sino las potencias, las intelectivas, las volitivas, el albedrío, sin por eso perder la actividad, vida orgánica, con sus operaciones esenciales.

Una criatura así descorporizada no es un muerto, propiamente; pero es, entre los vivos, la que, como más próxima a la muerte, puede decirnos de ella lo que nadie.

Esas criaturas existen en la realidad: son las que viven lo que se llama vida mística o super-racional, las que mueren porque no mueren.

No son inverosímiles, por cierto, esas tales criaturas o tipos de belleza espiritual; no son inverosímiles para quien ha seguido la escala ascendente de la vida a la muerte, de lo humano a lo divino, que suben dentro de sí mismos los

poetas hasta llegar al genio, tan parecido a la muerte. No sólo no son inverosímiles, sino que, seres intermedios entre los vivos y los muertos, entre los dormidos y los definitivamente despiertos, ni deliran ni razonan; ven, contemplan. Sus creaciones no son "de la materia de que se hacen los sueños", ni tampoco de la de que las realidades sensibles están formadas; hablan en una lengua simplicísima, extranjera en todas partes, y en todas partes comprensible, clara, todo armoniosa ... En esa lengua hablaba Santa Teresa de Jesús, la mujer más armoniosa que ha existido, y que no era un poeta, por cierto, como Dante. Era otra cosa más grande, y completamente distinta... completamente distinta.

Montevideo.

La religión de América

LA RELIGION DE AMERICA

(*De un libro inédito*)

I

En el curso de estos mis pensamientos sobre cosas de América, ha estado apareciendo a cada paso en mi memoria la de un hermano predilecto, que, vinculado a mí por la lengua española, lo está más aún, y merced a ella en gran parte, por la fe religiosa: la católica, que ambos, por dicha, profesamos. Yo bien me sé que he podido perturbar el bienestar espiritual de ese mi hermano con mi buena voluntad hacia la rama inglesa del mundo americano.

Pero no me pesa. Es conveniente inquietar un poco las conciencias demasiado inertes en sus rutinas, que, muchas veces, confunden algunos con las virtudes, y no pocos con los mismos dogmas. Yo no sé, sin embargo, si no es más de culpar el que impone una obediencia que no le es debida que el que desobedece a la legítima autoridad. Son dos desobediencias, a cual peor,

si bien se mira; dos perturbaciones del orden.

Mi buen hermano ha sufrido escándalo de mí, ante la idea de que aquella tierra americana de lengua inglesa, lo es de una nación protestante, como lo es, en su concepto, la lengua misma; como lo fueron sus héroes, que yo reverencio.

¿No es en la Iglesia Católica donde el viejo Evangelio se conserva incólume? ¿Y no es España, nuestra madre patria, en contraposición con Inglaterra, progenitora de Estados Unidos, *la nación católica, por antonomasia?* La América española es también, por lo tanto, la católica, en oposición a la inglesa. Son, por consiguiente, fundamentalmente antagónicas, refractarias, insolubles.

He ahí un interesante problema, a la verdad, que es bien nos detengamos a examinar, por más que sean los menos, si no me equivoco, los que invocan tal causa de divorcio o antagonismo. Son más los que la desdeñan, y los que, si la invocan, no lo hacen con sinceridad; no es esa la causa de su antipatía, pues llegan hasta atribuir al catolicismo el retraso económico de España. El hermano con quien hablo es sincero, y por eso lo tomo muy en cuenta. Y entremos al problema.

Sobre que sea el Catolicismo, la Iglesia universal, el único depositario del Evangelio incólu-

me, sobre eso no puede cabernos la menor duda. Es cosa bien sabida y averiguada, y huelgan aquí las demostraciones, como huelga la de la segura permanencia, hasta la consumación de los tiempos, de la Divina Institución de Cristo. No hay ni puede haber más que *Una*; una, universal, apostólica. No puede confundirse.

Pero no pasa otro tanto sobre que la América inglesa sea una nación protestante, aunque lo fué en su origen, puritana. Tampoco sobre que España sea, aquende y allende el Atlántico, *la nación católica por antonomasia,* por más que esto último haya llegado a tener, entre nosotros, a fuerza de desearlo, casi el carácter de un aforismo, cuando no el de un artículo de fe.

No como tal, pero como postulado histórico, podemos afirmar, eso sí, que Inglaterra es hoy, desde hace tres largos siglos, una nación protestante, es decir, que dejó de ser romana espiritualmente, como lo había sido hasta entonces, para ser enemiga de Roma, del Pontífice romano, mejor dicho. Y que fué eso, sobre todo, lo que la divorció de España; dicho sea en honor de la verdad, y también de España.

Si bien su separación de la unidad cristiana no fué, como sabemos, un movimiento popular, en Inglaterra, y mucho menos democrático, sino un cisma promovido por el rey, *una pro-*

testa o negación determinante de un cambio en la organización económica de aquel país, lo cierto es que el rey, cuya fué la protesta, arrastró consigo a su nobleza o aristocracia, su *gentry*, y, con ésta, al clero y al pueblo inglés. Este hubo de conraturalizarse con la idea de que patria inglesa y negación de Roma, odio al papado, eran la misma cosa. Puede eso llamarse allí la fe nacional, fatalmente inoculada en un pueblo imbuído en la malhadada creencia de que la persona del rey es cosa sagrada, un hombre de sangre especial, ungido directamente de Dios, sin intermedio de nadie; del pueblo menos que de nadie, por supuesto. Fue esa la doctrina de los teólogos protestantes, contrapuesta a la católica, que sostuvo contra ellos el cardenal Roberto Belarmino, en controversia célebre. La buena doctrina se encarnó, en el arte, en aquel *Alcalde de Zalamea*, hombre de democracia, de pura cepa española, según el cual "al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero no lo que, como *patrimonio del alma*, es sólo de Dios: la conciencia, el honor, la fe". El pueblo inglés hubo de dar la suya al rey: su fe romana secular.

Desde entonces se ha quedado sin ella, eso es lo cierto; sin esa fe romana, de la que nada quiere saber, y nada sabe generalmente. "El inglés de hoy, dice H. Belloc, miembro del parla-

mento británico, y serio pensador, se imagina, como se han imaginado sus abuelos de seis generaciones, que el poder de la Iglesia es un conflicto inmediato con el poder de la patria; considera la fe como incompatible con la existencia nacional de Inglaterra. El patriotismo inglés se ofende de los títulos que hace valer la Iglesia; y, en el mundo entero, desconfía de todo lo que pertenece a la organización católica."

Y no sabe ni quiere saber de otra cosa; eso es lo cierto. "La Iglesia Católica, dice el mismo Belloc, es ignorada a tal punto por los ingleses, aún por los más instruídos, que si se quiere dar una idea de esa ignorancia a los extranjeros, uno se expone a no ser tomado en serio. En cualquier otro país moderno, esta descripción pasa por fantástica, y el que la hace es considerado como un desequilibrado o un amigo de la hipérbole." Cita, a ese respecto, muchos y muy curiosos casos, que, efectivamente, convencen.

Eso es, pues, lo que ha pasado y pasa en Inglaterra, y hecho de ella lo que puede llamarse *una nación protestante*. Y como su población no acrece por inmigración de otros pueblos, sino que está encerrada en sí misma, el regreso a la fe perdida, si bien seguro, tiene que ser lento;

remota la esperanza que en él puede cifrar la cristiandad.

Pero no ocurre otro tanto, ni cosa parecida, en la América inglesa. Los Estados Unidos no son Inglaterra, ni política ni espiritualmente; lo son menos que nosotros España; mucho menos. Lo primero que aquel pueblo rompió, efectivamente, al dejar de ser colonia inglesa, fué su vínculo espiritual con la metrópoli, con el rey pontífice, cuya *protesta* contra Roma no hizo propia como base de la nación. "Tomando por testigo de la rectitud de nuestras intenciones al Juez Supremo del Universo, dijeron sus representantes al emanciparse, publicamos y declaramos, *en nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas colonias,* que las Colonias Unidas son y tienen derecho a ser estados libres e independientes; que están desligadas de toda obediencia a la corona de la Gran Bretaña; que todo lazo político entre ellos y la Gran Bretaña está y debe estar completamente desatado..." Y terminan: "Poseídos de firme confianza en la Divina Providencia, comprometemos, para el cumplimiento de esta *Declaración* nuestras vidas, nuestras fortunas, y nuestro bien más sagrado: el honor."

Concluye, pues, allí, la *protesta* contra Roma, el odio a Roma hecho base de una sociedad o nación. La democrática que nace entonces en América, aunque de lengua inglesa, no descansa en aquella negación, ni en otra alguna; tiene un ideal sustantivo, esencial, cristiano: la libertad; el patriotismo de sus hijos no ve un conflicto, ni cosa que se le parezca, entre el poder de su patria y el de la Iglesia; no sigue la fe de ningún rey sustituída a la propia, a la de su pueblo, origen inmediato de la autoridad.

No percibe cosas hondas quien no ve que es en eso, en ser la una protestante y la otra nó, donde debe buscarse, y se encontrará, la mayor causa de separación entre Inglaterra y Estados Unidos, naciones más separadas entre sí, por esa causa, que lo que pueden estarlo los Estados Unidos de la América española. No ha visto eso Lloyd George, el inglés, con tener tan buena vista, en general, cuando, en su visita a Estados Unidos, dijo a éstos que "la asociación entre las poderosas iglesias protestantes de ambos lados del Atlántico se está haciendo cada año más estrecha y más íntima; y que, dado el hecho de que las dos terceras partes de Estados Unidos reciben la misma preparación espiritual que la Gran Bretaña, ello debe producir el efecto de dar la misma dirección a las perspectivas y a la visión

de ambas naciones." Ese es sentimiento inglés; pero no estadouniense, obsérvese bien.

Lloyd George llegó hasta creer que eso podía ser la base de una alianza política de los pueblos de lengua inglesa para impedir una nueva guerra en la humanidad; pero Estados Unidos no piensa ni remotamente así: ni se cree allí en esa preparación espiritual de que habla el inglés, ni menos en sus consecuencias prácticas.

Mejor ve las cosas Poincaré, el francés, cuando, en sus controversias con Lloyd George, hace advertir que éste, *"sea por razones religiosas,* sea por otros motivos, siempre ha parecido querer poco a Polonia". Así es, efectivamente; Polonia, lo mismo que Irlanda, han sido miradas de muy distinto modo en Inglaterra y en Estados Unidos. Es en Estados Unidos donde el pueblo irlandés ha hallado siempre su refugio y su apoyo y difundido su noble estirpe. Y la causa es esa: que Inglaterra es protestante, y Estados Unidos nó.

Muy poco esfuerzo mental es necesario para percibir la distancia espiritual entre Inglaterra y Estados Unidos. El acercamiento de las iglesias protestantes con la católica romana, que ofrece en Inglaterra dificultades insuperables, al parecer, es tratado en Estados Unidos como la

cosa más natural del mundo. Nadie juzga allí que eso sea antipatriótico.

Yo no doy más trascendencia de lo regular a los sucesos de todos los días, cambiantes y varios; pero el de ese congreso de eclesiásticos del rito episcopal protestante, que acaba de celebrarse en Filadelfia ahora, en 1924, merece aquí mención. Tomaron parte en él varios obispos, y unos setecientos párrocos anglicanos del mismo rito. El orador principal, el párroco Darry, de Nueva York, propuso a la asamblea el siguiente voto, que fué aceptado con unánimes aplausos:

"Nosotros podemos aceptar, como base para tratar con Roma, este principio: *El primado de San Pedro y de los obispos de Roma es precisamente por derecho divino.*"

Y en la peroración siguiente, después de la conferencia, dijo: "Debemos librarnos de nuestros prejuicios, y abandonar nuestra posición hostil a Roma. De nuestros prejuicios tradicionales nada bueno podemos esperar. Por el contrario, debemos buscar una solución de los problemas que nos separan."

Pero si Lloyd George no ve bien en este asunto, creo que no ven mucho más claro los que, como aquel coronel Roosevelt, el famoso presidente de la Unión que nos visitó años pasados, en

1912, llegan a creer que la irrupción espiritual protestante en la América española podría ser el paso previo de la material o imperialista, como suele llamarse, de Estados Unidos en el continente. Teodoro Roosevelt, que pasó como una tromba, después de sus cacerías en Africa, por estas nuestras Américas australes, nos dejó sus fuertes palabras en ese sentido. Dijo algunas de ellas cuando viajaba por Patagonia con Francisco Moreno, ciudadano ilustre de la República Argentina. En el sur lejano, a orillas del lago Nahuel Huapí, pensaban los viajeros, por pensar en algo mientras andaban, en el porvenir de este hemisferio. La soledad, el desierto, toda la naturaleza, invitaban al recogimiento de la verdad. Moreno preguntaba entonces a Roosevelt, en la intimidad: "¿Cree Vd., coronel, en una absorción relativamente rápida de estos países latinos por Estados Unidos?"

— "La creo larga y muy difícil, contestó Roosevelt, mientras estos países sean católicos".

El intrépido coronel, y con él todos los que sueñan en esa conquista espiritual, como previa a la política, de la América hispánica por la inglesa, cuentan con el abandono, por parte de los hispanoamericanos, de ése que juzgan, y no sin causa, el baluarte principal de la familia latina, romana o románica, mejor dicho. Pero sin con-

tar con las fuerzas ignotas, misteriosas, supernaturales, que cualquiera advierte como sostén del catolicismo, ellos no se dan cuenta de esa sociológica, natural, que yo aquí sugiero, y se ve con claridad: el triunfo del protestantismo lo es de Inglaterra, por ahora; pero no de Estados Unidos. Y Estados Unidos no tiene porqué ni para qué luchar por el predominio político de Inglaterra en América; preferirá, en todo caso, el de España, si fuera posible.

Ya he dicho que no sería sorprendente ver futuros aliados contra la Gran Bretaña en España y Estados Unidos, como lo fueron en el pasado, en las guerras de la independencia anglo-americana, nada menos: Gálvez y Wáshington.

El progreso, en cambio, del catolicismo en Estados Unidos, que es un hecho del que hablaremos algo, sería la contrainvasión del mundo nuestro románico, opuesta a la conquista espiritual que contra él se proyecta, si es que tal proyecto existe en serio; sería la conquista de Estados Unidos por nosotros.

Si, pues, los que trabajan por evangelizar desde Estados Unidos la América española no lo hacen para salvar almas sino para ganar tierras, están perdiendo lastimosamente el tiempo.

Y que no lo hacen para salvar almas parece más que verosímil. No se explica, efectiva-

mente, por qué esos misioneros vienen a convertir almas al cristianismo entre nosotros, teniendo, como tienen, tantos millones qué convertir en la propia tierra, donde sesenta millones de los ciento que forman su población son ateos o indiferentes; verdaderos infieles. Tanto valdría enviar desde aquí misioneros de lengua española a reducir a la fe a esos millones de infieles de lengua inglesa habitantes de Norte América. Que si bien aquí no sobran los salvadores de almas, tampoco los hay de sobra por allá ni mucho menos; allá, como aquí, la mies es grande y los trabajadores pocos.

Es muy de advertir que de Estados Unidos no nos vienen misioneros cristianos católicos, que serían los más aptos para reducir al cristianismo a estos países, si son realmente infieles. Pero nó. Jamás a un angloamericano de religión católica se le ha ocurrido venir a evangelizar la América española; sólo los metodistas, anglicanos, presbitrianos, luteranos, tienen tal idea.

Y no es que los católicos de los Estados Unidos no tengan el celo por la propagación de la fe, que es inseparable de la verdadera; lo tienen, y admirable; pero ellos la llevan a los paganos; el número de misioneros católicos norte americanos entre los chinos, por ejemplo,

excede hoy de mil; doce millones de conversiones de chinos han sido obtenidas por ellos. No conozco las conseguidas entre nosotros para la secta metodista, anglicana, luterana, etc., que parecen ayudadas por esa institución masónica, la jurada enemiga, y más poderosa, del catolicismo, como sabemos, tan difundida por allá.

Eso tiene que llamar mucho la atención de todo el mundo, por supuesto; pero no la llama menos el hecho de que los enemigos de Estados Unidos, muy numerosos en nuestra América Española, se encuentren, como se encuentran, lo mismo entre los católicos que entre los anticatólicos más acérrimos. No es, pues, a las claras, el espíritu religioso, ni siquiera el espíritu, lo que conglomera e inspira ese gran conjunto de hombres; no es el desinterés, la gloria de Dios, lo que forma ese ejército, aunque así lo juzguen los creyentes de buena fé. Yo veo que es un materialista, un anarquista, el que está concitando a la guerra contra Estados Unidos, en defensa de Méjico, a todos los pueblos hispanoamericanos. Invoca la causa común, el común origen, los comunes ideales o destinos... ¿De qué Méjico hablará ese hombre? ¿De qué causa común?

Bien será analicemos esas voces antes de incorporarnos a esa causa común, como lo haremos siempre que una hermana esté efectivamente

en peligro, en peligro espiritual sobre todo, en el de ser perdida para el ideal de la familia hispánica, que, por eso precisamente, por ser más espiritual, sería superior al de la otra familia, y más digno de ser perseguido.

Esos que gritan no piensan como Roosevelt, quizá; no creen que sea el ser naciones católicas lo que, frente a Estados Unidos, asegura la vida de las hispano americanas; pero bien puede haber quien, pensando como Roosevelt, vea en los que quieren estirpar aquí el catolicismo, en los que hablan en español sobre todo, los aliados más poderosos de la conquistadora expansión angloamericana, como lo juzga Roosevelt.

Yo de mí sé decir que me siento sin cuidado, esa es la verdad, y, sobre todo, que no me encuentro dispuesto a confiar la defensa de nuestra estirpe hispánica o ibérica a ese hombre materialista que vocifera en defensa de Méjico, nuestra hermana. Mucho me temo que estén en Méjico, precisamente, entre los mejicanos mis hermanos, los aliados del genio angloamericano que pugna con el hispánico de América.

Recordemos que, al rayar la independencia de nuestro continente, Inglaterra, la vencedora de España en Trafalgar, la dueña, desde entonces, de los mares, la nación protestante de que hemos hablado, emprendió francamente la con-

quista de las colonias españolas, la nuestra, la del Río de la Plata, sobre todo: Buenos Aires, Montevideo. Eso si que era *imperialismo;* más que la doctrina de Monroe por cierto, y más que las intervenciones y reclamaciones de nuestros días. A haber triunfado entonces Inglaterra, hoy hablaríamos en inglés en ambas márgenes del Plata, no nos quepa duda; seríamos metodistas, anglicanos, puritanos ... ¡qué se yo! lo seríamos todo, menos católicos o papistas.

Pero no triunfó Inglaterra, felizmente, sino América, toda la América, la inglesa inclusive. Y es a eso a lo que debemos el tener felizmente el catolicismo aquí, en la América española, como fundamento sociológico, y el *no protestantismo* allá, en la inglesa, donde, a la sombra de la libertad democrática, se libran las batallas del espíritu; donde los hispanoamericanos, consecuentes con el principio católico que defendieron nuestros abuelos, identificado con nuestra independencia, contra el imperialismo protestante inglés, tenemos nuestros más fieles aliados en los veinte millones de católicos o más que allí viven con mayores derechos que los que vivimos acá.

No creo, pues, aventurado afirmar que aquella hora del 4 de Julio de 1760, en que el pueblo angloamericano, poniendo al Juez Supremo del Universo por testigo de la rectitud de sus

intenciones, se desligó de toda obediencia a la corona de la Gran Bretaña, fué la hora prima del regreso del mundo de lengua inglesa, *english speaking world*, a la unidad cristiana; juzgo que es ése el más hondo significado de aquella fecha. La independencia de Estados Unidos es, ante todo, una grande efeméride de la cristiandad, y por nadie con más alegría que por los hombres católicos, cualquier sea su patria, puede ser celebrada como lo hace Gibbons, que, irlandés de origen, y obispo, y cardenal de la Iglesia, ha llegado a ser, en el concepto de Harding y de Wilson, protestantes y presidentes de Estados Unidos, "el más alto tipo de ciudadano americano; *the finest type of citezin*".

Eso, que jamás hubiera acontecido en Inglaterra, no se ha realizado por obra de conversiones, ha dicho uno. Nó, no se ha realizado por conversiones individuales; los reyes ingleses no lo hubieran realizado, así se hubieran convertido, uno a uno, con individual fervor. Un rey arrebató a aquel pueblo su fé; pero no hubiera sido otro rey quien hubiera podido devolvérsela. Era preciso que naciera de la madre Democracia un nuevo pueblo de lengua inglesa, y libre, perfectamente libre, abierto a todos los hombres, y que tuviera el honor como "su más sagrado bien",

para que recomenzara en él la vieja historia de Inglaterra.

II

Puede bastarnos con lo dicho, me parece, para dejar esclarecido el primero de nuestros extremos: *los Estados Unidos no son una nación protestante*. Y para que pasemos a examinar el otro, no menos serio: el de que sea España, no sólo una nación católica, (que sí lo es) pero la que más incólume haya conservado, para sí misma y para sus hijas americanas, y puesto por obra el Evangelio, siendo, *por eso,* la rival de Estados Unidos.

No seré yo, a buen seguro, quien se apresure a arrebatar a la grande España, nuestra buena madre patria, ese título de nación católica por excelencia, que bien puede fundarse en una larga historia y muy gloriosa. Pero hemos de convenir en que es demasiado título para que no le sea disputado por alguno, y aun por más de uno: Italia, por ejemplo, Francia, Austria misma, Polonia, Irlanda... en fin, son muchos los que reclamarían, no sin títulos, ser oídos, cuando menos, en esta controversia.

Estados Unidos... Convengamos en que los Estados Unidos no pretenderán entrar, por aho-

ra, en la competencia; su historia es corta. Y, sin embargo... Los fundadores de esa nación angloamericana fueron protestantes, efectivamente, como hemos dicho, fanáticos puritanos; ella no recibió, como las nuestras hispánicas, la herencia de la fé; los santos ingleses están en la vieja Inglaterra católica; en la Isla de los Santos. No es de extrañar, por ende, que, los grandes angloamericanos, Wáshington, Lincoln, no sean católicos, como los nuestros.

Pero hay un hecho que no se pone hoy en duda: en medio de los prodigiosos adelantos materiales de aquel país; en el desarrollo allí del cristianismo, que es su base moral, es el credo católico, comenzado por una imperceptible vibración, el que ha llegado a constituir el núcleo de rotación centrífuga de la fé religiosa, casi identificada con la fé nacional republicana en aquel pueblo, mientras los demás credos se dispersan en mil sectas. Los progresos del catolicismo no sólo han coexistido con los materiales de Estados Unidos, sino que han sido éstos, puede decirse con el cardenal Gibbons, el instrumento del Espíritu. No se conoce, efectivamente, en la historia de la Iglesia universal, una conglomeración de almas que supere a ésa, ni que la iguale en los tiempos modernos. Un siglo de libertad democrática ha bastado para que la Religión Católica,

que allí no existía, y que la madre inglesa considerara como la enemiga de la patria, haya llegado a ocupar, como ocupa, sin lugar a duda, el primer puesto entre las allí profesadas. "Hace cien años dice *"L' Osservatore Romano"*, había apenas en Estados Unidos unos quince mil católicos; hoy son veinticinco millones. Hay en Nueva York, agrega, cerca de dos millones y medio de católicos, *la mayor agrupación católica del mundo"*. Y el mismo *"Osservatore"* nos hace advertir que es en los estados más adelantados precisamente, Boston, Filadelfia, Nueva York, donde la proporción de católicos es más considerable. En Boston, el setenta y cinco por ciento de la población es católico, dice; lo es el setenta y dos por ciento en Filadelfia; el cincuenta y dos en Nueva York.

No soy de los más creyentes, debo confesarlo, en la exactitud y trascendencia de los cuadros estadísticos o demográficos; vayan esos por cuenta del *"Osservatore Romano"*, testimonio bien respetable, por otra parte. Por la mía, baste el hecho que todos ven y palpan; millón más, millón menos, es lo cierto que hoy se cuentan por millones los católicos de lengua inglesa, los que aprenden en inglés el Evangelio incólume de dos mil años de que habla el poeta. Sin la independencia de Estados Unidos, esa cifra esta-

ría reducida a la décima parte; a la centésima quizá, como en Inglaterra, como en sus colonias no emancipadas. No se dirá, por cierto, que eso haya provenido de extraño concurso material proveniente de Roma, semejante al que reciben de Londres, por ejemplo, y también de Estados Unidos, los protestantes de la América española. En Estados Unidos, lejos de recibir apoyo pecuniario de Roma, los católicos envían el suyo a Roma, constante, munífico, como es sabido. Tampoco se dirá que es la inercia de los protestantes la que en eso influye. Que son de protestantes las fortunas y las donaciones inauditas en pro de la difusión de su credo, como antes lo recordamos.

Yo bien me sé, que hay quien dice que esos católicos yanquis no son buenos católicos; que no son tan buenos como nosotros, cuando menos. Yo me guardaré bien de decir semejante cosa, que me parecería una temeridad, si no me pareciera, como ante todo me parece, una simpleza. ¿Por qué no han de ser tan buenos como nosotros, a pesar de las divergencias accidentales de carácter, de costumbres, de régimen de vida? ¡Son los mejores del mundo! me decía, casi ofendido por la duda, un anciano sacerdote, jesuíta, alemán, maestro muchos años en Nueva York, a quien yo, deseoso de verdad y confundido

por las contradicciones corrientes, pedía un informe concreto, en conciencia, sobre el asunto. Tampoco creo que esa sea toda la verdad; mucho decir es eso, ¡los mejores del mundo! Pero bástenos con convenir en que son tan buenos como los mejores, como nosotros, si nosotros somos tales. Que no lo sé a ciencia cierta, dicho sea de paso; no lo sé a ciencia cierta.

No entremos, pues, a fallar en esa competencia; no resolvamos, por ahora, tan arduo problema; el solo plantearlo es ya una novedad para muchos, que acaso no han pensado en la influencia de Estados Unidos en el gobierno de la Iglesia Católica. Cinco cardenales angloamericanos, forman ya parte del Sacro Colegio. Es una representación igual a la de España y a la de Francia. La América española no la tiene aún, pese a los deseos del rey de España; el único cardenal de la familia ibérica es el de lengua portuguesa; ha cabido ese honor al Brasil, nuestro hermano, que está correspondiendo a él con decoro.

Pero si no ha llegado, se acerca, o mucho me equivoco, el momento en que esa nueva nación angloamericana podrá entrar a disputar, con buenos títulos, el de nación católica por excelencia, ya no digo a nuestras hispánicas repúblicas,

donde aun las más prósperas y adelantadas, que son las que más han velado por conservar su herencia, no podrán competir con su grande hermana inglesa, pero aun a España, que se verá en serios aprietos, hay que confesarlo, para defender su título. La vieja Francia, la *fille ainée*, no sufrirá menos congojas, fuerza es decirlo, si es llamada a juicio... Y será de ver cómo defiende Italia, la primogénita, su dignidad de tal.

Muchos son los que entre nosotros viven sin el más mínimo cuidado ante ese fenómeno; muchos los que no sienten pena ni daño de ese atraso espiritual del habla española con relación a la inglesa en América; pero los que la sentimos, y no podemos consolarnos con ocultaciones, aforismos, o jactancias, somos los más obligados a investigar las causas de cómo y por qué nos va ganando tan visiblemente terreno esa nuestra fuerte hermana inglesa, y acercándose, cada vez más, a ser ella, y no nosotros, quien ofrezca al mundo las nuevas y más sabias interpretaciones anunciadas por el poeta del Evangelio incólume, que son las católicas, como todo el mundo lo sabe.

Los Estados Unidos no recibieron la herencia malversada por su madre patria; pero, por eso mismo, tienen menos de qué responder, cuenta menos estrecha qué rendir, según la parábola. Y nosotros, los mejorados en tercio y quinto, es-

tamos en el caso de ser menos severos con ellos que con nosotros mismos, y no más, como es frecuente. Los disidentes de allá tienen, ante todo, una ventaja sobre los nuestros, bien numerosos, que los hace respetables: no son apóstatas individualmente; puede y debe presumirse en ellos, por lo tanto, más aún que en los nuestros, la ignorancia invencible, la buena fé que es grata a Dios. Ellos, los cristianos de buena fé, que pertenecen sólo al alma de la Iglesia, están más cerca de nosotros, los que somos células vivas de su cuerpo místico, que nuestros cristianos materialistas o ateos más o menos prácticos; lo están más aún que los indiferentes o supersticiosos, y los idealistas imprecisos, y los cesaristas, y los anárquicos, tan difundidos en nuestro mundo romano, en el español inclusive, por supuesto. Llega uno a creer que son acaso aquéllos, más que éstos, los que preparan el advenimiento de un solo rebaño y un solo pastor, y que son nuestras apostasías y supersticiones, nuestros regalismos y confianzas puestas en el hombre, los que, tánto o más que las herejías calificadas, han mutilado o dispersado el rebaño.

Sin que ello signifique equiparar la verdad con el error objetivos, no debemos cerrar el camino hacia nosotros con inquietudes a esos nuestros hermanos en error, ni mucho menos hablar

de ellos como el fariseo del publicano: "Yo no soy como ése"... No sea que también nosotros, como los césares, tomemos la religión como *"instrumentum regni"*, o que caigamos en la "soberbia espiritual" de los presuntuosos, la más contraria a la caridad, y la que, muy amenudo, impide el advenimiento del reino de Dios. "El reino de Dios está en vosotros".

Se ha observado que, así como de la apostasía de un católico se forma un materialista pero no un protestante sincero, así de la conversión de éste suele formarse el católico más celoso y fiel. Yo veo en eso un horizonte iluminado en medio a las oscuridades. "Con la ayuda de Dios, dijo Lincoln, que ya recordamos, la nación renacerá a la libertad, y ésta no perecerá en tierra americana". Así debe esperarse en aquella América inglesa; pero si, como en la nuestra española, llegara a peligrar esa libertad por la reaparición del viejo espíritu inglés; si también allí quisiera levantar la cabeza el deforme o poliforme demonio del cesarismo, él hallaría a los cristianos parapetados no en viejas torres de piedras muertas, sino "en templos de piedras vivas y elegidas", almas humanas, que, según el ritual sagrado, son "los templos que el Señor construye para habitación de su eterna majestad".

Pero a nadie se le ocurre allí que tal pueda

acontecer; si el espíritu de persecución religiosa saca alguna vez allí la cabeza, se le mira como caso curioso, como *"de sello latino"*. Así he oído llamarle alguna vez. Yo le llamaría, más bien, de sello inglés protestante, la negación de Wáshington, de Lincoln, de todos sus sucesores, sin una sola excepción.

Ese cardenal Gibbons, por lo mismo que está convencido, como nosotros, de que es el catolicismo el depositario del Evangelio incólume, por eso mismo juzga que somos nosotros, los católicos, más que nadie, quienes estamos obligados a no entorpecer el camino de su verdad con nuestros errores, o culpas, o miedos; con nuestra fé puesta en los hombres; con nuestra falta de caridad, sobre todo. Maldito el hombre que en el hombre confía, ha dicho la Verdad Suma.

III

Para todo eso era necesario que el Nuevo Continente, nuestra América, se emancipara espiritualmente de los viejos dioses, dejando de ser colonia; que rechazara la intervención de los reyes y sus privilegios y pontificados, no sólo sobre las formas políticas, que son accidente, y sobre el dominio eminente de la tierra, que es material, sino sobre las conciencias, sobre las inteligencias y voluntades.

Y eso es lo que se ha de ver en el fondo más profundo de la llamada Doctrina de Monroe; es ésa, y no otra, la fuerza o virtud intrínseca, que, a pesar de sus falsas interpretaciones y aplicaciones, hace persistir esa palabra o frase, y prevalecer en América, aun en la española, que la invoca algunas veces, pese a todas las protestas: la nueva y más sabia interpretación del Evangelio que hay en ella; su espíritu recóndito, que sólo un pueblo nuevo, realmente emancipado, hubiera podido ver con claridad.

Los viejos, los pueblos contaminados de paganismo, no la veían, por que no veían por los propios ojos. Por sabidas se callan, y por largas de contar, las influencias nocivas, cuando no malintencionadas, de muchos de esos *patronos* o protectores de Dios, especie de pequeños dioses, que en el viejo mundo han sido; todos los cismas o desgarrones del cuerpo del cristianismo los han tenido por causa. Que en todas partes, lo mismo que en Inglaterra, no han sido los pobres pueblos, a buen seguro, los promotores de cismas o herejías, sino los que se han dicho dueños, por derecho propio, de tales pueblos; no lo ha sido la democracia, si ya no es la que se ha dicho heredera de los reyes, y continuadora de sus personas pontificiales, es

decir, colonia española espiritualmente. Eso de considerar la religión como instrumento, es una ofensa insoportable, un acto de menosprecio, tan ofensivo como la persecución; más ofensivo, me parece, más perjudicial sobre todo. Los dos últimos casos, el de la república francesa, transformada por la guerra, y el del imperio austriaco disuelto por ella, nos vienen muy a cuento. El gobierno republicano francés, instigado por los conciliábulos secretos, persigue las comunidades religiosas, rompe sus relaciones con el Papa, y todo lo demás que sabemos; el imperial austriaco, instigado por Alemania, también en secreto, penetra, con igual torpeza, en el cónclave elector del pontífice, con la perversa intención de hacerlo su instrumento. El cesarismo republicano cree aplastar a Aegir, a Thor, a Odino, los dioses norsos o germánicos, posados en la cabeza de Cristo, sin ver que en ella hiere el corazón de Francia; el monárquico austriaco se posa en la misma cabeza, y quiere atraer sobre ella toda la tempestad. No se sabe cual de ellos es peor. Pero mientras en España se sigue defendiendo por algunos católicos, para los reyes "católicos", *"el derecho histórico de veto sobre el Cónclave"*, radicado en la persona de esos monarcas; y mientras por otros, en Francia, se sigue reclamando igual cosa, y buscando su restauración, he aquí que apa-

rece ese pontífice Pío X, que, elegido precisamente cuando el veto de Austria se hizo pesar en favor de su elección, comienza por excomulgar, es decir, por declarar no católico, a todo aquel que se atreva a hacerse eco, ya no digo de un veto, pero de la más mínima intervención de poder alguno de la tierra, sea cual fuere su historia, en los cónclaves futuros.

En Estados Unidos nadie ha pensado, ni piensa en meterse en eso; nadie, como ocurre en las repúblicas hispano americanas, en decirse heredero del rey o de las concesiones que a éste hicieron los pontífices romanos.

Y es que las colonias inglesas dejaron de ser colonias en verdad, en toda verdad; no son herederas del rey en nada; no tienen más derechos ni más deberes que los propios. Nadie siente allí, por otra parte, el peligro de ser *demasiado religioso;* no hay peligro en ello, sino en lo contrario, para aquella gente; allí las guerras o persecuciones de religión son tan desconocidas como los patronatos; los cristianos, los católicos sobre todo, con fé en la madre democracia que los concibió a la vida política, no esperan el rey santo que vendrá de fuera del pueblo a salvar la sociedad. El gobernante bueno, cualquier sea su nombre o atributos, saldrá del pueblo bueno, de

los pobres evangelizados, de todos y cada uno de nosotros, y no viceversa; la unión entonces de la sociedad religiosa y de la civil, del alma con el cuerpo, que es y será siempre el ideal, en bien de la sociedad civil sobre todo, llegará a ser un hecho, una verdad, y no una muerta pragmática. La Iglesia tendrá menos que hacer entre tanto con los gobiernos, y más con los hombres. Y de hombres, que no de arcángeles, se forman los gobiernos.

Es esa la nueva luz que sale del Evangelio, que estaba en él, y que no en balde el poeta esperaba ver salir de nuestra América.

Estaba y está en el viejo Evangelio. Clamaba en el desierto... Y dice el Evangelio:

"En aquel tiempo: Enviaron los judíos sacerdotes y levitas, desde Jerusalén, para preguntar a Juan: ¿Tú, quién eres? Y confesó la verdad, y no la negó; antes protestó claramente: Yo no soy el Cristo. ¿Pues quién eres? le dijeron. ¿Eres tú Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el profeta? Respondió: Nó. ¿Pues quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? *Yo soy,* dijo entonces, *la Voz que clama en el desierto.* Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías".

Bien sabía Juan, en su prisión, quién era Aquel que había aparecido, y habitaba entre nosotros; pero algunos de los discípulos de Juan no lo sabían, por lo visto, y llegaron a desear promover, acaso, el primer cisma: a sostener a Juan contra Cristo... ¿qué se yo? Y Juan los envió *para que vieran.*

Que así nos lo dice San Mateo, el evangelista: "En aquel tiempo, habiendo Juan, en la prisión, oído las palabras de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: *¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar otro?* A lo que Jesús respondió: Id y contad a Juan lo que habéis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, *se anuncia el Evangelio a los pobres.* Y bienaventurado aquél que no tomare ocasión de escándalo en mí.

Y vieron que Cristo, poniendo los divinos dedos en las orejas del sordo, le dijo: *"Epheta"*, que quiere decir *"ábrete"*. Y los oídos sordos oyeron, y las lenguas mudas hablaron, y vieron los ojos ciegos. Y resucitaron las almas muertas: creyeron y siguieron a Cristo, alabando a Dios.

El que había de venir ha venido, pues; no lo pongamos en duda. *No debemos esperar a otro.* Lo buscaremos en vano, palpando las tinieblas llenas de palabras y sin la Palabra. Tenemos

nuestro Evangelio encendido en el polo. La verdad ha andado entre los hombres, y aún anda, dando gritos en el desierto: ¡Enderezad los caminos! *¡Epheta!*

"El cielo y la tierra se mudarán; pero mis palabras no faltarán". Es Lucas, en el capítulo XXI quién nos lo dice, Lucas, el Evangelista.

Et lux in tenebris lucet.

Y en las tinieblas, resplandece el Espíritu, la sola libertad.

Ubi spíritus ibi libertas.

Montevideo.

A mi América Española

A MI AMÉRICA ESPAÑOLA

(*De un libro inédito*)

I

Mal vería las cosas quien creyera ver en estos mis discursos ya no digo una negación, pero una duda sobre la existencia, en el Nuevo Mundo, de una gran familia española, la mía, conglomerada por la lengua o verbo, *logos,* y por lo que éste significa, que es muchísimo. Ese "pueblo de lengua hispánica", el más antiguo entre los cristianos del continente, su descubridor y primer fundador de ciudades, es hoy, y lo será por los siglos, una firme, noble y hasta diré divina realidad. Y no lo es menos la unión entrañable de este pueblo, hoy emancipado, con el que, del otro lado del océano, habla la misma lengua: *"Pueblo de lengua hispánica"*. Claro está que incluyo en él el de lengua portuguesa o lusitana. Si queréis llamar a eso *hispanismo* o *panhispanismo* o *paniberismo,* dentro del mundo latino o románico, no veo en ello inconveniente, pese a mi antipatía hacia el dios Pan, a quien no puedo tolerar. Mayor lo encuentro, debo

confesarlo, en aceptar lo de *"fiestas de la raza"* o *días de la raza,* que tanto se repite sin ton ni son. Yo no veo en esto nada de *raza,* si ya no es que tomamos esta palabra, no en su sentido natural antropológico, sino en el etimológico: *radix,* raiz, tronco común, parentesco, aire de familia. Llamamos "madre patria" a la parte del pueblo hispánico que está del otro lado del mar. No hay inconveniente; pero acaso fuera bueno precisar, por sí o por nó, ese término, aplicado a las naciones. Si bien se mira, no se trata aquí de *madres* e *hijas*; no es ése un fenómeno de generación propiamente, sino de difusión de la especie humana sobre la tierra. La ley de la naturaleza es más imperiosa que la del hombre; el tiempo y el espacio son agentes, contra los que nada puede la humana voluntad... ¡El tiempo! ¡El espacio!

Un nativo del Uruguay, ciudadano de este estado, de pura cepa española, yo, por ejemplo, ¿se siente, por dicha, más próximo a un uruguayo de pura cepa inglesa que a un ciudadano nativo español? Acaso pudiera vacilarse en contestar, cuando se considera sólo la primera generación; pero no las siguientes. La sangre, lo mismo la del inglés que la del español, se ha diluído en el ambiente físico y en el moral; en las pasiones, costumbres, intereses; el uruguayo ha predominado. Eso

y no otra cosa es el Uruguay, la nación uruguaya. Y así debe ser, si ha de formarse una nueva persona colectiva, lo que se llama una Patria dentro de la raza. Quedan o persisten los apellidos de otro origen; pero no las bocas que los pronunciaban. Los nietos del inglés, del francés o del italiano, y aun los del catalán o los del vascongado, no saben pronunciar bien el nombre de sus abuelos. Un hombre nuevo, el americano, el uruguayo, es el que habla en ellos. Los órganos no se adaptan ya a los viejos sonidos, ni a los vocales ni a los consonantes. Y esos hombres nuevos forman la nueva nación o patria nueva. No es posible evitarlo; es inútil recurrir a la enseñanza de los idiomas paternos, inglés, francés, italiano; serán siempre lenguas muertas: el alma será española, hispanoamericana, mejor dicho.

Continuaremos, sin embargo, con la amable frase: hijas de España, madre patria, etc., para expresar la natural expansión del hombre sobre la tierra.

Pero si es un hecho, felizmente, el arraigo del gajo hispánico, ibérico, si queréis, y hasta celtíbero, en tierra americana, con profundísimas raices; si es misión nuestra, que juzgo altísima y primordial, la de cultivar ese árbol secular, des-

collante en el horizonte, es menester nos demos cuenta de su misión en la naturaleza. No creo incluído en esa misión el cultivo de la malquerencia rencorosa, si no envidiosa, hacia el del otro horizonte, nuestro semejante, el que arraigó en la otra mitad del continente, y vive, como nosotros, de su vida, y, unido a su metrópoli, aunque no tanto como nosotros a la nuestra, forma el "Pueblo de lengua inglesa" *English speaking world*. Eso no es ir hacia adelante, sino hacia atrás; detenerse, cuando menos, en el camino que conduce a la formación de nuevas personas colectivas. Es preciso que insistamos en eso, recordando que la lengua inglesa no es eslava ni germánica; es también latina en su esencia.

Es a eso, pues, a lo que yo, hispanoamericano, no puedo resignarme: a la aceptación, como cosa natural, y como virtud de mi estirpe, del malquerer entre ambas Américas, y al cultivo de ese sentimiento como medio eficaz de dar destino a la española, y cohesión y vida orgánica. Creo, por el contrario, que es ese un signo de debilidad o decadencia, mientras lo es de vigor y fortaleza el juzgar, como yo juzgo, que es en el cultivo del bien querer entre las dos familias del continente americano donde mejor hallaremos la cohesión de cada una de ellas, y, sobre todo, la del continente en-

tero. El destino de éste, que lo tiene propio, como hemos dicho, no es el de continuar, sino el de extirpar para siempre la animosidad *histórica* entre las viejas metrópolis europeas. Esto confiere a América la más alta de las misiones. Que no la hay más noble para los hijos que la muy frecuente de reconciliar a los padres.

Dice el axioma que "dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí"; pero no dice, ni dirá jamás, que dos cosas, por el hecho de ser distintas de una tercera, son entre sí idénticas, ni siquiera parecidas. Pugna con esa enseñanza, que lo es de Pero Grullo, apelativo castellano del buen sentido, el creer que, cultivando un común resentimiento o antipatía hacia la América inglesa, y haciéndolo tema de nuestros discursos en fiestas *de la raza,* los hispanoamericanos cultivaremos nuestro amor recíproco, y el que felizmente nos une con España; que llegaremos así mejor y más pronto a eso que hemos llamado panhispanismo o lo que sea. La malquerencia, tan fácil de cultivar, engendra injusticia; el verdadero amor es justicia sobre todo. En la noción de *justicia* entra algo del *eto,* ética, estética: bondad, belleza. Que amar no es perdonar siempre al ser querido, sino sentir no poder hacerlo algunas veces. Ya no digo entre ambas Américas, pero aún entre éstas y

Europa, el amor conglomerante es el ideal entrevisto; el de aquéllas entre sí, el de ambas Américas, tan puesto en razón y natural, ha de ser el primer coágulo cósmico de la familia universal, mundo en formación caótica: "Y el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas."

¡Días de la raza! ¡Fiestas de la raza! ¡Glorias de la raza! Bien, bien está eso, no cabe duda. Bien es nos alegremos de vernos juntos los que hablamos la misma lengua española; es natural y es bueno. Pero advirtamos que no será razón mirar de reojo a los que, hablando lengua inglesa, hagan otro tanto, y se llamen también "raza", y, busquen conglomerarse, en los días o fiestas de *su raza,* con exclusión de los que no son de cepa inglesa, y aun contra ellos. Una alianza provocará la otra necesariamente, y le imprimirá el mismo carácter defensivo, y aun ofensivo, si lo tiene.

Y esa provocación no tiene por qué partir de nosotros; no es ponderada, no es discreta.

No veo, francamente, en el pueblo americano de lengua inglesa, la propensión a formar tal alianza contra el de lengua ibérica como conglomerante de su persona colectiva. Oigo más bien hablar allí de una *"fusión racial"*, de la que no se excluye, por cierto, la estirpe española más que

la gaélica o la escandinava o la germánica, como del fenómeno constitutivo de la nación angloamericana. Allí veo una cuestión de *raza* en lo que es verdaderamente tal: en lo relativo a la raza negra o amarilla. La caucásica, la nuestra, es allí una sola.

Ayer no más se celebraba en Estados Unidos el *Centenario Noruego*, el aniversario secular de la llegada a América de los primeros colonizadores escandinavos. Y el presidente Coolidge, que adhiere entusiasta al pensamiento, declara en St. Paul que "el éxito logrado por Estados Unidos en la fusión de los elementos raciales señala el camino de la fraternidad universal y la cooperación entre los pueblos".

Creo que eso está bien dicho, y que nosotros podemos decir otro tanto, ni más ni menos. Es eso, que no se compadece con la tendencia a formar raza aparte de la familia española, lo que constituye en nosotros, como en los del Norte, el honor de nuestra estirpe y la prueba de su fuerza conglomerante: el ser capaz de la *fusión racial*, que no es desaparición, entendámonos bien, del centro de rotación hispánico, sino su afianzamiento en la armonía de la historia. ¿No se han formado así todos los pueblos, la España misma, fusión de razas, más antagónicas, por cierto,

al parecer, que las que hoy forman los estados hispanoamericanos?

Las olas nos ocultan el mar. Tal cual van las cosas, no creo que tenga mucho que vivir el que pueda llegar a ver, sin que ello sea desearlo, por supuesto, una alianza de España y Estados Unidos contra Inglaterra, por ejemplo, o contra el Japón, o... ¡qué sé yo! contra el Diablo, que es quien mete la cola. La erección en Madrid de las estatuas de Washington y Gálvez, el héroe español de la independencia angloamericana, (que fué apoyado, como se sabe, por el rey de España, nuestro antiguo Señor y Dueño, aliado a Bonaparte) no es más inverosímil que la de Washington y Lafayette en París; todo es asunto de que cese o cambie el viento político, el de las primeras capas atmosféricas. Nada digamos de la de Isabel la Católica en Nueva York, y aun las de Daoiz y Velarde.

Lo que es imposible es la persistencia, ya no digo de un odio, pero de una animadversión esencial entre los pueblos cristianos. No es menos irracional la separación de la América española y de la inglesa que la de ésta del resto del mundo, del europeo especialmente, para conservarse. Que también fué ése, durante

algún tiempo, el sentido atribuído a la doctrina de Monroe, como hija de la vieja de Washington: "América para los americanos"! Y no podía tener tal sentido, si ya no es transitoriamente, América es para los americanos, como Europa lo es para los europeos, y Australia para los australianos. "Cada uno en su casa; pero Dios en la de todos". El mundo es, todo él, para los hombres, para todos. Tratemos sólo de acomodarlos o distribuirlos juiciosamente, en paz y caridad.

II

Este mi ensayo o discurso o como se llame, podría tener su punto flaco, se me ocurre, si nos encontráramos ante una agresión, que fuera el caso de repeler, de la América inglesa contra el espíritu español o ibérico, que conglomera y *caracteriza* a los que constituímos esa entidad espiritual que hemos llamado "pueblo de habla española". Pero no hay tal cosa, que yo vea; no hay tal agresión *contra el espíritu*. No sé dónde ha podido hallarla, si ya no es en cosas muy superficiales y transitorias, ese elocuente orador español que acaba de sacar tal impresión de su viaje entre nosotros: la de que son los Estados Unidos quienes aquí, en la América del Sud, traba-

jan, con mayor empeño, por quebrantar el espíritu español, la cultura española, el nombre español, las tradiciones españolas, y que urge combatir esa mortal influencia como el gran peligro inmediato. Eso se repite en las "fiestas o días de la raza" y demás. Pero no hay tal cosa, me parece; no hay tal peligro, ni tal guerra de la raza, ni de la civilización, ni son los angloamericanos los más empeñados en deprimir nuestra estirpe, nuestra lengua. El antiespañol en América no ha tenido ni tiene tipo yanqui; ni está tan lejos de nosotros, ni siquiera de España; acaso se parece a nosotros mismos, españoles de ambos continentes, como una gota de agua a otra, si no me equivoco. Ese orador ha confundido "almas" con "mercancías", no me cabe duda, mercancías con almas. Y ha incurrido en el consiguiente error de táctica para *su guerra*.

Eso de aconsejar, verbigracia, (y sí suele hacerse) que no se tome prestado del que puede ser imperialista, como si el dinero pudiera dejar de ser imperialista, es candoroso. El comerciante comprador comprará donde encuentre las cosas mejores y más baratas; el vendedor las venderá, tanto en inglés como en español, allí donde se las paguen mejor. Las monedas, lo mismo las

prestadas que las tomadas en préstamo, irán donde las manden. Y se pedirá prestado al que tenga qué prestar, no al necesitado o pobre. Los comerciantes idealistas no se encuentran más en España que en Inglaterra, ni son más numerosos en una América que en otra. La intervención de la simpatía en asuntos comerciales es muy efímera, caso de aparecer, que no es frecuente.

La guerra, si la hay, no está, pues, empeñada entre una lengua y otra, ni entre una y otra raza, ni siquiera entre una y otra nación, sino, dentro de cada nación y raza, dentro de nosotros mismos, entre la materia y el espíritu, entre lo que se llama el Bien y lo que se llama el Mal; el *Malo,* si se quiere, el Diablo o legión de diablos, que hablan todas las lenguas, y que andan sueltos por todo el mundo, en odio a las almas de los hombres y a las de las naciones. *Pervagantur in mundo.*

Yo me hubiera explicado que el hermano español viajero de que hablo (uno de tantos) se hubiera alarmado seriamente ante los esfuerzos, por ejemplo, de los dineros angloamericanos para difundir el protestantismo, las varias religiones protestantes, en la América española; pero eso lo tiene sin cuidado, según veo, sin el más

mínimo cuidado, cosa bien común, por cierto, en esos viajeros, y aún en los que no lo son.

No es esto decir que *la alarma* que yo hubiera deseado ver en ese orador, para creer en él, me alcance también a mí. Yo no veo en esa invasión protestante la fuerza de un espíritu capaz de vencer al nuestro vivificante, sino la de la materia.

Viene, efectivamente, a la América española mucho dinero angloamericano, destinado a pastores, ejércitos de propaganda, biblias, templos, institutos, etc., etc. Si por dinero y recursos materiales venidos con munificencia de allá, hubiera de medirse esa obra, no hay duda que ella estaría muy adelantada. Y lo estaría la conquista material de todo el continente por Estados Unidos, si, como algunos hombres serios lo afirman, ese fuera el objeto, más o menos próximo o remoto, de esa conquista espiritual por medio de biblias, templos, institutos, etc. Pero no lo está, ni creo lo estará nunca, porque es *contra natura*. El contraste de sus progresos con los del catolicismo en Estados Unidos, sin más apoyo que el del propio pueblo, es notorio, y cualquier español o buen hispanoamericano podría ver en ello algo que podría interesarle y serle grato, y recordarse en las "fiestas de la raza". Pero no es así, y el desprecio de ese factor, para cultivar la animadversión en-

tre ambas Américas, me hace temer mucho por la sinceridad espiritualista o idealista de los que nos inculcan el rencor hacia Estados Unidos como inspirado sólo, o en primer término, en la defensa del alma española, de la civilización española, del ideal español, y no en simples intereses sin alma, es decir, sin patria. Llego a veces hasta creer que nuestros mejores soldados están allá, en Estados Unidos, mientras suelen estar aquí, entre nosotros, nuestros peores enemigos, los aliados de los que allá combaten los principios sustentadores del espíritu, como lo sólo digno de respeto en los pueblos; llego, por lo tanto, a ver el hispanismo de tal suerte identificado con el americanismo integral, con la América única, conglomerada por el espíritu de democracia, que me parece verlo surgir del Evangelio como su forma sociológica y expresión de su verdad.

Pensar en separar la América española de la inglesa para regenerar a ésta o regenerarnos sin ella, y aún contra ella, unidos a otros pueblos, aún a los de lengua ajena por completo a la romana, me parece poco sensato. Declararnos nosotros, los españoles o hispánicos, la sola América capaz de vida espiritual, y destinada a revelar los secretos del Evangelio, no es mucho más juicioso, que digamos.

Ese propósito frascasará tanto cuanto fracasó el contrario de Lloyd George de hacer una alianza, aún política, de los pueblos de lengua inglesa fundada en la comunidad del credo protestante. Bien se dan cuenta por allá, por la América del Norte, la que habla en inglés, que eso podía acaso significar el predominio, en toda América, de la Gran Bretaña, de la Inglaterra de Enrique VIII; pero no el de Estados Unidos, de la América de Washington y de Lincoln.

Recordemos, que aún en las relaciones mutuas entre las repúblicas hispanoamericanas se han dado anhelos de imperialismos de los más fuertes sobre los más débiles, y antagonismos profundos, y hasta guerras insensatas; no echemos en olvido que ha habido tiempos, no pasados del todo, en que hispanismo y antifrancesismo parecían en España la misma cosa.

El que necesita de una malquerencia hacia lo ajeno para alimentar su amor a lo propio es débil en el amor, bien es lo repitamos. Quiero que el mío hacia mi estirpe española no tenga esa flaqueza; que no sea una negación sino una fuerte afirmación, una fe; no una envidia, sino una caridad; no una jactancia soberbia y provocativa, sino una firme esperanza en las virtudes de mi estirpe: prudencia, justicia, templanza, fortaleza,

silencio. Y sobre todo Caridad. Las virtudes cardinales, las teologales, la libertad interior hecha por la verdad. Que sólo la verdad nos hará libres, al decir del Apóstol.

Y eso es lo que llamaremos americanismo: desarrollo natural del hispanismo, entidad *sustantiva*, es decir, *sostenedora* y no *sustentada* por accidentes; unión de toda América, para extirpar en el propio seno, lo mismo en la inglesa que en la española, el demonio de la concupiscencia, de la incontinencia, que a todos nos acecha; aceptación, pues, de la visión del poeta, que esperaba de América, las nuevas y más sabias interpretaciones del Viejo Evangelio, de la verdad evangélica, que es Verbo sustancial.

Montevideo.

INDICE

INDICE

Propósito ..... Pág. 7

EN TIERRA SANTA

Tierra de Palestina ..... " 11
La Virgen Madre ..... " 19
Salomón El Rey ..... " 27
El cantar de los cantares ..... " 39

EL PRIMER ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

Carácter ..... " 49
Semblanza ..... " 67
El Prelado ..... " 81

NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

Nuestra señora del Huerto ..... " 111

DOS PROLOGOS

Sobre Renovaciones ..... " 129
Piedras Vivas ..... " 149

INDICE

EL LIBRETO DE TABARE

El libreto de Tabaré ..... " 171

SENTIDOS ESPIRITUALES

Sentidos Espirituales (De un libro inédito) .... " 189

EL MONOLOGO DE HAMLET

El Monólogo de Hamlet (De un libro inédito) . " 213

MUERTE EXPERIMENTAL

Muerte experimental (De un libro inédito) .... " 229

SEGUISMUNDO Y DANTE

Segismundo y Dante (De un libro inédito) .... " 259

LA RELIGION DE AMERICA

La Religión de América (De un libro inédito) .. " 279

A MI AMERICA ESPAÑOLA

A mi América Española (De un libro inédito) . " 313

868.69 Z89 H8

a39001 008208939b

868.69
Z89
H8

30 de mayo de 1929.

Sr. Presidente del Banco de la República, Dr. Don Alejandro Gallinal.

Señor Presidente:

Tengo honor de acusar recibo de la honrosa nota en que me hace saber que el Banco de la República, tan dignamente presidido por Vd., ha resuelto, por el voto unánime y expresivo de su Directorio, realizar una edición de mis obras completas, en conmemoración del cincuentenario de La Leyenda Patria, y para discernir a su autor, antiguo colaborador, como Delegado del Gobierno en esa fecunda institución modelo, un honor tan señalado como lleno de carácter y de expresión benevolente.

Por más que lo considero muy superior a mis merecimientos, yo debo aceptar y acepto agradecido ese honor, y desempeñaré con placer el encargo que recibo de ordenar mis obras completas, secundando en un todo el propósito generoso del Banco.

Quiera Vd., señor Presidente, hacerse intérprete ante su Directorio, ante todos y cada uno de sus miembros, de la gratitud que, con su amable actitud, me han impuesto para siempre, y aceptar Vd., personalmente, las protestas de consideración afectuosa con que retribuyo cordialmente las suyas.

Juan Zorrilla de San Martín.

Imprenta Nacional Colorada